

m. 93

D. Man. Menéndez de Nava.

S-0259

Songoras 1.

DISCURSOS
LEIDOS EN SALAMANCA
EL DÍA 23 DE OCTUBRE DE 1882,
EN EL ACTO DE
LA ADJUDICACIÓN DE PREMIOS
DEL CERTAMEN LITERARIO,
CELEBRADO PARA SOLEMNIZAR
EL TERCER CENTENARIO DE LA GLORIOSA MUERTE
DE
SANTA TERESA DE JESÚS
EN ALBA DE TORMES.



MADRID.
IMPRESA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO,
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23.
1882.

G-F 11428

Arch Page 209

DSC
Δ

N/3 930

DISCURSOS
LEIDOS EN SALAMANCA
EL DÍA 23 DE OCTUBRE DE 1882,
EN EL ACTO DE
LA ADJUDICACIÓN DE PREMIOS
DEL CERTAMEN LITERARIO,
CELEBRADO PARA SOLEMNIZAR
EL TERCER CENTENARIO DE LA GLORIOSA MUERTE
DE
SANTA TERESA DE JESÚS
EN ALBA DE TORMES.



MADRID.
IMPRESA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO,
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23.
1882.



R.127399

DISCURSO

DEL

DR. D. ELÍAS ORDOÑEZ ALVAREZ DE CASTRO,

PÁRROCO DE LA DE SAN BARTOLOMÉ DE SALAMANCA

Y PREDICADOR DE S. M.

EXCMO. É ILMO. SEÑOR:

Las grandes alegrías son como ríos caudalosos que, no pudiendo en tiempo de copiosas lluvias contenerse dentro del ordinario cauce, salen de madre y todo lo inundan. De este género es el gozo que embarga hoy el corazón de los muchos admiradores de una de las mayores glorias españolas, la grande, santa y sabia Teresa de Jesús. Cumpliéronse tres siglos de su feliz tránsito á la vida verdadera, por cuyo goce tan ardientemente suspiraba; y el cuarto empieza entre los universales aplausos que arranca su bendita memoria. De las floridas márgenes del Guadalquivir á las verdes montañas que enfrenan la soberbia del Cantábrico, de las heladas cumbres de los Alpes al Vesubio coronado de fuego, de Viena á Londres, y lado allá de los mares, los ecos repiten este grito de entusiasmo: ¡Gloria y honor á Santa Teresa de Jesús!

No menos merecía la mujer fuerte, cuyo magnánimo corazón réciamente templado en las aguas de la contrariedad, nunca se rindió al peso de la adversa fortuna; la mujer que hondamente conturbada por penas interiores, atormentada con enfermedades continuas, contrariada de influyentes personajes, y vacilante entre los pareceres opuestos de los doctos, llevó á feliz término empresas dignas del varón más esforzado; la mujer que escribió

libros cuyas páginas esparcen celestial aroma, y embelesando el entendimiento encienden el corazón; la mujer, finalmente, que abrasada en vehementísimos deseos de ver pura y sin velo la hermosura divina, cuyos fulgores los deslumbraban en los rayos fugaces de éxtasis, cual águila arrogante, se levantaba con atrevido vuelo á las alturas de lo infinito.

Y ¿quién más obligado á festejarla que Salamanca, en cuyo territorio murió, dejándole el codiciado tesoro de su tumba gloriosísima, después de haberla santificado con su presencia durante la vida? Por eso Salamanca dispuso en honra de la gran Maestra del espíritu la fausta solemnidad que aquí nos reúne, y llena de legítimo orgullo á cuantos tuvieron la dicha de promoverla. Como que en medio de los estragos que está causando la ciencia funesta que, al apartarse de Dios, fuente única de sabiduría, trastorna lastimosamente los espíritus y corrompe los corazones; cuando, con mayor soberbia que nunca, cantan su soñado triunfo los eternos enemigos de todo bien y de toda verdad, haciéndose la ilusión de que han logrado extinguir la luz de la fé y cegar las fuentes del verdadero saber, el éxito feliz del certamen literario teresiano, tan dignamente coronado en estos momentos, abre el corazón á dulcísimas esperanzas. Merecidísimos, por consiguiente, tienen los laureles que van á ceñir sus frentes, los peregrinos ingenios que en la noble lid ganaron los premios destinados á los vencedores. Cuantos aplausos les tribute este nobilísimo concurso, son justo homenaje á su ciencia profunda, á su imaginación lozana, á su amor acendrado á nuestra Santa, y al testimonio que han dado de que las creencias católicas, lejos de ser un obstáculo, son el más sólido apoyo para desplegar las alas y alzar el vuelo en las regiones excelsas de las ciencias, de las letras y de las artes.

¡Lástima que deslustre el hermoso brillo de esta solemnidad una voz tan desautorizada como la mía; pero puesto en el honroso trance, por excesiva benevolencia de mi dignísimo Prelado, cual nadie entusiasta de las glorias teresianas, hube de buscar un asunto, cuyo interés, haciendo olvidar mi insuficiencia, cautivase vuestra atención; y volví los ojos á los días felices en que Santa Teresa subía por las escarpadas sendas del Carmelo, alentada y sostenida por sabios maestros de la española Atenas!

¡Cuánto, desde entonces, mudaron los tiempos! El árbol majestuoso que en las orillas del celebrado Tormes plantó el noveno de los Alfonsos, y, esmeradamente, á porfía cultivaron Pontífices y Reyes, ha ido secándose y reduciéndose sin esperanzas, acaso, de que nuevamente reverdezca, y recuerda el álamo caído á quien nuestro Melendez preguntaba:

..... Tu pompa
¿Dónde está? Dó de tus ramas
La grata sombra, el susurro
De tus hojas plateadas?
¿Dónde tus vástagos bellos
Y la brillantez lozana
De tantos frescos pimpollos
Que en derredor derramabas?

Pero aunque Salamanca ya no es lo que fué, sus venerandas tradiciones encierran muy provechosa enseñanza para imponer vergonzoso silencio á los desatentados detractores de unos tiempos, que nos quieren pintar como bochornoso dechado de esterilidad, de marasmo é ignorancia. A donde quiera que se vuelvan los ojos en la ciudad que mereció el nombre de *Roma la chica*, los monumentos y las inscripciones, los nombres y los recuerdos, obligan á confesar, no cegando la pasión sectaria, la altura prodigiosa que puede alcanzar la razón humana guiada

por la revelación divina. Esta fué el manantial purísimo donde bebieron su ciencia asombrosa y su inspiración sublime, los sabios y artistas que hicieron famoso el nombre de Salamanca por toda la redondez del orbe; siendo la mejor gloria de su Escuela insigne, la pureza de su fé nunca empañada hasta no apartados días, en que se sembraron semillas de perdición, al dulce cantar de los himnos que, en los risueños valles del *Zurguen*, y entre las frescas arboledas del *Otea*, entonaban las resucitadas musas castellanas ⁽¹⁾.

Para pintar en todo el esplendor de su vigorosa lozanía el florecimiento de las ciencias, de las letras y las artes salmantinas en la época de su mayor grandeza, sería menester que luciese en mi entendimiento la llama de la inspiración, y de mis labios brotasen raudales de elocuencia. Con todo, algo vislumbraréis, aún ciñéndome á exponer el estado de Salamanca en el siglo de Santa Teresa, y el influjo poderoso de algunos de sus doctos maestros en los hechos y escritos de la celestial doctora.

Con el décimotercio siglo nació en los sombríos claustros de la fortísima catedral vieja, al amparo de la religión, la Universidad salmantina. Muy poco después era llamada ya por Alejandro IV *Luminar del mundo*; intervenía en los trabajos jurídico-astronómicos de su egregio protector el infortunado Rey sabio; difundía en la cristianidad las ciencias médicas; no desdeñaba la física, y enseñaba las bellas letras y la música. Contada por el primer concilio lugdunense en el número de los cuatro estudios generales del mundo católico, el de Viena la designó para

(1) El Zurguen es un arroyo que riega unas hermosas praderas cerca de Salamanca; y Otea, un soto también cercano, sobre la orilla derecha del Tormes. Uno y otro sitio se encuentran, repetidamente, mencionados por los poetas salmantinos de la escuela fundada por Cadalso y Melendez.

la enseñanza de las lenguas sabias; representándola en Constanza y Basilea, el espléndido prelado D. Diego de Anaya, el peritísimo catedrático de teología Juan de Segovia, y el Tostado, cuyo nombre basta para la gloria de una escuela. Así la nuestra se preparaba en los siglos medios para la dictadura intelectual que ejerció en ambos mundos, cuando á la grandeza de España

.....El soberano
 Vuelo de la atrevida fantasía
 Por abarcarla se cansaba en vano:
 La tierra sus mineros la ofrecía,
 Sus perlas y coral el Océano,
 Y á donde quiera que revolver sus olas
 El intentase, á quebrar su furia
 Siempre encontraba playas españolas ⁽¹⁾.

Perdonadme si mi desaliñada palabra empaña la luz vivísima que brotó en Salamanca durante aquel siglo eminentemente español, que empezó con el reinado gloriosísimo de los Reyes Católicos, y concluyó, por decirlo así, cuando rindió su espíritu al Criador el gran Rey

De moros y de herejes escarmiento,
 Firme rival del Támesis umbrío,
 Duro azote del Sena turbulento,
 Gloria del Trono, de la Iglesia brío,
 Temido en Flandes, respetado en Trento ⁽²⁾.

Trasportándonos al invierno de 1486, que la brillante corte de Isabel I pasó en nuestra Salamanca, imagínese el admirable espectáculo del famoso acto literario, celebrado en honor suyo, al aire libre, donde con unánime asombro, defendió varias proposiciones teológicas, filosóficas y literarias el profesor D. Diego Ramirez de Villaescusa,

⁽¹⁾ Quintana: A España después de la revolución de Marzo de 1808.

⁽²⁾ Duque de Frias: La muerte de Felipe II.

mancebo de vigoroso entendimiento y corazón magnánimo, que dió en aquel día memorable los primeros pasos en una dilatada carrera de honoríficos puestos, desempeñados con tanta gloria propia, como provecho de la Iglesia y del Estado ⁽¹⁾. Allí estuvieron los integérrimos varones Rodrigo Maldonado y Galindez de Carvajal, que de las cátedras de la Universidad habían pasado al consejo de los Reyes; allí uno y otro derecho se ufanaron de estar representados por Alfonso de Benavente, venerable maestro encanecido en la enseñanza; por Juan de Cubillas, que con la cátedra de Decretales, obtuvo el primero la canongía doctoral salmantina; por Oropesa, que tan docto como humilde, se resistió á ocupar la sede primacial de Toledo; por Palacios Rubios, de fama jurídica imperecedera: allí no tuvo de qué avergonzarse la medicina con profesores tan expertos como los hermanos Alvarez Abarca, más tarde médicos de cámara de sus Altezas: allí las letras humanas se presentaban arrogantes de que las enseñasen maestros del renombre universal de Nebrija, de la erudición de Marineo Siculo, de la nobilísima alcurnia de D. Pedro Fernandez de Velasco, heredero del Condestable de Castilla; no quedando postergadas las ciencias exactas que cultivaban Abrahan Zacut, Torres y Salaya; y allí la Teología reclamaba, con justicia, el primer puesto en la doctísima asamblea para el maestro fray Diego de Deza, catedrático de prima de la sagrada facultad. Como España le debió en mucha parte la posesión de un nuevo mundo, permítaseme en gracia suya una breve digresión.

Vistió la blanca túnica de los Predicadores en el convento de San Ildefonso de Toro, descubriendo prendas tan sobresalientes, que vino al de San Estéban de Salamanca,

(1) Marineo Siculo: *De Rebus Hispaniæ memorabilibus*,

por orden de los superiores, para que estudiase bajo la dirección de los sabios maestros que enseñaban en la Universidad. Sus progresos y el concepto que alcanzó, nos lo dice la designación que de él hizo, en unión de D. Bernardino de Carvajal, para sustituirle en la cátedra el famoso Pedro de Osma ⁽¹⁾. Prefirió el claustro á Carvajal, que tanta celebridad alcanzó después en las turbulencias del borrascoso pontificado de Julio II, con el título de Cardenal de Santa Cruz; pero le encomendó á Deza la sustitución de la cátedra de vísperas, desempeñándola con aplauso hasta su ascenso en propiedad á la de prima. Y fué un profesor que entrevió ya los nuevos derroteros que emprenderían los estudios teológicos en el siguiente siglo, si hemos de juzgarle por las obras exegéticas y de controversia con los enemigos de Santo Tomás que dejó escritas.

Pero ni su copiosa ciencia, ni su puesto de preceptor del malogrado príncipe D. Juan, ni sus dotes de gobierno, acreditadas en los varios obispados que rigió en su

(1) Pedro de Osma, racionero y luego canónigo de Salamanca, tomó posesión de la cátedra de prima de Teología en su Universidad, á 27 de Julio de 1464. (Lib. 1.º de Claustros, folio 3.) De los llamados á juzgarle en Alcalá eran trece, compañeros suyos de Universidad. En 3 de Agosto de 1478 nombró sustitutos de su cátedra á D. Bernardino de Carvajal, á fray Diego Deza y el Br. Gonzalo de Frias. (Lib. 3.º de Claustros, folio 23). En 14 de Junio de 1479, el Claustro acordó quemar el tratado *De Confessione*, que había sido condenado, con sus defensorios y cátedra en sitio público; lo cual se hizo al día siguiente en los patios de la Universidad, después de misa y sermón; exceptuóse sin embargo, por nuevo acuerdo, la cátedra, que por consiguiente no fué quemada. (Lib. 3.º de Claustros, folio 77.) Se retiró luego Osma á Alba de Tormes, donde otorgó testamento á 28 de Febrero de 1480; y allí murió, siendo enterrado en la parroquia de San Pedro, según consta de una demanda puesta ante el Provisor de Salamanca por un clérigo de Alba sobre cumplimiento del testamento de Osma. (Arch. Cat. de Salamanca. Caj. 45, leg. 1.º, núm. 21.)

larga vida, ni la firme prudencia con que desempeñó el cargo de Inquisidor general, ni la plausible entereza con que se hubo con el Rey católico, como testamentario de su insigne esposa, siendo prendas difíciles de reunir en una sola persona, aún no avaloran su mérito y realzan su nombre como el amparo generoso que dispensó á Colón. Cuando todos despreciaban sus atrevidos proyectos, nuestro Deza conoció su alcance, comprendiendo el valor científico de las razones en que los fundaba, durante las varias conferencias que celebraron, ya en el convento de San Esteban, ya en su granja de Valcuevo. En consecuencia de la opinión formada por el docto catedrático de Prima, se constituyó en protector del futuro almirante, introduciéndole en la corte, dándole á conocer entre los personajes de más cuenta, y alcanzándole la protección de la Reina. "Siempre, desde que yo vine á Castilla, me ha favorecido y deseado mi honra," escribía de nuestro Deza el infortunado Colón á su hijo Diego, años después; y "que fué causa que Sus Altezas hubiesen las Indias y yo quedase en Castilla, que ya estaba yo de camino para fuera," le decía en otra carta, encargándole que pusiese sus asuntos en manos de su antiguo favorecedor ⁽¹⁾.

Como esto nadie ya lo pone en duda, y tampoco la ocasión sea oportuna, no me detendré en referir otros muchos testimonios que prueban, hasta la evidencia, la parte principalísima que en la gloria de Colón cabe al maestro salmanticense y á su venerable convento de San Esteban. Pero nadie llevará á mal que aproveche esta favorable coyuntura para volver por los fueros de la verdad, que atropellaron descaradamente los enemigos del catolicismo y de España. Queriendo enlazar nuestras purísimas

(1) Navarrete: Colección de viajes de españoles, etc. Tomo I, pág. 303.

glorias, inventaron unas ridículas conferencias celebradas en Salamanca, cuyos maestros incapaces, según ellos, de entender al cosmógrafo genovés, causaron su paciencia á fuerza de argucias é ineptias escolásticas⁽¹⁾. Sería curioso averiguar el origen de este calumnioso cuento, que hasta época muy reciente no tomó cuerpo; pues ni rastro de él se encuentra en los que trataron del descubrimiento. Pero hizo fortuna entre los extraños, y no le rechazaron los propios; como entre otros, el Duque de Rivas que, con sin igual desenfado, acusa á los salmantenses de haber maltratado á Colón,

Y de informar á la corte
Con el más alto desprecio
De visionario y de loco,
Prodigándole dicterios;

cuando en medio del atraso de las ciencias físico-matemáticas, entonces, si había alguna universidad europea capaz de comprender al arrojado marino, acaso, y sin acaso, era la nuestra.

¿Dónde, sino en Salamanca, estudió Fernandez Enciso, uno de los descubridores, la cosmografía, cuyos principios publicó en lengua vulgar? ¿No cultivaba nuestro insigne humanista Nebrija los estudios cosmográficos, siendo el primero que midió un grado del meridiano terrestre para deducir la periferia del globo⁽²⁾? En las aulas salmantinas aprendía, á la sazón, las matemáticas, que fué á enseñar en París, donde casi las desconocían, el po-

(1) Salió el primero en defensa de la honra de la Universidad, manuscrita por estos escritores, D. Domingo Doncel, bibliotecario de la misma Universidad en un cuaderno en 4.º de 39 páginas publicado en 1858 y reimpresso con algunas variantes en 1881. También han tratado el mismo asunto, los doctores y catedráticos salmantinos Rodriguez Pinilla y Falcón.

(2) Pedro Mejía: Silva de varias lecciones. Parte 3.ª, cap. 19.

líglo, teólogo, escriturario y controversista Pedro Ciruelo⁽¹⁾. Cuando los Reyes necesitaron cosmógrafos para orillar las dificultades que presentaban las cosas de Indias á Salamanca, los pedían. Porque aquí florecían estos estudios al par de los otros, formando conjunto tan brillante las ciencias y las letras, que al visitar esta escuela el famoso Pedro Martín, se creyó trasportado á Atenas, según dice al venerable fray Hernando de Talavera, profesor un día de filosofía moral, en una de sus retóricas y declamatorias cartas⁽²⁾.

La admiración del erudito milanés no extrañará á quien sepa cuántos y cuáles eran los hombres de mérito eminente que pululaban por Salamanca, de dónde llevó los primeros colegiales para el de Santa Cruz de Valladolid, su fundador el Cardenal Mendoza, antiguo escolar y catedrático salmantino⁽³⁾; imitándole el incomparable Cisneros, que también pisó estas aulas, cuando estableció el suyo de Alcalá, ya que no pudo fundarlo en Salamanca por oponerse la universidad, que creyó inaceptables las condiciones del rígido franciscano⁽⁴⁾. Nuestros eran también la mayor parte de aquellos beneméritos varones que le ayudaron á levantar un monumento imperecedero de católica fé y de paciente erudición, á la vez que de es-

(1) Pedro Ciruelo, magistral de Salamanca, donde murió, había estudiado en su Universidad; y el aprecio que le hicieran en París cuando fué á enseñar Matemáticas, él mismo lo dice en el prólogo de su obra *Apotelesmata Astrologiæ Christianæ*. He aquí sus palabras: «Parisiis, *ē*m eo tempore licet sermocinalium disciplinarum et utriusque philosophiæ atque Theologiæ frequentissimum esset studium; mathematicarum tamen artium (quarum tunc parisienses fere omnes expertes erat) proffessio me apud eos fecit valde gratum et acceptissimum: veluti si terra sitiens imbrem temporaneum de cœlo recepisset.»

(2) *Petri Martyris: Opus Epistollarum*, Compluti, 1526; pág. 52.

(3) Salazar y Mendoza: *Crónica del gran Cardenal de España*; pág. 66.

(4) *Libro de Claustros de 1508*; pág. 132.

pléndida munificencia, en la políglota complutense. Y nuestros aquellos eruditos españoles tan admirados de Erasmo ⁽¹⁾, á los cuales protegían el generoso Arzobispo toledano Fonseca, que llevaba en sus venas sangre nobilísima de Salamanca, y el inquisidor general, Arzobispo de Sevilla, D. Angel Manrique, antiguo maestrescuela salmantino. Honraban además por aquellos mismos días las cátedras de la universidad el agustiniano Córdova, el tenacísimo Silíceo, el dominico fray Matías de Paz, honoríficamente mencionado en sus opúsculos por el Cardenal Cayetano ⁽²⁾ y otros, tan celosos todos de conservar la integridad católica, que privaron de la cátedra al maestro Juan Doria, por enseñar doctrina sospechosa sobre el dogma del Purgatorio ⁽³⁾.

Pero ¿quién sería capaz de numerar, en el cortísimo tiempo de que me es dado disponer, las verdaderas generaciones de sabios, que unos á otros se sucedían en Salamanca, educados por maestros insignes en toda suerte de disciplinas literarias, y que rivalizaban en sabiduría y doctrina? Con razón dijo al visitarlos en 1531 el invicto Carlos V, que: "Era el tesoro de donde proveía á sus reinos de sabiduría y justicia ⁽⁴⁾." Como que los Valdés, La Gasca, Vazquez de Menchaca y Hurtado de Mendoza tenían sabia mano en los negocios de Estado; Muñatones, ambos Sotos y Chaves dirigían prudentísimamente las

(1) Cartas de Erasmo. En la XV del lib. 20.º de la edición de Londres, dirigida á Francisco de Vergara, hace grandes elogios de nuestros literatos. En cambio Rousselot, en la introducción de sus *Mistiques Espagnols*, asegura que por entonces no había en España más centro de saber que mereciera *alguna* importancia sino Salamanca.

(2) Echard: *Scriptores Ordinis Prædicatorum*.

(3) Fr. Hernando del Castillo: *Historia de la Orden de Santo Domingo*. 2.ª parte, lib. 2.º, cap. 29.

(4) Gil Gonzalez Dávila: *Historia de Salamanca*. Lib. 3.º, cap. 32, pág. 475.

reales conciencias; daban lustre á la púrpura romana Tabera, Pacheco, Cervantes, Espinosa y Alvarez de Toledo, quien por un solo voto dejó de dar á la española Atenas, el supremo honor de que un hijo suyo se sentase en la Sede pontificia ⁽¹⁾. Y las sillas episcopales y los cabildos, los tribunales y consejos en ambos mundos eran ocupados por pléyades de doctores salmanticenses, cuya muchedumbre así ponderó el Fenix de los ingenios:

Antes, Clarindo, contará
Sus flores á Abril, sus frutos
A Junio, á Enero sus escarchas,
Su arena al Tormes, al sol
Sus átomos, que bastará
A referirte los hombres
Que de ellos dan gloria á España ⁽²⁾.

Nada, sin embargo, comparable á los deslumbrantes resplandores que arrojaron las ciencias eclesiásticas en Salamanca. Porque si Antonio Gomez, Diego de Villalpando y Gregorio Lopez, serán siempre citados con respeto por los cultivadores del derecho patrio; si los trabajos médicos de Amato Lusitano, Laguna, Perez de Herrera y Rodrigo Castro, ponen muy alto el valor de la medicina salmanticense; si los nombres de Arias Barbosa, Vaseo, Oliva, el comendador griego, el extremado Leon de Castro y su discípulo insigne el Brocense, resueñan con gloria entre los amantes de la literatura clásica; con todo, su fama no ha volado tanto como la de nuestros grandes teólogos, que nos envidian las demás escuelas de la cristiandad. El dominico Vitoria, doctísimo y elocuente, despojando la escolástica de los abrojos que la aho-

⁽¹⁾ Memorial dirigido á Carlos III, por el Convento de San Esteban de Salamanca, donde profesó el Cardenal Alvarez de Toledo, tío del gran Duque de Alba D. Fernando.

⁽²⁾ El Bobo del Colegio. Acto II, esc. IV.

gaban, relegando al olvido especulaciones estériles que, si adelgazaban el ingenio, paralizaban el entendimiento y encadenaban el corazón, abrió el período gloriosísimo, en que el dogma y el derecho canónico, la Escritura sagrada y la mística encontraron sapientísimos maestros en la española Atenas.

Entonces conquistó aquella fama que brillará siempre como sol sin ocaso, en el cielo limpidísimo de la teología, Melchor Cano, cuyo entendimiento ha de contarse entre los más vigorosos de aquella edad; escudriñaban los textos originales de la Biblia, Grajar, Cantalapiedra, Uceda, Pinto y Arias Montano; en raudales impetuosos y purísimos salía la divina palabra de los labios de los cánónigos Gil de Nava, Sancho, Gallo y Fuentidueña; derramaban la esencia de la teología que en estas aulas aprendieron, en sus místicas inspiraciones, Malon de Chaide, Estella y San Juan de la Cruz, que con pluma de ángeles escribió cantares de la gloria. A su vez, Domingo de Soto, no sólo abrazaba sin confusión con su vastísimo entendimiento la teología, sino que echaba sólido fundamento á la buena filosofía del derecho; glosaban con copia de erudición pasmosa, los cánones conciliares y los decretos pontificios Covarrubias y Antonio Agustín, y la Iglesia universal congregada en Trento, para reprimir los males de la reforma luterana y remediar inveterados abusos disciplinarios, con asombro escuchó la voz sapientísima de los setenta maestros salmanticenses que allí estuvieron.

Tales hombres producía Salamanca; exigiendo la brevedad pasar de largo sobre los profundos conocimientos de fray Pedro Soto, azote de los herejes alemanes, fundador de la Universidad de Delhingen, restaurador de la Oxoniense; del cual estampó el ilustre Cardenal Hosio el siguiente elogio: "Fray Pedro de Soto, varón santo que

apenas nuestro siglo ha producido otro mayor en doctrina y piedad ⁽¹⁾." Con pena tengo que olvidar también los tesoros de erudición canónica que acopió en sus obras Alpizcueta, llamado con sus compañeros de universidad el doctor Mogrovejo y el maestro fray Martín de Ledesma para establecer la de Coimbra, que fundó Juan III de Portugal. Ni tampoco puedo detenerme, en el mucho saber del fogoso cuanto austero guerrero, en la monstruosa ciencia de Caramuel, en los vastos conocimientos de Resende, en las subidísimas concepciones metafísicas de Suarez, en las doctas investigaciones de Toledo, en los trabajos, por fin, más ó menos brillantes, más ó menos eruditos, pero á toda prueba solidísimos, del canónico Curiel, del agustiniano Aragón, del jesuita Valencia, del franciscano Vega, del Obispo Martín de Ayala. Su herencia la recogieron con gloria los Ponce de Leon, Antolinez, Herrera, Godoy, Araujo, Márquez y Aguirre; astros luminosos de la teología salmantina en la siguiente centuria ⁽²⁾.

Al propio tiempo, emulando las artes á las letras, sembraban las tres colinas en que se alza nuestra celebrada ciudad, de monumentales edificios, poniendo en su frente una corona artística, que nadie puede disputarle, aún después de los destrozos vandálicos que empezaron los ejércitos napoleónicos de infausta memoria, y consu-

(1) Tractatus de Hæresibus. Lib. 1.º, pág. 77.

(2) Como una prueba de la justicia con que siempre nos han tratado los extranjeros, véase lo que dice el autor de la biografía del P. Petau, publicada en la Colección niceroniana, hablando del proyecto que hubo de traer el doctísimo jesuita á España: Qu'auroit il pûfaire dans un pays, ou l'on ne trouvoit ni libres, ni ouvriers, qui sussent imprimer deux mots de latin. » Decir esto cuando florecía, entre nosotros, la Teología como en parte alguna, y se imprimían en Salamanca obras, no solo en latín, sino en griego y hebreo, únicamente puede achacarse á la malevolencia más refinada.

mó la piqueta revolucionaria, tan fecunda en este género de hazañas. Ya la universidad labraba su primorosa portada, cuando se reunía en Salamanca *la junta más señalada de maestros de arquitectura* ⁽¹⁾, para levantar la gallarda catedral nueva, muestra suntuosa del atrevimiento, exuberancia y grandiosidad de la arquitectura renaciente. Los Hontañones, Alavas, Vergaras y Berruguetes, en conventos, colegios y palacios, algunos por fortuna salvados de la ruina, dejaban impreso el sello de su pasmosa habilidad, rindiendo Salamanca espléndido tributo á la arquitectura clásica, cuando la introdujeron Herrera y Toledo, en la majestuosa y rica Iglesia, que aún pregonaba el poderío de la casa de Monterey, por no hablar de otros monumentos para siempre hundidos en el polvo.

Como árbol gigantesco plantado en este fertilísimo suelo, se levanta la mística doctora Santa Teresa de Jesús, hija adoptiva de Salamanca, por las relaciones estrechísimas en la vida espiritual que tuvo con algunos maestros salmantenses; sin cuyo apoyo y sabia dirección, tal vez, ni brillaría el nombre de la vírgen avilesa como uno de los mejores diamantes que esmaltan el regio manto de la Iglesia, ni el Carmelo hubiera refflorecido con la pompa y lozanía de sus mejores tiempos.

¿Quién ignora las dificultades sin cuento con que nuestra Santa tropezó para emprender la reforma de su orden, un tanto decaída de su fervor antiguo por la natural condición de la flaqueza humana? Aquél corazón donde prendieron tan pronto las llamas del amor divino, que iba en busca del martirio en edad temprana; aquél corazón arrojado que, triunfando de sí mismo, rechazó las caricias mundanas para vivir en la soledad con el Esposo divino; aquél corazón no podía contener ya todo el amor

(1) Gil Gonzalez: Historia de Salamanca. Lib. 3.º, cap. 31, pág 443.

que le inundaba. Y á la manera del Nilo que, saltando sus márgenes en el estío, inunda los abrasados campos de Egipto para fecundarlos, así el amor divino que encendía el corazón de Santa Teresa, se derramó afuera para abrasar innumerables almas, por ser uno de los verdaderos caracteres de la caridad, el querer que todos los corazones amen á Dios. De aquí la resolución de fundar un monasterio donde, como ella dice: "Todas ocupadas en oración ayudáramos en lo que pudiésemos á este Señor mío, que tan apretado le traen á los que ha hecho tanto bien, que parece le querrían tornar ahora á la cruz estos traidores, y que no tuviese á donde reclinar la cabeza."

Pero como todas las obras de Dios sufren ruda contradicción, la encontró la Santa, aún en aquellos que más debieran alentarla; y, acaso hubiera desistido de acometer la heroica empresa, á no depararla el cielo un poderosísimo auxilio en el dominico fray Pedro Ibañez.

Había profesado en el convento de San Estéban de Salamanca, emporio de virtud y de ciencia, resumen de todas las glorias y grandezas de la familia dominicana; granjeándose merecida fama de espiritual y contemplativo. Por una de esas disposiciones admirables de la sabiduría eterna, cuya acción suave arrastra los espíritus de un extremo á otro del mundo moral, para lograr sus inescrutables designios; hallábase en Ávila Ibañez, cuando, hostigado por unos y otros, el Provincial levantó la licencia que tenía dada á nuestra Santa para emprender la reformación Carmelitana. Como muy prudente, Santa Teresa no quería guiarse por su propio parecer, y consultó el caso, ocultando cuidadosamente las revelaciones que había tenido sobre el particular, con el P. Ibañez; el cual pidió ocho días para meditarlo en la presencia divina. Antes de terminar el plazo, no sólo aprobó el intento, si-

no que dió prisa para ejecutarlo, prometiendo un próspero desenlace. Y como el confesor de la Santa, con ser discretísimo y docto, la prohibiese tomar nuevamente mano en el asunto; para no desobedecerle, se encargó de negociarlo todo el venerable dominico, como si fuera cosa propia. "El santo varon (dice) no dejaba de tener por tan cierto como yo, que se había de hacer; y como yo no quería entender en ello, por no ir contra la obediencia de mi confesor, negociábalo él con mi compañera, y escribía á Roma y daba trazas ⁽¹⁾."

Tan eficaces, en efecto, que tomó el asunto por propia cuenta, oponiéndose á los enemigos, convenciendo á los recelosos, confirmando á los amigos, buscando protectores y proporcionando recursos, mientras vino el Breve de Su Santidad, que él mismo había pedido para la fundación del primer monasterio de las Descalzas. Entre tanto, como era grande el ruido de la nueva reforma y muchos los contrarios, llegó á decirse que había revelaciones de por medio; poniéndose en peligro la buena fama de la Santa, que fué advertida por persona caritativa, del riesgo que corría de ser denunciada á la Inquisición. En gracia le cayó el aviso, muy prudente, á la verdad, por la mala condición de los tiempos; pues aparte de las novedades que venían de Alemania, y de ir cundiendo la perversa secta de los alumbrados, el santo tribunal había tenido que reprimir con mano fuerte los embustes y supercherías, que sorprendieron á hombres tan expertos como el venerable fray Luis de Granada. Aunque muy segura de la pureza de su fé, no quiso la Santa fiarse de sí misma, y habló á nuestro Ibañez. "Tratélo (dice) con este padre mío dominico, que como digo, era tan letra-

(1) Vida de Santa Teresa. Cap. 27, núm. 13, pág. 326. Se advierte que todas las citas de las obras de la Santa se refieren á la edición de Doblado. Madrid, 1771.

do, que podía bien asegurar con lo que él me dijese, y díjele entonces todas las visiones y modos de oración y las grandes mercedes que me hacía el Señor con la mayor claridad que pude, y supliquéle lo mirase muy bien, y me dijese si había algo contra la Santa Escritura y lo que de todo sentía.”

Tan maravillado quedó el siervo de Dios al escuchar la humilde relación de los favores extraordinarios con que era regalada aquella alma privilegiada, que no solamente la aseguró de la realidad de cuanto la acaecía en su trato con el Señor, sino que la mandó escribir un resumen de todo, que enseñó al maestro Mancio, sucesor de Soto en la cátedra de Salamanca ⁽¹⁾. Debemos, pues, á nuestro Ibañez la idea feliz de que conociesen todos para honra de Dios, cuya gloria tanto resplandece en sus santos, y en provecho de las almas, la vida interior de nuestra Santa; en la cual no se sabe qué admirar más, si las regaladas mercedes é inefables gracias con que Dios se complacía en hermostear su dichosa alma, ó la encantadora sencillez, el candoroso abandono y la humildad no afectada con que ella las refiere. ¡Cuánta naturalidad en la narración! ¡Qué abandono tan sublime en las exclamaciones á Dios que salpican el precioso relato! ¡Qué discreción al tratar de personas! ¡Qué de sinceridad en cuanto á sí misma se refiere! Solamente por haber sugerido á Santa Teresa la idea de que escribiese *La Vida*, merece fama imperecedera el presentado de San Esteban de Salamanca fray Pedro de Ibañez.

Espléndidamente recompensó Dios los servicios que

(1) Relaciones. Tomo II de las Cartas, pág. 106.

También consultó por entonces al inquisidor Soto, que había estudiado en Salamanca, cuya silla episcopal ocupó después, muriendo en Llerena, no sin sospecha de haberle envenenado los alumbrados extremeños.

prestó á su enamorada esposa, como ella misma lo dejó consignado, y yo repetiré á la letra aún con riesgo de molestaros: "Vé estar á nuestra Señora poniéndole una capa muy blanca..... Díjome que por el servicio que le había hecho en ayudar á que se hiciese esta casa le daba aquel manto, en señal de que guardaría su alma en limpieza de hoy en adelante, y que no caería en pecado mortal. Yo tengo cierto que así fué, porque desde há pocos años murió, y su muerte y lo que vivió fué con tanta penitencia la vida, y la muerte con tanta santidad, que á cuanto se puede entender, no hay que poner en duda ⁽¹⁾."

Plantado el árbol de la reforma carmelitana por los cuidados de este venerable salmanticense, nos encontramos con que á otro, dominico también, se debe que no fuese arrancado de cuajo en el momento de su plantación. Tal alboroto causó en Avila la apertura del monasterio de San José, que como si hubiese sucedido alguna grave desgracia se conmovieron los ánimos, en términos de reunirse en junta las autoridades y corporaciones, para tomar una providencia que restableciese la calma. Todos lo saben. En aquella respetable asamblea, donde abundaban personas de prudencia y de consejo, sólo se oyó la voz de la razón y de la justicia en labios de fray Domingo Bañez, profeso de San Esteban de Salamanca, discípulo predilecto de Cano, que en Santo Tomás de Avila hacía el aprendizaje de la enseñanza, cuya carrera había de consumir, ocupando en la Universidad salmantina la cátedra de su preclarísimo maestro. A la profundidad de la ciencia unía Bañez fluidez é impetuosidad en el decir, sin que los ajustados y precisos términos de la escuela contuvieran los torrentes de su arrebatadora elocuencia; y fácilmente logró que la junta volviese sobre su acuerdo de

(1) Vida. Cap. XXXVIII, núm. 9, pág. 345.

disolver la nueva comunidad, dejando la resolución al arbitrio del prelado diocesano.

Gloria envidiable llegó á conquistar Bañez en la cátedra y en el púlpito; nadie le arrancará la palma de ser entre nosotros el primero que, con sagacidad admirable, descubrió cuantos tesoros encierra la *Summa* de Santo Tomás, emulándole en claridad, concisión y nervio en sus comentarios; pero su mejor corona es la estrecha, cordial y nunca interrumpida ni entibiada amistad que conservó con Santa Teresa. En los veinte años que la seráfica Madre vivió, desde que Bañez salió á su defensa ante las autoridades avilesas, apenas dió paso alguno sin el parecer del docto dominico salmanticense, de quien en cartas y escritos habla siempre con entrañable cariño y filial amor, al punto de llamarle: *mi padre*. Él la asistió personalmente en varias fundaciones; en otras la auxilió con recomendaciones y recursos; se encargó de la dirección de las monjas de Salamanca, á pesar de las ocupaciones de la cátedra; presentó el libro de la vida á la Suprema, después de revisarlo, y, públicamente, la honró diciendo en la Universidad, al explicar los maravillosos efectos de la caridad, que palpablemente se descubrían en todos los actos de la madre Teresa de Jesús ⁽¹⁾.

¿Qué mucho, siendo ella tan agradecida, que tanto le amase? Escribiendo á su sobrina María Bautista, priora de Valladolid, le decía: "Fray Domingo es cosa propia, y ha sustentado estos monasterios á la verdad." El estado delicado del maestro le inspiraba interés tan vivo que, en medio de sus gravísimas ocupaciones de fundadora, escribía á la misma religiosa: "Grande es la pena que me ha dado el mal de mi padre. Hágale poner ropa á los piés.

(1) Cartas. Tomo IV, carta XV, núm. 9, pág. 87.

Bendito sea Dios, que está mejor ⁽¹⁾.” Cuando supo que había obtenido la cátedra de Salamanca, en competencia con otro sabio religioso agustiniano, no pudo ocultar su regocijo, diciendo en carta á la noble Doña Ana Henriquez: “¿Qué le parece á Vm. qué honradamente salió fray Domingo Bañes con su cátedra? Plega á Dios le guarde, pues ya poco más me ha quedado: trabajo no le faltará en ella, que honra harto costosa es ⁽²⁾.” Y el verídico Yepes, en una relación que presentó en las informaciones para la beatificación, asegura: que estando en Toledo cuando llevó Bañez la cátedra de Salamanca, él mismo oyó decir á la Madre: “No he pedido en mi vida á Nuestro Señor cosa temporal para nadie, sino que dé la cátedra á este padre ⁽³⁾.”

A este *lapidario primoroso de su espíritu*, como le llama un anotador de las Cartas teresianas, debemos *El camino de perfección*: libro de la más alta y sutil teología, en sentir de nuestro Curiel, maestro sapientísimo entre los sapientísimos de aquel feliz siglo, y juez apostólico para instruir el proceso de beatificación de la celestial escritora. Con imponderable sencillez dice, al principiarlo, que su objeto es: “Escribir algunas cosas de oración;” y resultó un admirable tratado de vida espiritual, donde campean el profundo conocimiento de las cosas de Dios y de su trato, que había adquirido en la oración, una consumada experiencia en la manera de enfrenar las pasiones, purificar el espíritu y alejarle de los peligros, y una rarísima discreción para discernir las vías diversas que puede tomar el alma, para llegar á las altas cimas doradas por los rayos de la caridad eterna. Y todo dicho con

(1) Cartas. Tomo IV, cartas LXII y LXXIV, núms. 4 y 5, páginas 312 y 318.

(2) Cartas. Tomo IV, carta XV, núm. 4, pág. 86.

(3) Cartas. Tomo IV, pág. 88.

tanta naturalidad, explicado con consideraciones tan oportunas y mezclado de consejos tan atinados, que de toda el alma hace suya el lector esta exclamación con que termina: "Bendito sea, y alabado el Señor por siempre jamás, de donde nos viene todo el bien que hablamos y pensamos y hacemos."

Como si Dios quisiera vincular en el convento de San Esteban de Salamanca la dicha de que sus hijos, como nadie, influyesen en los destinos de la gran Reformadora, dispuso que en críticas circunstancias fuese nombrado visitador apostólico para el Carmelo, fray Pedro Fernández, que vino á consolidar la obra levantada con el auxilio de sus compañeros Ibañez y fray Domingo Bañez. Connovicio de este maestro, había hecho la profesión religiosa el P. Fernandez en 1547, distinguiéndose como rígido observante de la disciplina regular, al par que aventajado y diestro en las lides escolásticas. La austeridad y recogimiento de su vida, la prudencia con que manejaba los negocios y su espíritu de oración, no eran prendas que pudieran ocultarse á un Rey consumado en el arte difícilísimo de la elección de personas como Felipe II; y le designó para visitador de los Carmelitas, en virtud de las facultades pontificias que había obtenido para visitar los Regulares. Nuestro dominico salmanticense llegó á Avila, ejerciendo el espinoso encargo, codicioso de conocer á Santa Teresa, de la cual tanto se hablaba en San Esteban; pero desfavorablemente prevenido contra ella, temeroso, como muy experto, de que fuesen ardides diabólicos cuantas maravillas se referían. Era entonces la Santa priora de su pequeña grey de San José de Avila, y en la visita le abrió su corazón, exponiéndole todos los sucesos de su vida, que de tal suerte maravillaron y cambiaron al gravísimo visitador, que, á lo sucesivo, fué decidido protector suyo. Dígalo si no la junta celebrada en Medina del

Campo sobre ciertos asuntos que tocaban á aquella fundación, en la cual un religioso de mucha autoridad, con inconsideración impropia de sus circunstancias, se desató en injurias y denuestos contra la Santa fundadora; yéndole á la mano nuestro Fernandez, que declaró se retiraría, de proseguir tratándose el asunto en el terreno vedado de las calumniosas suposiciones ⁽¹⁾.

Cuánto le estimaba la Santa se trasluce en una carta á Doña María de Mendoza, anunciándole la llegada del venerable visitador á Valladolid: "Suplico á V. S. le muestre mucho favor; porque es el mayor Perlado que ahora tenemos, y su alma debe de merecer mucho delante de Dios ⁽²⁾." Vino á sorprenderle la muerte cuando estaba designado para hacer un gran servicio á la Descalces carmelitana. Nadie ignora que hubo de disolverse por la violenta oposición de los calzados; pero movido el Rey por su confesor el dominico salmanticense Chaves, obtuvo de la Santa Sede que se dividiesen calzados y descalzos, como medio único de consolidar la obra acometida por la Santa Reformadora del Carmelo. Para presidir el Capítulo de separación vino la facultad apostólica á nuestro Fernandez, prior á la sazón de San Esteban; hallándose desgraciadamente en sus postrimerías, cuando Gracián llegó á Salamanca para entregarle el Breve. Agradecidos los Carmelitas á los favores que durante la visita les había dispensado, dispusieron sufragios por su alma en ese mismo Capítulo de separación; que quiso Dios lo presidiese fray Juan de las Cuevas, también dominico salmanticense, elevado luego á la silla episcopal de Avila.

¿Cómo Santa Teresa, conociendo por el trato á hombres tan eminentes como estos formados en Salamanca,

(1) Yepes. Vida de Santa Teresa de Jesús. Tomo II, cap. 13.

(2) Cartas. Tomo II, carta XIX, pág. 3.

no tendría deseo de fundar en una ciudad, donde la religión y la ciencia florecían cual dos rosas en un mismo tallo? Sólo contrariaba su propósito *la pobreza del lugar*. El reparo no puede menos de sorprender, considerando que poblaban entonces nuestra ciudad cincuenta mil habitantes: hervían sus calles en bulliciosa juventud, el oro se derramaba á manos llenas para edificar y embellecer iglesias, conventos y colegios monumentales; los libreros ocupaban una calle entera, los bordadores otra, las prensas de los Junca, Porcionario, Gast y otros, no menos célebres, publicaban sin cesar las magistrales obras de aquella edad; la platería estaba tan pujante, que sus talleres abastecían los mercados propios y extranjeros; y con tales elementos de vida, y con un suelo riquísimo, Salamanca era lugar pobre. Difícilmente puede entenderse esta dificultad de la Santa después de tres siglos; cuando uno de los maestros salmantinos de por entonces, fray Angel Manrique, ornamento de la Congregación Cisterciense de Leon, que no sólo estudió en Salamanca, sino enseñó largos años, pasando por las cátedras de Durando, Santo Tomás, Escoto y filosofía moral á la primaria de teología, que desempeñaba al ser promovido al obispado de Badajoz, dejó consignado en una de sus obras estas palabras: "Maravilla difícil de entender y á que no he visto dar salida hasta ahora, como entrándole de otras partes más de ciento cincuenta mil ducados sobre añadidos á los que ella tiene de suyo, partida tal que de una sola vez hiciera rico á otro cualquiera lugar, Salamanca persevera siempre pobre ⁽¹⁾."

Y sin embargo, esto no podía ser un obstáculo insuperable para la Santa, que veía, con largueza, compensada

(1) Manrique: Vida de la V. M. Ana de Jesús. Lib. 2.º, cap. 2.º, página 81.

la escasez de recursos, por los muchos bienes espirituales que del trato de los sabios salmantinos le resultarían, sin duda alguna. Por eso acariciaba la idea de fundar en Salamanca, según carta á su hermano Lorenzo, escrita á 17 de Enero de 1570, instándola el P. Martín Gutierrez, rector del colegio, que aquí edificaba la Compañía, no lejos de la parroquia de San Blas, donde se habían alistado bajo las banderas de San Ignacio el venerable Rodriguez, el doctísimo Francisco de Toledo, el popular Astete, el eximio Suarez, el príncipe de los comentadores del Evangelio Maldonado, y el famoso Gregorio de Valencia ⁽¹⁾. Gozaba justa fama de predicador elocuente el P. Martín Gutierrez, cuyos sermones, llenos de doctrina y de arrebatadora fogosidad, arrastraban de tal manera que, á centenares, engrosaban las filas de la Compañía, estudiantes y doctores de los más calificados en sangre y letras. El docto rector obtuvo la licencia del Obispo D. Pedro Gonzalez de Mendoza, vástago ilustre de la casa nobilísima del Infantado, avisándolo á la Santa, que emprendió el camino para Salamanca, cuyas puertas atravesó por vez primera en la mañana del 31 de Octubre del mismo año ⁽²⁾.

Ayudándolas algunos religiosos de la Compañía enviados por su rector, Santa Teresa y la monja que le acompañaba, se instalaron en una desmantelada casa del arroyo de San Francisco, perteneciente al mayorazgo de los Ovalles, Señores de Valverde de Gonzalo Yañez ⁽³⁾; y

(1) Libro manuscrito de admisiones del colegio de la Compañía en Salamanca, que se conserva en la Universidad.

(2) Aunque Rivera y Yepes fijan en 1569 la fundación de Salamanca, por las razones que aducen los Bolandos en la monumental obra *Acta Sanctæ Theresiæ á Jesú*, y porque así se deduce de pasajes de la Santa, la verdadera fecha hay que ponerla en 1570.

(3) Esta casa lleva hoy el nombre de Santa Teresa. Después que sus monjas la abandonaron, su dueño Gonzalo Yañez de Ovalle, señor

se celebró ya el santo sacrificio de la Misa al siguiente día de la llegada, fiesta de Todos los Santos. ¿Quién no ha saboreado la relación escrita con tanto donaire, en que la Santa refiere los terrores de aquella noche viéndose solas, con el recelo de ser víctimas de alguna estudiantil travesura, y angustiadas por el incesante clamoreo de las innumerables campanas de Salamanca, que tañían para la conmemoración de los difuntos? ¿Ni cómo olvidar aquí el testimonio de gratitud que en ella dejó consignado, á favor del convento de Santa Isabel, que con sus limosnas sostuvo en los primeros días de la fundación el Carmelo salmantino? De la piedad y nobleza de aquellas religiosas no era de esperar otra cosa; y acaso, el auxilio que prestaron á Santa Teresa, una y otra vez, haya salvado ese convento de su total desaparición en días turbulentos y desastrosos ⁽¹⁾.

de Valverde y regidor de Salamanca, la hipotecó en 6 de Marzo de 1575 para responder al pago de un préstamo. Tenía este caballero el hábito de Santiago, fué procurador á Cortes por Salamanca y corregidor de Segovia, y era primo de Juan de Ovalle, marido de doña Juana de Ahumada, hermana de Santa Teresa, que vivía en Alba de Tormes. Aún vivía Gonzalo Yañez á 8 de Junio de 1607, en que fué uno de los regidores de Salamanca que juraron á nombre de la ciudad guardar perpétuamente la fiesta de San Juan de Sahagún. Su casa de Salamanca pasó á poder de los Condes del Vasto en 1683; luego perteneció á los Marqueses de Almarza, recayendo en fines del siglo pasado en los del Castelar, que actualmente la poseen. Después de tantas vicisitudes, la casa se conserva tal como era cuando la habitó Santa Teresa; y la habitación que ella ocupó, según la tradición, está hoy convertida en una devota capilla por la comunidad de *Siervas de San José* que viven en la casa.

⁽¹⁾ Cuando la inícuca expulsión de los Regulares en 1835, fueron trasladadas estas monjas al convento de Santa Clara, y el suyo destinado á usos profanos. Se les devolvió después, siéndoles nuevamente arrebatado en 1855; pero restituidas á él las religiosas, le ocupan en la actualidad. Fundado este convento corriendo la primera mitad del siglo xv, en unas casas que fueron de los Templarios, por Doña Inés Suarez de Solís, hermana de D. Pedro de Solís, de quien descienden los

Muy corta fué la permanencia de Santa Teresa en Salamanca; llamándola á Medina y Avila urgentes atenciones, después que dejó acomodadas las religiosas fundadoras, entre las cuales estaba la venerable Ana de Jesús, aún novicia. Pero el regreso no fué tardío. "No había dos meses (dice en las *Fundaciones*) que se había tomado posesión el día de Todos los Santos en la casa de Salamanca, cuando de parte del contador del Duque de Alba y su mujer fuí importunada que en aquella villa hiciese una fundación y monasterio, y no lo había mucha gana á causa que por ser lugar pequeño era menester que tuviese renta que mi inclinación era á que ninguna tuviese." Venció su repugnancia el maestro Bañez, que había llegado á Salamanca, decidiéndola por la fundación que se le ofrecía; sin sospechar seguramente la trascendente influencia de esta resolución en los futuros destinos de la pequeña villa. Como que lloraría hoy en soledad tristísima, mirando desmoronado el suntuosísimo alcázar donde nació el drama español, cuarteada la gigantesca torre del Homenaje, en ruinas el grandioso monasterio de San Jerónimo, sin que nadie se condoliese de tanto estrago, á no conservar en su recinto el gloriosísimo sepulcro de la seráfica Reformadora.

Cuando llegó por vez primera á Alba y gozó la hermosa vista de aquella

. vega grande y espaciosa,
Verde en el medio del invierno frío,
En el otoño verde y primavera,
Verde en la fuerza del ardiente estío (1);

Duques de Montellano, floreció en religiosas de tan noble cuna como de ejemplar virtud. En tiempo de Santa Teresa, había, entre otras de la familia Solís, una llamada Doña Ana, que tuvo muchas relaciones con nuestra Santa, y era hija del doctor D. Juan Alfonso de Solís, que se encuentra mencionado en alguna carta de la seráfica Madre.

(1) Garcilaso. Egloga 2.^a

ceñía la corona ducal el insigne D. Fernando, que después de domar los rebeldes luteranos flamencos, pagó regias ingratitudes, plantando el pendón de Castilla en la espléndida Lisboa. Su egregia y piadosa mujer Doña María Enriquez, trabó estrecha amistad con la Santa, desde que asistió con la Marquesa de Velada y su hijo D. Sancho Dávila, que había sido rector de la Universidad de Salamanca ⁽¹⁾, el día 25 de Enero de 1571, á la inauguración del convento, que había de ser preciosísimo relicario de los virginales despojos de la mística doctora. ¿A qué entreteneros con la relación de la misteriosa visión de Teresa Laiz y de otras notables circunstancias que ocurrieron en la fundación de Alba, cuando no sólo las conocen bien los devotos de Santa Teresa, sino que perderían en mi boca todo el interés que despiertan referidas por ella?

Pronto regresó á Salamanca por orden del provincial fray Angel Salazar, para pasar unos días en compañía de la Condesa viuda de Monterey, que habitaba en el recién

(1) D. Sancho Dávila fué tres veces rector de la Universidad de Salamanca y sustituto de la cátedra de Sagrada Escritura. Mantuvo siempre buenas relaciones con Santa Teresa; y siendo Obispo de Jaen predicó, cuando la beatificación, su panegírico, en el cual dijo hablando de la fundación de San José de Avila: «Dijo la primera misa y puso el Santísimo Sacramento, el señor Obispo de Avila, D. Alvaro de Mendoza; y yo, que era muchacho entonces, le ayudé la misa, y con miedo de predicarme á mí diré lo que sigue: que también acompañé á esta Santa en la fundación del monasterio de Alba, en que me hallé acompañando á mi señora la Duquesa y á su hermana la Marquesa de Velada, que era una santa señora y muy amiga de Santa Teresa de Jesús: poco después pasó á Salamanca; acompañéla hasta allí, volviendo con gran sentimiento de apartarme de tal compañía; mas después me vinieron con ella todos los bienes juntos, que la Santa Madre vino á Alba el año de 1581, que era yo ya sacerdote, y quiso que yo fuese su confesor, y reconcilióse conmigo todos los días que allí estuvo, que fueron parte de un verano.» (Sermones predicados en la Beatificación de Santa Teresa. Madrid, 1615.)

edificado palacio de su nombre ⁽¹⁾; pagando la hospitalidad de la noble señora, con la curación milagrosa de una de sus doncellas y de su nieta María, que casada con el conde de Olivares D. Enrique de Guzmán, fué madre del desdichado Conde-Duque favorito de Felipe IV. Aún continuaba en Salamanca por las fiestas de Pascua, que pasó con sus monjas; una de las cuales cantó en la recreación, para ponderar la pena del alma en ausencia del divino Esposo, esta tonadilla:

Véante mis ojos, dulce Jesús bueno,
Véante mis ojos y muérame yo luego.

Como la chispa que cayendo en un montón de seca mies, lo convierte instantáneamente en una hoguera, así el cantar de la religiosa inflamó de pronto el amoroso corazón de la Santa, que perdió el uso de los sentidos, teniéndola que llevar como muerta á la celda. "Quedó tan quebrantado el cuerpo (decía después á su confesor), que aún esto escribo yo con harta pena, que quedan descoyuntadas las manos y con dolor ⁽²⁾." Al salir del arroba-
miento dió rienda suelta al amor de su pecho prorrumpiendo en la conocidísima glosa:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero.

Aquí no se busque entonación robusta, elegancia del estilo y comparaciones deslumbradoras; pero sentimiento, inspiración y entusiasmo, no puede negarse á una poesía que brotó espontáneamente del corazón, para expresar

(1) Era la Condesa, viuda del tercer Conde de Monterey D. Alonso de Acevedo y Fonseca, y vivía en compañía de su hijo el Conde Don Jerónimo, casado con Doña Inés Velasco, hija de los Marqueses de Berlanga, Condestables de Castilla.

(2) Yepes: Vida de Santa Teresa. Tomo II, cap. 23.

con sublime sencillez cuánto era el fuego de amor divino que lo devoraba. Ella no podía tolerar una vida que la tenía ausente del amado, y deseaba perderla para entrar de lleno en la posesión de la vida de arriba, donde sin ansiedad ni zozobra gozaría la vista clara y hermosa de su divino dueño; y como aún no llegaba el feliz momento de la partida, exclama:

¡Ah! Qué larga es esta vida,
 Qué duros estos destierros,
 Esta cárcel y estos hierros
 En que el alma está metida;
 Sólo esperar la salida
 Me causa un dolor tan fiero,
 Que muero porque no muero.

A poco de expresar tan vigorosamente la pena de vivir en la tierra, hubo de abandonar á Salamanca nuestra fundadora con harto sentimiento, porque no quedaban ya acomodadas las monjas en casa suya. Contradicciones serias no le faltaron en todas partes; pero al fin dejaba á sus hijas definitivamente instaladas, al paso que en Salamanca tan difícil era encontrar vivienda, y eso á *peso de oro* como escribía al P. Gracián, que murió sin el consuelo de que tuvieran convento propio. Al cabo de tres años de la fundación, tuvieron que trasladarse las monjas á sitio más céntrico y casa de Pedro de la Banda ⁽¹⁾, á quien no sé llamar caballero por lo mucho que mortificó á nuestra Santa, llegando á ponerla pleito, que aún se falló, después de muerta, en contra de las religiosas. A no tratarse de Salamanca, donde tenía muy caras afeccio-

(1) Pedro de la Banda, de la familia de los Rodriguez de Ledesma, señores de Muchachos, lugar cerca de esa villa, tenía la casa que arrendó en Salamanca á Santa Teresa, en la calle de San Bernardino, junto al hospital de este mismo nombre, que desapareció con otras varias casas al edificarse el convento de las Agustinas.

nes y manera facilísima de tratar con hombres de letras, acaso se hubiera rendido al parecer de los que la aconsejaban el abandono de esta fundación ⁽¹⁾. Por otra parte, eran tan humildes, pacientes y resignadas estas monjas, que las miraba con particular predilección, amándolas entrañablemente, como se ve en cuantas cartas habla de ellas.

Largas estancias en Salamanca le costaron las dificultades de esta fundación; pero supo aprovecharlas, entablando relaciones con doctos y experimentados varones de nuestra escuela. Fué uno el joven y ya muy acreditado maestro fray Bartolomé de Medina, hijo esclarecido de ese convento de San Esteban tantas veces nombrado, quien tronchado por la muerte en lo más florido de los años, secó las esperanzas que hacían concebir su entendimiento clarísimo y la bizarra facundia que gallardamente había demostrado, en la cátedra y en los libros que dió á la estampa. De tenacísimas convicciones y desabrida condición, se vió en lances que empañan el brillo de su nombre; y miraba con honda prevención á nuestra Santa, que, aunque lo sabía, no queriéndole por enemigo, pues conocía su mucho valer, buscó manera de comunicarle. Le inclinó á condescender con sus deseos el maestro Bañez, que tenía plenísima seguridad de que variaría de opinión en cuanto la tratase; sobrepujando el suceso las esperanzas, porque salió tan prendado de la entrevista primera que celebraron, que no solamente aprobó su espíritu, sino que hizo á Alba algunos viajes para confesarla. Y tanto apreció en adelante sus virtudes, que mandó sacar una copia de *La Vida* que estaba en la Suprema, para que la leyese la Duquesa, convirtiéndose en protector suyo, según se desprende de lo que en carta á la Priora de Valladolid dice la Santa, del severo catedrático salmantino:

(1) Julian de Avila: Vida de Santa Teresa de Jesús. Parte 2.ª, capítulo 8, pág. 267.

“No quiero desgraciar al Maestro Medina. Crea llevo mis fines y que ya he visto algún provecho de ello ⁽¹⁾.”

También en Salamanca volvió á encontrar, con gran consuelo suyo, al P. Baltasar Alvarez, rector del colegio de la Compañía, desde 26 de Agosto de 1574 á 21 de Octubre de 1576, varón eminente de quien decía: *Es un santo*. Y por indicación de otro jesuita, el P. Jerónimo Ripalda, cuya piedad y ciencia revelan sus escritos, en Salamanca empezó el agradable libro de las *Fundaciones*, donde á vueltas de sucesos y narraciones, se encuentran saludables consejos para la vida espiritual. De aquellas estancias entre nosotros, vínole otra relación, que fué de las que más estimó, con D. Teutonio de Braganza, de regia extirpe portuguesa, que seguía la carrera eclesiástica, edificando á maestros y discípulos con su ejemplar piedad. Los favores que la dispensó en Salamanca el futuro arzobispo Braganza, en cuya silla metropolitana murió; la noble hidalguía con que salió siempre en su defensa; sus buenos oficios para que se viniese á razón el descomedido Pedro de la Banda, nunca los olvidó la Santa; y eso que el buen príncipe, aunque lleno de inmejorables deseos, “tenía poca posibilidad y no era muy negociador,” según escribía la infatigable fundadora á Gracian, cuando trataba de fundar el colegio salmanticense; añadiendo con mucho gracejo: “A estar yo por allá que lo bulliera, bien creo se hiciera bien ⁽²⁾.”

No nacía de presunción y vanagloria esta confianza, sino de lo mucho que esperaba de las personas que en Salamanca la habían ayudado en otras ocasiones; pero no pudiendo venir, instaba vivamente á los superiores para que “no se dejase de hacer por no acertar en los términos;

(1) Carta á la M. María Bautista. Tomo IV, carta LXIII, núm. 1, pág. 511.

(2) Cartas. Tomo II, pág. 161.

que aquella casa es la que mucho he deseado." Así escribía aludiendo á la fundación del Colegio de Salamanca, que tropezaba con graves dificultades, sin que fuese la menor la falta de local. Se les ofrecía por el pronto una casa de arrepentidas donde podían servir de capellanes; mas la Santa rechazó la oferta, diciendo á Gracian que estaba en Salamanca entendiendo en el asunto: "Querría yo apareciesen los descalzos como gente del otro mundo, y no yendo y viniendo con mujeres." Colmados vió sus deseos; pues tuvo el consuelo de que se estableciese el colegio con tan felices auspicios, que las gentes salían por ver los religiosos cuando iban á la Universidad; pasmándose de su humildad, recogimiento y compostura, de tal suerte, que atrajo su ejemplo á la descalcés á muchos estudiantes y colegiales mayores.

Tanto regocijaba á nuestra Santa esta fundación, que en la última carta que escribió á Gracian, próxima ya á trocar las amarguras del destierro por las inefables dulzuras de la patria, se extiende largamente sobre ella. Parece que la priora de Salamanca, Ana de la Encarnacion, preveyendo el abandono de la casa de Pedro de la Banda, trataba de comprar otra que, frente á la parroquia de Santo Tomé, poseía Gonzalo de Monroy ⁽¹⁾. La tenían en

(1) Pertenece Gonzalo de Monroy á la noble familia de este nombre, tan célebre en los famosos Bandos de Salamanca, y su casa estaba en el mismo sitio que ocupa la iglesia de los PP. Carmelitas Descalzos, destinada hoy á parroquia de Santo Tomé de los Caballeros.

Las monjas no llegaron á mudarse á esta casa, sino que perdido el pleito que tenían con Pedro de la Banda, se pasaron á otra que poseía en la Plazuela del Caño junto á la puerta de Villamayor, D. Cristóbal Suarez de Solís, hasta que suprimido el hospital del Rosario en 1484, se lo cedió á las monjas el Obispo D. Jerónimo Manrique. Después pidieron al Ayuntamiento terrenos en las afueras de la ciudad, y se los concedió en el sitio que actualmente ocupa el convento, cuya iglesia se inauguró á 21 de Junio de 1614.

arriendo los Descalzos, por ser grande y acomodada para los colegiales, mientras se concluía el colegio que estaban edificando en el antiguo hospital de San Lázaro, al otro lado del Tormes. Pero la impaciente Priora de tal manera apremiaba al rector fray Agustín de los Reyes para que dejase la casa, que ya se determinaba á trasladar el colegio, á pesar de no estar terminadas las obras; cuando sabiéndolo Santa Teresa, se opuso resueltamente á los manejos de las religiosas, escribiendo que: "Salirse de la casa los estudiantes y pasarse á la nueva de San Lázaro, es para matarlos; y más importa que los estudiantes estén acomodados, que no las monjas tengan tan gran casa." De perlas son estas palabras para probar el amor de nuestra Santa á la ciencia; pues amando tanto á sus hijas, prefiere verlas en estrechez y errantes de casa en casa, antes que los religiosos, entregados al estudio, hubiesen de exponerse al menor peligro de perder la salud. Una dolorosísima experiencia la había enseñado cuánto daño acarrean los maestros del espíritu que no tienen la ciencia necesaria; y por eso suspiraba de todo corazón porque sus religiosos fuesen doctos en provecho propio y para bien de la Iglesia. Y lo fueron seguramente; produciendo la frondosa vid del Carmelo, que ella dejó plantada, sarmientos fructíferos, aunque los mejores brotaron en el insigne colegio salmanticense, cuyo nombre durará tanto cuanto en el mundo se cultiven los estudios teológico-morales.

¿Qué más podía hacer Salamanca en apoyo de la insigne reformadora? Sus maestros más ilustres la habían ayudado eficazmente en sus empresas, como hemos visto; y eso que la brevedad me obliga á prescindir de su confesor Salazar, catedrático de filosofía moral, de quien dijo la misma Santa que su alma había volado al cielo; á pasar de corrida sobre los servicios que la prestó el canónigo avilés Castro, antiguo colegial y catedrático salman-

tino; y á omitir los esfuerzos que hizo en favor de la azarosa fundación de Burgos el lectoral de aquella Iglesia D. Pedro Manso, que dignamente había llevado en Salamanca la beca del mayor del Arzobispo ⁽¹⁾. Salamanca, además, había acogido á los hijos é hijas del Carmen reformado, dando tierra para sepultarse á la Reformadora, pues la de Alba de Tormes tierra es salmantina.

Y sin embargo, aún Salamanca había de rendir un glorioso homenaje á la inspirada escritora, publicando después de muerta sus obras admirables, bajo la dirección del mejor ornamento de su escuela, del príncipe de los líricos españoles, del sabio orientalista y maestro insigne en las divinas letras fray Luis de León:

Un ingenio que al mundo pone espanto ⁽²⁾,

como dijo Cervantes.

El venerable agustiniano no tuvo ocasión de tratar á nuestra Santa en vida. Luego que pasó á la eterna, corriendo de boca en boca la fama de su santidad, instaban muchos personajes de cuenta para que se publicasen sus escritos aprobados ya por la Inquisición; y no levantó mano Ana de Jesús, *ídolo de talentos grandes*, hasta alcanzar la licencia del Consejo Real, que designó al catedrático salmanticense de Sagrada Escritura para re-

(1) D. Luis Salazar fué colegial en el Mayor de San Salvador (vulgo Oviedo), y está enterrado en la capilla Mayor de la Iglesia de Benedictinas de Alba de Tormes. De sus relaciones con Santa Teresa hay noticias en la vida de Santo Toribio de Mogrovejo, colega suyo en el colegio, publicada en Salamanca en 1728 por D. Nicolás Guerrero Martínez con el título: *El Fenix de las Becas*.

De D. Pedro de Castro, habla largamente la Santa en carta escrita á Gracian, cuando estaba el año 1581 en Salamanca imprimiendo las *Constituciones*.

Cuanto hizo por la fundación burgalesa D. Pedro Manso, se vé por lo que la misma Santa dejó consignado en las *Fundaciones*.

(2) La Galatea. Lib. 6.º, Canto de Caliope.

visar y corregir los manuscritos viciados por los copistas.

Acertadísimo anduvo el Consejo dando al peritísimo maestro comisión tan delicada. Quien ahondaba tan profundamente los riquísimos mineros de la Biblia; quien interpretaba con pulcritud exquisita, en la hermosa lengua castellana, los encendidos requiebros de los esposos enamorados de los cánticos; quien asegurando que la verdadera ciencia consiste en *saber mucho de Cristo*, escribía sobre sus divinos nombres la obra inmortal, donde el peso de la erudición bíblica no contiene los vuelos más altos del espíritu; sin disputa podía acometer la arriesgada empresa de revisar y depurar los celestiales escritos de la mística Doctora. ¿Quién como fray Luis de Leon, teólogo, filósofo y poeta, examinaría las admirabilísimas *Moradas* donde los conceptos más profundos van vestidos de pomposas galas poéticas, para representar vivamente el modo con que el celestial esposo está en el alma? ¿Cuántas bellezas, sublimes ideas y dilatados horizontes no descubriría el finísimo espíritu del doctísimo maestro en la gradual subida del alma, á la conquista del místico castillo, tan divinamente descrita en ese libro, que han estudiado y releído con admiración creciente los mayores filósofos? Como que uno de los más originales en nuestros días, cuyo nombre, á pesar de todo, es una gloria de la filosofía católica, el P. Gratry, en la más profunda y renombrada de sus obras, que con universal aplauso le abrió las puertas de la Academia francesa, donde abundan empedernidos racionalistas, expone peregrinas teorías sobre el lugar de la inmortalidad después de la muerte, siguiendo, paso á paso, las ideas que cual diligente abeja va libando en *Las Moradas* de Santa Teresa ⁽¹⁾.

¿Qué mucho, pues, que nuestro León expresase su ad-

(1) Traité de la Connaissance de l'âme. Tomo II, págs. 294-352.

miración en la famosa dedicatoria que va al frente de todas las ediciones que se han hecho? Con aquel estilo sencillo y reposado cuanto elegante del sapientísimo maestro, muy propio suyo, pondera la perfección de la Santa, ensalza la excelencia de su doctrina, hábilmente convierte en belleza el desaliño que alguno pudiera censurar en el lenguaje, contesta á los reparos que hiciesen los enemigos de que se publiquen revelaciones y cosas de contemplación, y aclara, finalmente, algunos conceptos ocasionados á torcidas interpretaciones. Restituidas por sus cuidados á la *primitiva pureza*, se estamparon en Salamanca por el afamado tipógrafo Guillermo Foquel, esos libros, de los cuales aseguraba el mismo León: "Siempre que los leo me admiro de nuevo, y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo sino que habla el Espíritu Santo y que le regía la pluma y la mano."

Con decir que el mismo maestro había escrito catorce pliegos de la vida de Santa Teresa, cuando en Madrigal le sorprendió la muerte ⁽¹⁾; que Bañez tuvo propósito, no cumplido desgraciadamente, de escribir un "Tratado donde se pueda entender por cuán cierto camino caminó la Madre Teresa de Jesús;" y que el doctor salmanticense Rivera, comentador insigne de los libros santos, publicó la primera biografía de nuestra mística Doctora, he llegado al término de mi trabajo y de vuestra paciente atención.

Pero antes de que calle, ¿no me sería lícito expresar la lisonjera esperanza de que volverán á lucir en Salamanca días tan felices para la fé y la ciencia, como aquellos que hemos recordado? Cual briosa palma, ¿no se levantaría de nuevo la ciencia sagrada, para honra de España y defen-

(1) Cuando esto escribo veo en la «Revista Agustiniana» que publican los laboriosos y eruditos PP. Agustinos de Valladolid, que han aparecido estos pliegos.

sa de nuestras católicas creencias en este privilegiado suelo de los grandes teólogos? En la restauración escolástica, feliz y sabiamente emprendida por el prudentísimo Pontífice que mantiene á flote sobre las hinchadas olas revolucionarias la barquilla de Pedro, ¿no tomaría parte esta ciudad, cuya insigne escuela juró un día sostener siempre la enseñanza del angélico maestro ⁽¹⁾? Pluguiese al cielo que en beneficio de la Iglesia, cuya hija fidelísima fué Santa Teresa, se renovasen los tiempos en que la luz celeste de la revelación, iluminando plenamente el entendimiento de aquellos preclarísimos maestros que tanto la ayudaron, les ponía en situación de vislumbrar, entre las nieblas de la tierra, las eternas claridades con que inunda el Verbo aquellas regiones, donde, como dice nuestro fray Luis de León,

..... Asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De glorias y deleites rodeado.

HE DICHO.

(x) En claustro de 16 de Marzo de 1627, bajo la presidencia del Vicerector D. Francisco Perez de Guzmán, se acordó jurar que en adelante, todos los catedráticos defenderían la doctrina de San Agustín tal como la expone Santo Tomás. Los motivos de esta resolución y los fundamentos en que se apoyaba, pueden verse en el pesadísimo pero luminoso memorial que se presentó sobre el asunto al Consejo de Castilla. Suscribiéronle: por la Universidad, D. Manuel Sarmiento de Mendoza, magistral de Sevilla; el agustiniano fray Basilio Ponce de León, sobrino de fray Luis, y catedrático de prima de Teología, y el doctor Balboa de Mogrobejo, catedrático de la prima de Cánones; por la órden de Santo Domingo, el provincial fray Diego de la Fuente, el M. fr. Domingo Pimentel y el prior de San Esteban, fray Bernardino de Ayala; y por la de San Agustín, el provincial fray Bernardino Rodriguez, catedrático de Vísperas de Teología, fray Martín Cornejo y fray Francisco Guiral.

No es extraño que una Universidad que esto hacía, fuese devotísima de la Santa Sede, como lo reconocía Clemente XI en Breve que la dirigió á 12 de Junio de 1716.

DISCURSO

DEL

P. LUIS MARTIN,

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

EXCMO. É ILMO. SEÑOR:

I. Siempre las almas grandes, amamantadas á los pechos de la Iglesia católica, han sido las que más alto han rayado en concepciones sublimes y arranques generosos. Del lado acá de la Cruz la historia está sobre este punto en consonancia con la razón; y lo que aquella nos testifica haber acontecido, eso imprescindiblemente debía acontecer. Porque, si bien es cierto que el genio no es planta exclusivamente indígena de ningún país, ni patrimonio de raza, sino que ha germinado siempre al calor de todos los soles y crecido bajo el influjo de todos los climas; no lo es menos que sólo en el campo feraz del catolicismo se aclimata por ley común, y florece y fructifica con todo su vigor nativo. Los genios sin fé jamás consiguen remontarse á las serenas é imperturbables alturas de la verdadera sabiduría, y, cuando lo pretenden, véense forzados, primero, á consumir gran parte de sus fuerzas en romper la nube de preocupaciones que entre ellos y la verdad se interpone, y luégo, á cargar con todo el peso de la pasión que abate su vuelo, no dejándolos nunca sorprender aquellas luminosas regiones, ni menos cruzarlas á su sabor y contemplarlas con perfecto y cabal desembarazo. La Religión Católica, por el contrario, lejos de deprimir el vuelo del ingenio, le despeja el camino para que libremente se explaye, poniendo á sus piés las pasiones que obstina-

damente le combaten, encauza luego todo el torrente de su energía; y cuando, vagando ya por las interminables regiones del saber, comienza á faltarle aire puro que respirar y el peso de sus propias alas le abate, la fé viene en su ayuda, da nuevo brío al espíritu que desfallece, y, descubriendo á su vista desconocidos horizontes, continúa elevándole con su poderoso empuje hasta encumbrarle á esferas jamás cruzadas por el genio humano, abandonado á sus propias fuerzas. Por eso la historia de la humana inteligencia no es más, si bien se considera, que la historia de dos grandes y encontrados ejércitos; el del error, compuesto casi siempre de gente allegadiza, alistada en los campos de la ignorancia y el desenfreno, capitaneada por corazones enérgicos que el vicio degradó ó genios ilustres que la pasión obcecó; y el de la verdad, el grueso de cuyas filas lo componen las inmensas muchedumbres partidarias de la probidad y el sentido común, y á cuyo frente de trecho en trecho campean las más colosales inteligencias y los más generosos corazones de que se gloria el linaje humano.

2. Pues bien, uno de estos entendimientos pujantes y uno de estos briosos y enérgicos corazones, es la Santa cuyos escritos doctrinales me propongo examinar en la presente disertación. Su valor literario está muy por encima de los tiros de la crítica; y en medio del conflicto de opiniones que su lectura puede suscitar, sobrenada siempre la verdad de un hecho incontrovertible para todos, y hasta el día de hoy incontrovertido: el mérito verdaderamente excepcional que todos los sabios les reconocen. Y es que, en efecto, hay en las obras de esta Virgen reclusa, sacada contra su voluntad á los juicios de los hombres, algo parecido á un poder magnético. No importa que cerebros enfermizos desbarren al recorrer sus ins-

piradas páginas; trastornados y todo, los subyugará el influjo fascinador de su lectura, sentiránse arrastrados de irresistible amor hacia ella, y, mal de su grado, confesarán lo que todos hasta ahora han confesado: su grandeza.

3. Mas esta misma incontestable grandeza que yo intento bosquejar, es la que hace vacilar mi pluma y llena de abatimiento mi espíritu. Porque, si el embarazo del pintor al trasladar al lienzo la imagen de un alma noble es siempre grande, y tanto mayor, cuanto más puros y celestiales son los afectos que han de ir tomando cuerpo bajo el pincel; conjeturad cuál será mi recelo al tener que penetrar en el interior de un alma como ha habido pocas, y describir aquel templo de la divinidad, iluminado siempre por ráfagas de luz deslumbradora, y embalsamado con perfumes de amorosos y sobrenaturales deliquios. ¡Oh, sí! El retrato de Teresa de Cepeda, con su alma limpia y trasparente como el agua manantial, con su entendimiento vigoroso y fuerza de voluntad nunca vencida, es ya por extremo difícil; mas el retrato de Teresa de Jesús, es decir, de Teresa de Cepeda, endiosada por el fuego del amor divino, es imposible, por lo menos á mi tosco y desaliñado pincel. Sube de punto mi compromiso al tener que dirigiros la palabra, no solamente sobre un asunto superior á mis fuerzas, sino también después del brillante cuadro en que habéis visto desfilar una por una delante de vuestros ojos las más gigantes figuras de nuestro siglo de oro y las más grandes lumbreras de nuestra historia literaria. Los anales del mundo no registran quizás ni una sola centuria tan portentosa por sus hazañas y catástrofes como la xvi; y España era el corazón con que la Europa cristiana entonces latía. Pues esa edad, tan fecunda en grandes hombres, tan hazañoza en sus empresas, tan legendaria en sus triunfos, bélicos y literarios, artísticos é

intelectuales, es la que habéis visto elocuentemente retratada en la fiel revista de teólogos y canonistas, oradores y jurisconsultos, guerreros y magnates, que mi digno condisertante acaba de hacer. Después de tan gratos y para nosotros ya casi romancescos recuerdos, ¿qué interés podrán despertar mis palabras al examinar los rápidos apuntes de una monja sin estudios, retirada del comercio social, absorta casi siempre en el propio conocimiento y abandonada con frecuencia á los amorosos trasportes de la teología mística? ¿Qué conceptos podré yo formular sobre tan árida materia, que paladee con gusto vuestro ingenio, cuando estáis todavía saboreando el dulce deo de esas frases, en que vuestro corazón de españoles y salmantinos ha apurado hasta las heces de vuestra gloria? Preciso es, por consiguiente, que yo reclame indulgencia de vuestra parte; y concretando más y más la materia para eliminar dificultades, me circunscriba á exponer los títulos que á la penitente Carmelita asisten para merecer el dictado de Madre Espiritual, con que la Iglesia la apellida, ó el de Doctora Mística, con que la aclaman á una voz los sabios de todas las Escuelas ⁽¹⁾.

4. El faro que alumbra los pasos del alma en su rumbo hacia Dios, no es más que uno, la Teología. Las partes empero de esta ciencia sagrada, que esclarecen tan peligroso derrotero, son tres: la *Moral*, que, declarándonos el sello de bondad ó de malicia impreso por Dios en las acciones humanas, nos muestra como con el dedo cuáles son los escollos de la culpa que debemos evitar; la *Ascé-*

(1) No es mi intento exponer una por una las dotes, que, para ser Doctor, la Iglesia exige; sino únicamente la que se refiere á su doctrina. El abarcarlas todas sería extenderme demasiado: por lo cual, y por no tomar como argumento de este discurso lo que constituye un tema especial del certámen, prescindo de las demás.

tica, que nos amaestra para navegar á fuerza de remos por el ejercicio de las virtudes, cuya esencia define, cuyos actos clasifica, cuyo encadenamiento patentiza; la *Mística*, en fin, á la cual incumbe dirigir el alma, cuando elevada ya á regiones superiores y engolfada en el piélago de la divinidad, corre á vela henchida por mares desconocidos, alentada por el soplo divino, que viento en popa la acaricia. Todas estas tres partes de la ciencia teológica arrancan del Dogma y estriban en él como en sólido fundamento, siendo las verdades reveladas como otras tantas estrellas fijas que nunca hay que perder de vista, para no extraviarse y perecer víctima de funesto engaño.

5. Prefijadas así estas ideas, comienzo por asentar, sin peligro de ser desmentido, que Santa Teresa de Jesús da por supuestas en sus escritos la *Dogmática* y la *Moral*, desflora con admirable concisión la teología *Ascética*, asentando las piedras angulares sobre que está basada; y, entrando resueltamente por el dilatado campo de la *Mística*, le recorre con paso firme y sereno, describiéndonos sus prados amenos, sus árboles frondosos, sus sendas cubiertas de flores nunca marchitas, y sus aguas purísimas, que, manando del seno mismo de la divinidad, riegan aquellas deliciosas mansiones y las cubren de eterno verdor. No faltarán acaso quienes, apasionados admiradores de la Santa, tengan por osado en demasía el afirmar que la insigne escritora prescinde por completo en sus escritos de la *Moral* y el *Dogma* católicos, considerados como *ciencia*; ni tampoco quienes, deseando concordar la fisonomía de la Santa con la de los eminentes teólogos que trató, y el título de Doctora con aquellos gloriosos tiempos en que se escribían infolios lo mismo que ahora se escriben folletines, poeticen sobre Santa Teresa, fingiéndosela á guisa de Bachiller en artes ó Maestro de Teología, ocupada en

ergotizar acerca de cuestiones metafísicas. Los que tal creen, ó son novelistas eruditos de allende los Pirineos, que disertan sobre la Santa sin haberla leído, ó entusiastas crédulos y mal aconsejados de aquende, que, deseando engrandecerla, la empequeñecen y deprimen. No necesita nuestra Doctora Mística engalanarse con ajenas plumas, como el ave de la fábula, para aparecer ante los ojos del mundo radiante de hermosura; y por lo que á mí hace, soy de opinión que, para formarse cabal idea de su doctrina, es preciso comenzar por negarle los falsos títulos, en que su gloria ni puede ni debe cimentarse. Hay, es cierto, en sus obras conceptos profundos é ideas madres, que sintetizan lo que en vastos tratados apenas logran darnos á entender las mejores plumas de nuestros teólogos, y el alma sencilla que las lee, herida por esos relámpagos de luz, columbra en lontananza regiones luminosas adonde ni los más valientes ingenios á veces se remontaron. Así nos describe los efectos del pecado diciendo, que *tizna el espejo del alma, de manera que no puede reflejarse en ella la imagen de Dios* ⁽¹⁾; así con rasgo sublime dice del demonio *que es el sér que no puede amar*; así define la humildad con aquella expresión sencilla al mismo tiempo y enérgica, que su pluma ha hecho proverbial: *“La humildad es andar en verdad* ⁽²⁾,” así sabe distinguir entre el amor y la potencia volitiva que le produce, diciendo de él: *“Es la saeta que la voluntad envía y hiere á Dios, y torna de allí con grandes ganancias* ⁽³⁾.” ¿Qué más? Las impalpables sombras en que se envuelve la esencia divina y encubren el misterio de la Trinidad beatísima; los recónditos arcanos de la gracia y del orden sobrenatural; la vaporosa niebla que entenebrece el abismo de la culpa, todo se ilu-

(1) Mor. 1.^a, cap. 2.

(2) Mor. 6.^a, cap. 10.

(3) Conceptos de amor divino, cap. 6, párr. 6.^o

mina con los resplandores que arroja su pluma inspirada; pero ni la humilde escritora tuvo jamás la pretensión de condensar estas verdades en un cuerpo de doctrina sentando principios y deduciendo consecuencias, ni entró en los planes de Dios el henchir su entendimiento de abstracciones metafísicas y teóricas sutilezas. Amaestróse sí para la perfección de la vida práctica, abriendo escuela en el interior de su alma nobilísima, haciéndole conocer las vueltas y revueltas, entradas y salidas del pobre corazón humano, y disponiendo á este fin los sucesos de su vida con tal arte, que no hubiera en el camino de la virtud dificultades con que no tropezase, peligros en que no se viese, amarguras que no devorase, emboscadas, en fin, y tempestades horrendas de que no triunfase. Dios aquí fué su maestro, la oración sus armas, el palenque su vida, su adversario el propio corazón. Desbordáronse por espacio de muchos años las amargas olas de la tribulación sobre aquel espíritu entero, y entre zozobras y sobresaltos aprendió la escondida ciencia de dirigir las almas á Dios, como aprende el marino entre borrascas á dirigir al puerto la contrastada nave. Mas, por lo que hace á la formación literaria de su espíritu, ¿qué maestros tuvo? ¿á qué aulas asistió? ¿qué infolios manejó? Suprimidle el breviario y los devotos libros en romance; nada tomó en las manos que pudiera, no digo introducirla en la mansión de la sabiduría universitaria, pero ni aún franquearle la entrada á ese templo del saber humano. Y ésta, entre otras, es sin duda la razón porque buscaba solícita el trato y dirección de los hombres sabios, hasta tal punto, que apenas recuerda la historia de aquellos tiempos un hombre ilustre, cuyo saber y prudencia no utilizase la Santa para la prueba y dirección de su espíritu. Dejemos, pues, esos laureles de la escuela para ceñir las sienes de la famosa Doña Oliva ó de la no menos renombrada Doña

Beatriz Galindo; pero no arranquemos de la frente de la Doctora abulense la mística aureola que la circunda y es su máspreciado emblema, para trocarla con otras coronas que ella siempre despreció, y las cuales, si no la afean, menoscaban por lo menos el esplendor de su gloria.

6. Y ved aquí lo que la Santa, doctrinalmente considerada, no fué: pasemos ahora á desentrañar cuál es el carácter distintivo de su ciencia y lo que constituye, por decirlo así, su genialidad propia. ¿Qué fué Santa Teresa de Jesús? Fué, responderemos con sus obras en la mano, la historiadora de su *Vida* y de las *Fundaciones*, la autora del *Camino de perfección* y de los *Conceptos de amor divino*, y ante todo, y sobre todo, fué la escritora de las *Moradas*.

7. Yo no sé si me equivoco y es ilusión de mi fantasía lo que tengo por convicción íntima y verdad inconcusa; mas, en mi entender, el libro de las *Moradas* es la expresión más genuina de su espíritu, la creación más valiente de su endiosada inteligencia, y un tesoro inexhausto de riquezas, donde encerró todo el caudal de sabiduría con que la oración perseverante y la experiencia de largos años la dotaron. No vayáis por eso á creer que tengo en poco los otros escritos suyos; quiero, por el contrario, dejar consignado aquí, que, en cuanto al mérito puramente literario, descuellan á mi ver sobre la presente algunas de las obras antes citadas. La *Vida*, por ejemplo, se aventaja en rasgos sublimes; las *Exclamaciones* en fuego de dicción, el *Camino de perfección* en rigor lógico, y las mismas *Cartas* en sencillez y naturalidad. Sólo prefiero las *Moradas* bajo el aspecto científico y doctrinal, al cual me circunscribo en estos apuntes. Doctrina hay también, aunque incidentalmente expuesta, en los demás escritos suyos; y sucede en esta materia á la Santa lo que á esas

personas acaudaladas y pródigas de sus bienes, que por donde quiera que pasan van dejando un reguero de beneficios en pos de sí. A este modo su pluma, sea que narre ó instruya, reprenda ó consuele, nada sabe hacer sin derramar á raudales la ciencia de que estaba lleno su entendimiento. Con todo, sus obras doctrinales, propiamente dichas, son *principalmente* tres: la *Autobiografía*, el *Camino de perfección* y las *Moradas* ⁽¹⁾.

8. La primera es una producción sin par en su género. Escribióse sin mirar á ningún modelo, hasta hoy no ha tenido rival, y en el tiempo por venir será la desesperación de todo escritor, que pretenda emularla y hablar de sí mismo para legar su retrato á la posteridad. Cuando se piensa que ese libro fué escrito por una mujer que no sabía las nociones más elementales del bien decir, y con tal precipitación, que no corrigió ni una sola frase, ni volvió á leer jamás lo que su pluma impetuosa había una vez escrito, siéntese el ánimo estupefacto y asombrado al ver que trata de asuntos psicológicos con el interés de una novela, y hace anatomía del alma y escudriña los repliegues del corazón, como si hablara de cosas tangibles que ven los ojos y palpan las manos. Más aún: sin periodos, sin arte, sin gramática, supera en atractivo y candorosa ingenuidad, no diré al filósofo de Ginebra en sus *Confesiones* (que ese tal la finge, no la tiene), sino también ¿osaré decirlo? al mismo San Agustín en las *suyas*; y esto sin dejar de ser profunda como él, y clara y sencilla acaso más que él. Así y todo, la parte doctrinal de este es-

(1) Los *Conceptos de amor divino* pueden y deben ser clasificados también como obra doctrinal; pero las ideas, ligeramente indicadas allí, están expuestas con más amplitud en las obras ántes citadas, y por eso prescindimos casi por completo de ellas en este discurso. Lo mismo decimos de muchos capítulos de las *Fundaciones*.

crito redúcese sólo á breves capítulos, en los cuales, con belleza inimitable sí, pero también con sobra de concisión, expone las diversas maneras como Dios obra en el alma y coadyuva sus esfuerzos. Bien quisiera no alargarme demasiado sobre este punto, sino apresurar el paso para entrar en el fondo de mi tema, que es la doctrina mística de la Santa; mas, siendo necesario considerarla ántes como Doctora ascética, doy principio á este trabajo, entresacando de las tres obras precitadas lo que la insigne Maestra de espíritu ha escrito sobre esta materia.

9. El ascetismo de Santa Teresa, por lo tocante á su vida, está todo encerrado en el primer grado de oración, descrito por ella en todo el cap. XI de la misma. La sencillez y hermosura de este trozo literario es tal, que no puedo resistirme á copiar sus principales rasgos: "Ha de hacer
"cuenta el que comienza, dice, que comienza á tener un
"huerto en tierra muy infructuosa, y que lleva muy malas
"yerbas para que se deleite el Señor. Su Majestad arran-
"ca las malas yerbas y ha de plantar las buenas. Pues
"hagamos cuenta que está ya hecho esto, cuando se de-
"termina á tener oración una alma y lo ha comenzado á
"usar: y con ayuda de Dios hemos de procurar como bue-
"nos hortelanos, que crezcan estas plantas, y tener cui-
"dado de regarlas para que no se pierdan, sino que ven-
"gan á echar flores, que den de sí gran olor para dar re-
"creación á este Nuestro Señor, y así se venga á deleitar
"muchas veces á esta huerta y á holgarse entre estas vir-
"tudes. Pues veamos ahora de la manera como se puede re-
"gar, para que entendamos lo que hemos de hacer y el tra-
"bajo que nos ha de costar, si es mayor ganancia, y has-
"ta qué tiempo se ha de tener. Paréceme á mí que se
"puede regar de cuatro maneras: ó con sacar el agua de
"un pozo, que es á nuestro gran trabajo; ó con noria y

"arcaduces, que se saca con un torno (yo la he sacado al-
 "gunas veces, es á menos trabajo que estotro y sácase más
 "agua); ó de un río ó arroyo, esto se riega mejor, que
 "queda más harta la tierra de agua y no se há menester
 "regar tan amenudo, y es menos trabajo mucho del hor-
 "telano; ó con llover mucho, que lo riega el Señor sin tra-
 "bajo ninguno nuestro y es muy sin comparación mejor
 "que todo lo que queda dicho. Ahora, pues, aplicadas
 "estas cuatro maneras de agua de que se ha de sustentar
 "este huerto, porque sin ella perderse há, es lo que á mí
 "me hace al caso y ha parecido que se podrá declarar al-
 "go de cuatro grados de oración, en que el Señor por su
 "bondad ha puesto algunas veces mi alma..... De los que
 "comienzan á tener oración podemos decir son los que sa-
 "can agua del pozo, que es muy á su trabajo, como ten-
 "go dicho, que han de cansarse en recoger los sentidos,
 "que como están acostumbrados á andar derramados, es
 "harto trabajo. Han menester irse acostumbrando á no
 "se les dar nada de ver ni oír, y á ponerlo por obra las
 "horas de oración, sino estar en soledad, y, apartados,
 "pensar su vida pasada..... Al principio andan con pena,
 "que no acaban de entender que se arrepienten de los
 "pecados, y sí hacen, pues se determinan á servir al Señor
 "tan de veras. Han de procurar tratar de la vida de Cris-
 "to, y cánsase el entendimiento en esto..... Esto es co-
 "menzar á sacar agua del pozo, y aún plega á Dios la
 "quiera tener; mas, al menos, no queda por nosotros, que
 "ya vamos á sacarla y hacemos lo que podemos para re-
 "gar estas flores. Y es Dios tan bueno, que, cuando por
 "lo que Su Majestad sabe, quiere que esté seco el pozo,
 "haciendo lo que es en nosotros, como buenos hortela-
 "nos, sin agua sustenta las flores y hace crecer las virtu-
 "des." Así explica la Santa el primer grado de oración, ex-
 poniendo luego en los capítulos siguientes, y sobre todo en

el XIII, las virtudes propias de los que en él se ejercitan; apartamiento de las cosas del mundo, mortificación en el cuerpo y humildad en el espíritu. Los otros tres modos de regar el jardín del alma son el símbolo de tres grados de perfección más alta, que la levantan sobre la región de la ascética, y me darán materia para investigaciones posteriores. Basta á mi propósito el hacer observar aquí dos cosas: 1.^a, la hermosura y lozanía del símil, con que sensibiliza concepción tan abstracta, y la vívida sencillez de estilo con que le expone y aplica; 2.^a, que para formarse cabal idea de su sistema ascético, no debemos ceñirnos á las breves nociones que aquí nos da; sino que es preciso estudiarle en otros escritos suyos, donde, desenvolviendo la misma idea, desciende á particularizar el ejercicio de las virtudes, según ella las entendía.

10. En efecto, el *Camino de perfección* es ya menos sintético. Pone allí como fundamento la práctica de la pobreza, tanto espiritual como real; hace después avanzar al alma por el desasimiento de todo amor terreno, aún del que se tenga á sus deudos, y acaba por disponerla al ejercicio de la contemplación, moviéndola á sacrificar en aras de la humildad, no sólo la propia salud y vida, si necesario fuere, sino también el aprecio y estima de los hombres. Este perseverante batallar contra las tres concupiscencias de que nos habla el Apóstol, es, según el sentir de la ilustre Maestra, tan necesario para disponerse á recibir los dones de Dios, como es en el juego de ajedrez la disposición de las piezas para triunfar del adversario y dar mate al rey enemigo. Ved con qué donosura hace aplicación á la vida espiritual de esta comparación bellísima: "Creed, "dice, que quien no sabe concertar las piezas en el juego "de ajedrez que sabrá mal jugar; y, si no sabe dar jaque, "no sabrá dar mate. Aún así me habéis de reprender por-

"que hablo de cosa de juego, no le habiendo en esta casa
 "ni habiéndole de haber. Aquí veréis la Madre que os dió
 "Dios, que áun esta vanidad sabía, mas dicen que es lí-
 "cito algunas veces. Y ¡cuán lícita sería para nosotras es-
 "ta manera de juego! Y ¡cuán presto, si mucho lo usa-
 "mos, daremos mate á este Rey divino, que no se nos po-
 "drá ir de las manos, ni querrá! La dama es la que más
 "guerra le puede hacer en este juego, y todas las otras
 "piezas ayudan. No hay dama que así le haga rendir
 "como la humildad. Esta le trajo del cielo en las entrañas
 "de la Virgen, y con ella le traeremos nosotras de un ca-
 "bello á nuestras almas. Y creed, que, quien más tuvier,
 "más le terná, y quien menos, menos ⁽¹⁾." ¿Qué os diré yo
 de comparación tan expresiva? Diré que es digna de la
 pluma de Santa Teresa, y es todo lo que se puede decir.
 Con él pone remate y coronamiento á los quince primeros
 capítulos de este Tratado, en los cuales está á grandes
 rasgos delineada la senda de la perfección en todo cuanto
 abarca la teología ascética, y esto, no de una manera vaga
 y genérica, como en el Libro de su Vida, sino estudiando
 palmo á palmo el terreno, definiendo las virtudes, expo-
 niendo su práctica, grados y encadenamiento con rigor ló-
 gico y pulso admirable.

II. Esto no obstante, y sin rebajar en nada el mérito
 de joya tan preciosa, doy todavía la preferencia al libro
 de las *Moradas*, siquier sea por la unidad de plan que en-
 laza armónicamente las partes entre sí, por la distinción
 con que procede, pasando siempre de lo menos á lo más
 perfecto, y por no concretarse en la exposición de la doc-
 trina á esta ó á aquella clase de personas, sino extenderse
 más bien á todo linaje de gentes, abarcar todos los esta-

(1) Camino de perfección, cap. 16.

dos y tener en cuenta la diversidad de caracteres é inclinaciones. Este mismo juicio debía merecer á la Santa Madre el postrero de estos escritos, cuando en la carta doscientas setenta y cuatro, dirigida al P. Fr. Jerónimo Gracián, dice, hablando de él y comparándole con el libro de su Vida: "Paréceme que ese libro (el de la Vida)..... es "el grande mío:..... á mi parecer *le hace ventaja el que después he escrito* (el de las *Moradas*); al menos había más "experiencia que cuando lo escribí." Y en la Morada 4.^a, cap. I: "Es dificultosísimo de dar á entender (las cosas sobre- "naturales), si Dios no lo hace, como en otra parte que se "escribió hasta donde había yo entendido catorce años há "poco más ó menos; aunque *un poco más de luz me parece tengo de estas mercedes*, que el Señor hace á algunas al- "mas." Y en la misma Morada, cap. II: "Podrá ser que en "estas cosas interiores me contradiga algo de lo que tengo "dicho en otras partes. No es maravilla; porque en casi "quince años, que há que lo escribí, quizá *me ha dado el Señor más claridad* en estas cosas de las que entonces "entendía." Conviene, por tanto, estudiar á Santa Teresa de Jesús, bien sea como ascética, bien como mística, en el libro de las *Moradas*; no con exclusión de los demás escritos, en los cuales encierra también inestimables riquezas de celestial sabiduría, sino tomándole por guía principal en este camino, y ampliando los puntos ligeramente tocados en él con las explanaciones de la misma idea que en otras obras nos suministra. Comencemos, pues.

12. Y ante todo cumple á mi propósito advertir, como fundamento del sistema doctrinal que trato de exponer, y condición precisa para su inteligencia, que, según la mente de la ascética Doctora, los diversos grados de oración son otros tantos grados de perfección evangélica. No con-

cibe la Santa el ejercicio de la oración, como otros místicos ilusos, de una manera abstracta y teórica; no prescinde, como ellos, de la abnegación, ni se olvida de sojuzgar las pasiones; antes bien, es para ella manifiesto engaño y trapacería diabólica toda práctica piadosa, siquier parezca altísima oración, que no ayude al exacto cumplimiento de sus obligaciones y produzca ópimos frutos de mortificación. "Pedísteisme, dice á sus hijas después de haber tratado extensamente de las más sólidas virtudes; pedísteisme que os dijese el principio de oración. Yo, hijas, aunque no me llevó Dios por este principio (el que acaba de exponer), porque aún no le debo tener de estas virtudes, no sé otro ⁽¹⁾." Y en otra parte, tratando de encaminar al que comienza á tener oración: "Sea varón, y no de los que se echaban á beber de buzos cuando iban á la batalla, no me acuerdo con quién ⁽²⁾, sino que se determine que va á pelear con todos los demonios, y que no hay mejores armas que las de la cruz. Aunque otras veces he dicho esto, importa tanto, que lo torno á decir aquí..... ¡Es cosa donosa, que aún nos estamos con mil embargos é imperfecciones..... y no habemos vergüenza de querer gustos en la oración y quejarnos de sequedades ⁽³⁾." Y, finalmente, para omitir otros innumerables pasajes en que se dice lo mismo, al recomendar en la Morada 4.^a, cap. 11, las disposiciones necesarias para recibir dones sobrenaturales, interpela así á sus monjas: "Luego querréis, mis hijas, procurar tener esta oración (de quietud)..... Yo os diré lo que en esto he entendido. Después de hacer lo que los de las Moradas pasadas, humildad, humildad..... Por esta se deja vencer el Señor á cuanto de él queremos." Es indiscutible, por

(1) Camino de perfección, cap. 16.

(2) Con Gedeon.

(3) Mor. 2.^a

consiguiente, la verdad antes enunciada, y aunque sin perjuicio de lo dicho, puede el Señor, cuando así le place, levantar el alma á sí, y darle á gustar, no obstante sus muchas imperfecciones, el dulzor de sus regaladísimos abrazos; pero, además de ser estos casos muy excepcionales, sólo obra Dios de esta manera para engolosinarla, como dice la Santa, y ver de hacerla renunciar á los deleites terrenos que la traen enajenada. Y es estilo del Señor, cuando los tales no responden con generosidad al divino llamamiento, retirar de ellos su benéfica mano y no arrojar á animales inmundos las margaritas de sus dones. Quede, pues, sentado como verdad incontrovertible, que en el sistema doctrinal de la Santa Madre, los diversos grados de oración más ó menos levantada y los grados de perfección, se reciprocán.

13. Hecha esta observación de suma importancia en materia tan grave, dejémonos llevar por la mano de nuestro guía, y penetremos con ella en el vestíbulo del templo de la santidad. "Estando hoy suplicando, dice en la Morada 1.^a, á nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba cosa que decir, ni cómo comenzar á cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré para comenzar con algún fundamento; que es, considerar á nuestra alma como un castillo todo de un diamante ó muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, como en el cielo hay muchas moradas. Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde, dice él, tiene sus delicias. Pues consideremos, que este castillo tiene, como he dicho, muchas moradas, unas en lo alto, otras en lo bajo, otras á los lados, y en el centro y mitad de todas estas tiene la más principal, que es adonde pasan las cosas mucho más secretas entre Dios y el alma." Tal es la concepción de la Santa to-

mada á bulto y sin bajar á pormenores. No pasemos adelante sin advertir, que es capital sobre este punto la consideración, en que ella tanto insiste, de haber infinitas moradas alrededor de la estancia principal de este castillo, pues, aunque después en todo el tratado no se habla más que de siete, éstas, más bien que moradas aisladas, son órdenes de estancias, cada una de las cuales puede tener, y realmente tiene, un sinnúmero de piezas semejantes. Por eso en el Apéndice á este escrito inculca de nuevo la misma idea, diciendo: "Aunque (aquí) no se trata de "más de siete moradas, en cada una de ellas hay muchas "en lo bajo y alto y á los lados, con lindos jardines, y "fuentes, y laberintos, y cosas tan deleitosas, que desearéis "deshaceros en alabanzas del gran Dios que las crió á su "imagen y semejanza." Y ántes de esto había escrito en la Morada primera: "Digo que no consideren pocas piezas "(en este castillo) sino de millón, y éstas no una en pos "de otra como cosa enhilada, sino como un palmito, que, "para llegar á lo que es de comer, tiene muchas caberturas que todo lo sabroso cercan ⁽¹⁾." Dicho esto, y trazadas ya las principales líneas del cuadro, la emprende con los pormenores, deslindando los diversos grupos que han de dar vida al lienzo, y cuidando de no confundirlos jamás, sino de sostener en cada uno de ellos el carácter y fisonomía propios.

14. Mas ¿qué moradas son éstas? ¿quiénes sus habitantes? ¿en qué se ejercitan? ¿cómo los combate el enemigo? ¿de qué armas deberán valerse para no sucumbir en la lucha, sino resistir, avanzar, triunfar ó morir? Todo, todo está valientemente descrito en este asombroso panorama del espíritu, donde al volver de cada página nos hallamos

(1) Mor. 2.^a, cap. 2.

siempre con un nuevo paisaje, nuevas personas, nuevos trajes, nuevo cielo, nuevo sol, un nuevo mundo, en fin, desconocido hasta entonces para nosotros, y en el cual, sin embargo, vivimos y nos movemos, como parte que somos de él. Los pecadores, ante todo, que, olvidados de Dios, se revuelcan en el cieno de los deleites sin acordarse jamás de entrar dentro de sí mismos, son, dice la Santa, almas tullidas y con perlesía, que tienen hecha costumbre de tratar con las bestias ponzoñosas de la ronda del castillo, sin atinar jamás con la puerta que es la oración, ni cuidarse de penetrar en él. Las moradas todas de esta mansión deliciosa están para ellos oscurecidas con las tinieblas de la culpa, y los rayos del Sol de Justicia que arde en el centro de las mismas, pierden con el pecado toda su vívida brillantez. "¿Qué será ver, dice en la Morada primera, qué
 "será ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, es-
 "ta perla oriental, este árbol de vida, que está plantado en
 "las mismas aguas vivas que es Dios, cuando cae en un
 "pecado mortal? No hay tinieblas tan tenebrosas, ni cosa
 "tan oscura y negra que no lo esté mucho más. No que-
 "ráis más saber, de que con estarse el mismo Sol, que le
 "daba resplandor y hermosura, todavía en el centro del al-
 "ma, es como si allí no estuviese para participar de él,
 "con ser tan capaz para gozar de su Majestad, como el
 "cristal para resplandecer en el Sol ⁽¹⁾." Y, cual si esta be-
 llísima comparación no bastase para hacer ver los hedion-
 dos y abominables efectos de la culpa, torna á insistir en
 la misma idea, y dice en el párrafo siguiente: "Así como
 "de una fuente muy clara lo son todos los arroyicos de
 "ella, así el alma que por su culpa se aparta de esta
 "fuente y se planta en otra de muy negrísima agua y de
 "muy mal olor, todo lo que corre de ella es la misma

(1) Mor. 1.^a, cap. 2.

"desventura y suciedad. Y es de considerar aquí, añade, "que la fuente y aquel sol resplandeciente, que está en "el centro del alma, no pierde su resplandor y hermosura; que siempre está dentro de ella y cosa no puede "quitar su hermosura; mas, si sobre un cristal que está al "sol se pusiese un paño muy negro, claro está que aun- "que el sol dé en él, no hará su claridad operación en el "cristal ⁽¹⁾." ¡Qué imágenes tan brillantes y llenas de vida! ¡Qué frescura y lozanía en la descripción! ¡Qué desaliño tan encantador en la frase! No parece sino que brota la idea del entendimiento, y la expresión de la pluma, como brotan las aguas cristalinas entre las arenas de purísimo manantial. Aquí todo elogio es sobrado, y como dijo á otro propósito Baltasar de Alcázar:

Esto....., ello se alaba,
No es menester alaballo;
Sólo una falta lo hallo,
Que con la prisa se acaba.

Id ahora, si os place, id y hojead los infolios de la Escuela para penetrar la esencia del pecado, y desentrañar la incomprensible miseria de sus efectos. Tened por seguro, que tras interminables disquisiciones metafísicas, tras increíbles desvelos y torturas intelectuales, acaso no hagáis sentir á vuestra alma la podredumbre del corazón apartado de Dios, tanto como os la hacen sentir las sencillas frases de la humilde Carmelita. Pero no cortemos el hilo de la idea. Avancemos con la Santa hasta penetrar en el interior de este real Palacio, y, dejando á los pecadores fuera del cerco del castillo, entremos ya con los justos en la primera Morada. Hedla aquí. Es la mansión del propio conocimiento, único fundamento de la verdadera humildad.

(1) Mor. 1.^a, cap. 2.

15. *Morada primera*.—Casi no llega á ella la luz que sale de la estancia donde se alza el trono del soberano Rey, y, aunque no está “oscurecida y negra como las Moradas del alma pecadora, está sí oscurecida de manera, “que el morador de ella no pueda verla bien, y esto, no “por culpa de la pieza, sino porque con el justo que en “ella entró, penetraron tantas culebras, víboras y cosas “ponzoñosas de cuidados terrenos, que no le dejan advertir á la luz. Como si uno entrara en una parte á donde “entra mucho el sol, y llevase tierra en los ojos que casi “no los pudiese abrir: clara está la pieza, mas él no lo “goza por el impedimento ó cosa de estas fieras y bestias “que le han cerrado los ojos para no ver sino á ellas ⁽¹⁾.” Es decir, como más adelante lo explica, que los habitantes de estas primeras Moradas, aunque anden con deseos de no ofender á Dios y hagan obras buenas; se hallan tan embebidos en el mundo, tan engolfados en sus contentos y desvanecidos con sus honras y pretensiones de hacienda, que los vasallos del alma, potencias y sentidos, tienen poca fuerza para batallar contra el furor de las pasiones, y así difícilmente pueden gozar de la presencia de Dios y atender á la luz con que los ilumina, y á las inspiraciones con que los mueve. Para estos es indispensable acudir “como pudieren á Su Majestad, y tomar á su bendita Madre como intercesora y á los Santos para que peleen por “ellos, y, dando de mano á las cosas y negocios necesarios, cada uno conforme á su estado, ⁽²⁾” se ocupen en conocerse á sí mismos, eviten las ocasiones de pecado grave y conciban aborrecimiento grande al pecado venial. Mas no con pusilanimidad y cobardía, asaltados de temores y metidos en el cieno de sus miserias, sino fijando los ojos en Dios y Cristo nuestro Señor, para que, mirando su

(1) Mor. 1.^a, cap. 2.

(2) Idem.

grandeza, conozcan mejor su bajeza, y mirando su limpieza, vean su suciedad ⁽¹⁾.

16. *Segunda Morada.*—Mas esta magnanimidad y estos arranques de corazón, los recomienda todavía con palabras más enérgicas y mayor peso de razones á los justos, que, dando un paso más adelante, llegan con el auxilio de Dios á penetrar en las segundas Moradas. Son estos los que estando aún “enredados en los pasatiempos y ba-
”raterías del mundo, y cayendo y levantando en pecados
”veniales, á que dan ocasión el bullicio y compañía de
”estas bestias ponzoñosas, oyen con todo la voz del Señor
”que los llama. Y es esta voz tan suave, que se deshace la
”pobre alma en no hacer luego lo que se le manda. No
”son estas voces y llamamientos, como los que se escu-
”chan en las Moradas más interiores; sino palabras que
”oyen á gentes buenas, sermones ó lectura de buenos li-
”bros, enfermedades, ó trabajos, ó verdades que Dios en-
”seña en los ratos de oración ⁽²⁾.” Pero enfrente de estas
voces y para sofocar su eficacia, álzase con estrépito el
grito de Satanás, que enciende el fuego de la pasión, esta-
lla la guerra en el alma, y “andan, dice la Santa, los gol-
”pes de artillería de tal manera, que no puede el alma
”dejar de oírla ⁽³⁾.” “¡Oh Jesús, prosigue la seráfica Madre,
”qué es la baraúnda que aquí ponen los demonios y las
”aflicciones de la pobre alma, que no sabe si pasar ade-
”lante ó tornar á la primera pieza. Porque la razón le
”representa el engaño que es pensar que todo esto vale
”nada ⁽⁴⁾ en comparación de todo lo que pretende. La fé le

(1) Mor. 1.^a, cap. 2.

(2) Mor. 2.^a

(3) Idem.

(4) Así se lee en el texto, pero parece que quiere decir: «el engaño que es pensar que todo esto vale *algo*.....»

"enseña cuál es lo que le cumple. La memoria le repre-
 "senta en qué paran todas estas cosas, trayéndole presente
 "la muerte de los que mucho gozaron estas cosas que ha
 "visto, como algunas ha visto súbitas, cuán presto son ol-
 "vidadas de todos..... La voluntad se inclina á amar,
 "adonde tan innumerables cosas y muestras ha visto de
 "amor y querría pagar; alguna en especial se le pone de-
 "lante, cómo nunca se quita de con él este verdadero ama-
 "dor, acompañándole, dándole vida y ser. Luego el enten-
 "dimiento acude con entender que no puede cobrar mejor
 "amigo, aunque viva muchos años; que todo el mundo está
 "lleno de falsedad....., que fuera de este castillo no hallará
 "seguridad ni paz, que se deje de andar por casas ajenas,
 "pues la suya es tan llena de bienes, si la quiere gozar.....
 "Razones son estas, concluye la Santa, para vencer los
 "demonios....., y procurar hacer lo que (está) en nosotros,
 "y guardarnos de estas sabandijas ponzoñosas; que mu-
 "chas veces quiere el Señor que nos persigan....., y aún al-
 "gunas permite que nos muerdan, para que nos sepamos
 "mejor guardar después y probar si nos pesa mucho de
 "haberle ofendido. Acábase, en fin, esta guerra por la san-
 "gre que (el Señor) derramó por nosotros, y con generosi-
 "dad y denuedo avancemos hasta ponernos del todo en las
 "manos de Dios ⁽¹⁾."

17. *Moradas terceras*.—Con esta disposición de ánimo ya hallan los justos fácil acceso á las Moradas terceras, cuyos pobladores viven de ordinario muy deseosos de servir á Su Majestad. "Aún de los pecados veniales se guardan, "de manera, que no cometerían uno con advertencia por "cosa ninguna: son amigos de la penitencia, tienen sus "horas de recogimiento, gastan bien el tiempo, ejercitan-

(1) Mor. 2.^a

"se en obras de caridad con el prójimo, y andan muy con-
 "certados en el hablar, vestir y gobernar su casa los que
 "la tienen ⁽¹⁾. Pero se inquietan y sienten apretamiento de
 "corazón con los desprecios y menoscabo de su honra, á
 "la cual todavía no han renunciado por completo; tienen
 "demasiado seso y discreción en hacer penitencia, que
 "cierto no se matarán; y no llevan en paciencia que el
 "Señor les cierre la puerta para entrar en las Moradas in-
 "teriores, donde este Soberano Rey habita;..... viniendo de
 "ahí las grandes sequedades que sienten en la oración.
 "Estos tales, cuando el Señor les dice lo que han de hacer
 "para ser perfectos y cómo han de renunciar á su honra y
 "estima y aún á los gustos de la oración, de los cuales de-
 "ben tenerse por indignos; vánse tristes como el mancebo
 "del Evangelio y vuélvenle las espaldas ⁽²⁾; y, aunque el
 "Señor les da contentos hartos mayores que los regalos y
 "distrainientos de la vida," como no les prodiga los gus-
 "tos sobrenaturales, sino que se los concede raras veces;.....
 sienten lo brumador que es este camino, corriendo peligro
 de tornar, á lo menos en el deseo, á meterse en las saban-
 dijas de las primeras piezas, porque su fortaleza no está
 fundada en tierra firme, y el demonio sabe urdir aquí gran-
 des persecuciones ⁽³⁾. Por eso, "procuren huir de toda oca-
 "sión de ofender á Dios, y considerando cuánto padeció el
 "Señor y cuán bueno es padecer, sean humildes, piensen
 "que no está la perfección ni el premio en los gustos, sino
 "en amar más y obrar con justicia y verdad. Pongan su ra-
 "zón y temores en las manos de Dios, olvídense de su fla-
 "queza natural: el cuidado de su salud ténganlo los Prela-
 "dos (ó Directores de sus almas); esfuércense, pues pueden
 "llegar á la tierra de promisión en ocho días, para no tar-

(1) Mor. 3.^a, cap 1.

(2) Mor. 3.^a, cap 1.

(3) Mor. 3.^a, cap 1.

"dar un año, yendo por ventas, nieves, aguas y malos caminos llenos de serpientes, y estudien mucho en la prontitud de la obediencia; teniendo alguien á quien acudir que esté muy desengañado de las cosas del mundo; y, viendo la suavidad con que llevan otros las cosas que ellos tienen por imposibles, anímense á volar como hacen los hijos de las aves cuando se enseñan, que, aunque no es de presto dar un gran vuelo, poco á poco imitan á los padres ⁽¹⁾."

18. Ved aquí reducida á breves páginas la doctrina ascética contenida en el libro de las Moradas, la cual puede considerarse como ilustración bellísima de la que encierra el primer grado de oración expuesto en la Vida, y maravilloso compendio de la que con más latitud declara en el Camino de perfección. Resumiendo todo lo dicho en lacónica síntesis, pertenecen á la primera Morada, según la doctrina de la Santa, los que, detestando el pecado mortal, viven asidos á los deleites no vedados gravemente, y se cuidan poco de evitar los pecados veniales; moran en la segunda las almas devotas que comienzan á aborrecer el pecado venial y á amar la penitencia; pero no se determinan á renunciar, para conseguir la perfección, los ofrecimientos de honra y estima con que el mundo les brinda; penetran, por fin, en la tercera los que arrancan del corazón el afecto de las riquezas y halagos mundanales; mas no se sacrifican á sí mismos en aras de la humildad, ni llevan en paciencia la privación de los regalos espirituales.

19. Hagamos alto aquí en la falda del monte de la perfección; y, ántes de emprender la jornada que nos ha de llevar hasta la cima, volvamos la vista atrás desde este

(1) Mor. 3.^a, cap. 2.

repecho del camino, para admirar, juntamente con la extensión del campo recorrido, las cualidades del divino guía, cuyos escritos hasta aquí nos han encaminado.

Dos serán solamente las que yo haré notar, dando principio á este trabajo por la primera y más principal: la concisión. Esta dote, cuando no cede en menoscabo de la claridad, es el sello distintivo del genio. Las medianías, los talentos vulgares y adocenados, así como son ineptos para el análisis en las cuestiones complejas, así también sintetizan poco sus ideas, pudiendo apellidarse su ciencia, más bien que sabiduría propiamente dicha, erudición conceptualista. En los cerebros de esos plagarios del saber cada idea es un sonido aislado, es una nota perdida en el vacío, que no armoniza con el resto de sus conocimientos, ni se eslabona con ellos para formar, anillo tras anillo, la cadena de un verdadero sistema doctrinal. Más que sabios son eruditos, más que genios creadores de la ciencia, son progenitores fecundos de vulgaridades, ó gárrulos declamadores de ideas robadas al talento. En su frente jamás ha brillado la llama del genio, en su cabeza jamás han fermentado grandiosas concepciones, ni siquiera germinado una idea original. Aseméjanse en cierta manera á los seres irracionales, que aprenden por impresiones aisladas, y sólo atesoran en su memoria especies inconexas que ningún enlace tienen entre sí; mientras que distan inmensamente de las inteligencias angélicas y puramente intelectuales, cuya ciencia se condensa en pocas ideas.

Permitid esta digresión á mi pluma y seguidme, porque conviene dejar bien definido el mérito de la concisión contra las opiniones invasoras del charlatanismo pretencioso. Los seres dotados de sólo vida vegetal viven, pero no sienten; los irracionales, por muy perfectos que sean en su especie, sienten y perciben, pero no raciocinan ni desenvuelven por deducciones intelectuales las percepcio-

nes adquiridas; el hombre despoja á la sensación de su tosco ropaje, la espiritualiza, y encadenando sus conceptos, forma ideas germinadoras de conceptos nuevos con que fecunda su entendimiento; el ángel ve con precisión clarísima los efectos en sus causas y alcanza con pocas ideas horizontes inmensos de verdades; Dios en una sola idea, que se identifica con su entender y su sér, agota todo el maravilloso, y para nosotros incomprensible conjunto de realidades, y el todavía más maravilloso y más incomprensible de entidades posibles, que son objeto de la ciencia universal, propiamente dicha, y término de la inteligencia suprema. ¿Qué se sigue de aquí? Síguese, que el que en menos ideas abarque más, el que en menos palabras más diga, ese tal se acerca más á Dios. Ved ahí lo que es el genio: ved ahí por qué os decía que la concisión, cuando no cede en menoscabo de la claridad, es el carácter distintivo de las inteligencias privilegiadas.

20. Pues tal fué la penitente Carmelita, cuyos escritos al presente analizamos. ¿Qué corona de alabanzas podré yo entretejer que no sea indigna de la frente donde tantos y tan grandes pensamientos se engendraron? ¡Divina pluma la que halló palabras preñadas de fuerza y vigor, dignas de tan grandiosas especulaciones! ¡La que, como foco de luz, irradió en las tinieblas de celda desconocida, y arrojó sobre el mundo asombrado torrentes de sabiduría celestial, que los ojos más llenos de vida apenas pueden soportar! Hojead, leed, juzgad. En breves páginas, claras como el espejo de su alma, sencillas como su candoroso corazón, atina á resumir con tino admirable, lo que los más profundos ascetas, con dificultad llegan á definir en extensos tratados. Y dejando á un lado los infolios, donde esta ciencia se archiva, las definiciones metafísicas de las virtudes, su clasificación cien-

tífica, los actos con que nacen en el alma, crecen y se perfeccionan, los vicios que es preciso extirpar, los apetitos que vencer, las pasiones que debelar; dejando á un lado el filosofar sobre todo esto, fija los ojos del alma en los fuertes sillares, que son como las claves arquitectónicas de este edificio colosal, y, mostrándolas con el dedo, dice á sus hijas: "Conoced vuestra miseria y ahondad en ella cuanto podáis; huid de toda ocasión de pecado, desembarazaos de las cosas de la tierra, y acabad por la inmolación total y absoluta de vosotras mismas; lo demás dejádselo á Dios, á su sabiduría y á su bondad omnipotente."

21. Yo no puedo menos de admirar la maestría, verdaderamente inspirada, con que estos tres puntos están elegidos y sabiamente concretados. Lenguas quisiera hacerme para ensalzarla cual se merece y yo la concibo. Mi voz es débil y mi voto desautorizado, mas no dejaré pasar estos momentos solemnes sin hacer constar, que, en mi sentir, van descaminados los que con *profundas investigaciones* ascéticas y extensos tratados, pretenden dirigir los pasos del pueblo cristiano por la senda del cielo. Los que tal hacen, se esfuerzan, acaso sin darse cuenta de ello, por introducir á sus lectores en el templo de la sabiduría, para, una vez allí, abrirles luego la puerta oculta que guía al camino de la santidad. Jamás, sin embargo, leemos en el Evangelio, que sea condición precisa el ser sabios para entrar en el reino de los cielos. Lejos de mí el condenar en absoluto á esos escritores profundos de obras inmortales, veneros inagotables del saber; sólo hago constar mis arraigadas convicciones sobre este punto, aseverando, que tales obras, si son utilísimas á los maestros de espíritu, no lo son tanto para el vulgo de los cristianos; pues la manera más común y ordinaria que Dios

tiene de elevarlos á la perfección, es el de esculpir en su alma pocas, pero fecundísimas verdades, de las cuales, como de pujante semilla, brota primero y se desarrolla inconscientemente después el árbol de la perfección; lo mismo que en el seno de la madre, fecundado con el germen de vida, se desarrollan inconscientemente los miembros todos del niño, que más tarde ha de abrir los ojos á la luz del día.

22. Paso con esto á la segunda cualidad, que en esta parte de los escritos de la Santa descuellan, su espontánea y jovial amenidad. Espíritus reflexivos habrá, que se maravillen de que me entretenga en vindicar para la ilustre Monja avilesa, dote de tan poca importancia para muchos. Pero, fuera de que urge refutar la opinión de críticos, malcontentos y antojadizos, para quienes es huraño y fastidioso todo escrito que trate de virtudes cristianas ⁽¹⁾, conviene adelantarse á los mismos y evidenciar, que calumnian á la insigne escritora, cuando nos la pintan como espíritu adusto y cerebro mal deprimido por el monjil que la cubría. ¡Santa Teresa adusta y ceñuda! ¿Habrán leído los que tal piensan, aquellas páginas rientes, que rebosan candor, alegría, paz, amor y gracia sin igual? Esta dote de la jovialidad está casi siempre reñida con la que acabamos de vindicar para la seráfica Doctora. Los escritores concisos son, por ley común, tan austeros en los pensamientos como sobrios en el lenguaje; al paso que los joviales y festivos acostumbran á ser por extremo superficiales. Sólo la pluma de los grandes talentos acierta á combinar estas dos cualidades, que mutuamente se repelen; y aunque Santa Teresa no tuviera, como escritora ascética, otros títulos á la inmortalidad que el haber

(1) Michelet.

triunfado en tan difícil empeño, bastará éste para perpetuar con nuestros elogios su memoria en la posteridad de los siglos. Triunfó, sí, triunfó de esta dificultad, uniendo en amigable consorcio á estas dos bellas enemigas, que son la desesperación de todo literato, y fué concisa al mismo tiempo y jovial, tratando de materias, acerca de las cuales parece que no puede escribirse sino seca y estiradamente. No niego yo que la virtud es bella; afirmo, por el contrario, que su hermosura, para todo el que tenga ojos limpios con qué contemplarla, es fascinadora; y avanzando más, afirmo, por una parte, que nada hay bello al mismo tiempo é inmoral, y por otra, que yerran lastimosamente los espíritus secuaces de Calvino, para quienes el hombre no puede ser virtuoso sin vivir desabrido consigo mismo, y que hasta se atreven á hablar de desesperación en el espejo de toda santidad, en el Hijo de Dios vivo, cuando moría en un patíbulo, víctima del amor hacia los mismos que le crucificaban. Dios no es ningún cómitre que se complazca en esgrimir el látigo sobre sus criaturas, ni la virtud matrona ceñuda, destinada por Dios para ser verdugo del corazón humano. Así y todo, no puede negarse que el austero vestido con que esta beldad de ordinario se encubre, nada tiene de atractivo ni halagüeño. ¿A quién lisonjea el maceramiento de la carne, la pobreza y el desasimiento de todo lo criado?

23. Mas ved aquí en qué está precisamente el genio de Santa Teresa. Con paso firme y sereno penetra delante de nosotros en la deliciosa mansión, donde la virtud se muestra tal cual es, y, encarándose con ella, nos dice entusiasmada: "Miradla: ahí la tenéis, hija del cielo, radiante de luz y de hermosura, cariñosa, apacible, graciosa y hasta jovial." Y jovial se mostró también Santa Teresa al describirla, acomodando su pincel al retrato que trata-

ba de esbozar. No con la jovialidad del novelista que se degrada pintando las infamias y abyección de seres envilecidos, que yo no puedo nombrar; ni con la sonrisa burlesca del cínico que se mofa de todo lo bueno; sino con la jovial alegría del alma recta, que se pasea sin impedimento por los verjeles de la virtud, libando en todas las flores el almíbar de la paz y del amor. ¡Ah! no necesitó Santa Teresa, para ser festiva en sus escritos, de los cínicos chistes de Luciano, ni de las nefandas lubricidades de Marcial, ni de las indecorosas alusiones de nuestro Quevedo, ni aún de las socarronas inconveniencias del asendereado escudero, que el genio de Cervántes inmortalizó. Su pluma, por otro estilo, tampoco fué bufona como la de Rabelais, ni incisa y punzante como la de La Bruyère, ni sardónica como la del mal llamado Filósofo de Ferney, ni fría y helada como la que trazó el carácter repulsivo de Mefistófeles; porque de nada de eso necesitó para fascinar el ánimo de sus lectores y subyugar su rebelde corazón. Bastóle dejar estampada en sus escritos, sin conceptos alambicados ni repulidas frases, la hermosura del alma virtuosa, es decir, de su propia alma, y dejarnos ver aquel conjunto maravilloso de todas las virtudes que más halagan al corazón humano: caridad, mansedumbre, gratitud y resignación. Bastóle levantar una punta del velo que encubría sus mismas dotes naturales, y dejarnos admirar aquella su imaginación vivaracha y bulliciosa como los pájaros que cantan en la enramada, aquel su entendimiento claro y sereno como el azul estrellado de los cielos en noche de primavera, aquel su corazón ingenuo y florido como prado esmaltado de rosas que riegan arroyos cristalinos.

24. Aquí convergen, como á su centro, todas las ideas más originales de su genio creador y todos los rasgos más

característicos de su lenguaje; á hacer la virtud amable y hasta seductora, no despreciable y desabrida. Por eso yá desde la primera Morada, en que tanto inculca el ahondar en el conocimiento de la propia miseria, quiere que esto se haga *sin estrujar el ánimo*, como ella dice, sino ensanchándole con sentimientos generosos. Y á este fin manda que salgan fuera de sí de cuando en cuando, volando á considerar la grandeza y majestad de Dios, pues la humildad, añade, "es como la abeja, que labra su miel en la colmena, pero saliendo á sus tiempos para extraerla de las flores que adornan el campo y la pradera ⁽¹⁾. En lo cual hay dos ganancias: la primera, que la humildad es mayor; pues está claro que parece una cosa blanca muy más blanca cabe la negra, y al contrario la negra cabe la blanca. La segunda, que nuestro entendimiento y voluntad se hace más noble y más aparejado para todo bien ⁽²⁾." ¿Puede hablarse más claro?

25. De esta misma raíz nacía en su espíritu aquella instintiva repulsión que sentía á los caracteres melancólicos, la cual hizo á su pluma escribir palabras tan duras, que yo no recuerdo haberlas leído semejantes en sus escritos. "Torno á decir, exclama en el Libro de las Fundaciones, como quien ha visto y tratado muchas personas de este mal, que no hay otro remedio para él si no es sujetarlas por todas las vías y maneras que pudieren. Si no bastasen palabras, sean castigos; si no bastasen penqueños, sean grandes; si no bastase un mes de tenerlas encarceladas, sean cuatro, que no pueden hacer mayor bien á sus almas ⁽³⁾." Ved en estas palabras la ingénita antipatía que experimentaba hacia los espíritus

(1) Mor. 1.^a, cap. 2.

(2) Mor. 2.^a, cap. 2.

(3) Fundaciones, cap. 7.

descontentadizos y atrabiliarios. Las virtudes, por el contrario, que más cuadraban á su natural blando y amoroso, eran aquellas, cuyo atractivo conquista fácilmente el corazón de las personas con quienes se conversa. Así, hablando de sí misma, dice en la Vida: "En esto de dar
"contento á otros *he tenido extremo*, aunque á mí me hi-
"ciese pena; tanto que en otras fuera virtud, y en mí ha-
"sido gran falta, porque iba muy sin discreción ⁽¹⁾." Y en el Camino de perfección, tratando de la cortesía, afirma: "Que se ha de hacer el acatamiento (á cada cual) según
"el estado que tiene, y conforme al uso ⁽²⁾." Confirma esto mismo más adelante y lo amplifica, exponiendo la mane-
ra como sus Hijas han de tratar con los prójimos. Sus palabras son estas: "Ansí que, Hermanas, todo lo que
"pudiéredes sin ofensa de Dios procurad ser afables, y
"entender de manera con todas las personas, que os trata-
"ren, *que amen vuestra conversación* y deseen vuestra mane-
"ra de vivir y tratar, y *no se alemoricen y amedranten de la*
"*virtud*. A las religiosas, prosigue, importa mucho esto:
"mientras *más santas, más conversables* con sus Hermanas;
"que, aunque sintáis mucha pena, si no van sus pláticas
"todas como vos las querriades hablar; nunca os extra-
"ñéis de ellas: y ansí aprovecharéis y seréis amadas; que
"mucho hemos de procurar ser afables y agradar y con-
"tentar á las personas que tratamos, en especial á nues-
"tras Hermanas ⁽³⁾." De la sencillez afirma que "nunca tu-
"vo ni cayó en el vicio de la hipocresía ⁽⁴⁾," de la grati-
tud "que era de condición muy agradecida ⁽⁵⁾," y que el
agradecimiento la movía más á sacrificarse por el Señor

(1) Vida, cap. 3.

(2) Camino de perf., cap. 22.

(3) Camino de perf., cap. 22.

(4) Vida, cap. 7.

(5) Vida, cap. 35.

que no el temor de los castigos; de la constancia, en fin, dice estas palabras: "Era yo tan honrosa, que el determinarme á decir á mis padres como quería ser monja, casi era como tomar el hábito, pues me parece no tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez ⁽¹⁾." Basta esta breve reseña de las dotes naturales y carismas sobrenaturales que adornaron su alma, para entender cuál era la oculta mina, donde tan ricos tesoros se encerraban. Sin entendimiento tan henchido de luz, no hubiera descollado tanto por su sobriedad y concisión; sin corazón tan apacible, no hubiera sido tan amena y jovial. Más quisiera decir sobre el mérito de los escritos á que me refiero en esta primera parte del discurso; pero el tiempo urge, y el campo que aún nos queda por recorrer es muy dilatado. Hora es ya de que apartemos los ojos de las fértiles llanuras del ascetismo, para volverlos á las floridas y no menos fértiles praderas del misticismo Teresiano.

26. Al llegar aquí fuera mejor romper la pluma y dejar hablar á la inspirada escritora. Campeára así mejor su inteligencia varonil, en las valientes pinceladas con que pinta las trasformaciones del espíritu bajo la acción de la omnipotencia divina; su imaginación fresca y lozana, en las brillantes descripciones con que enriquece este viaje á las regiones de la psicología sobrenatural; su viveza femenil, en los símiles de inimitable delicadeza con que esmalta investigaciones tan abstrusas; su genial festivo, en el gracejo y nativo candor que respiran todas sus páginas; mas ya que la naturaleza de estos apuntes no me permita dar cabida en ellos á tan extenso trabajo, procuraré por lo menos bosquejar tan grandiosa creación, hablando con sus mismas palabras, en cuanto me fuere posible. Ni me

(1) Vida, cap. 4.

es dado hacer otra cosa, si bien se mira, dada mi inexperiencia en tales materias. Porque, si la Santa Madre, al llegar á esta región de lo sobrenatural, confiesa que es dificultosísimo el dar á entender lo que el alma siente, y esto, después de haber navegado por espacio de cuarenta años en aquel mar de luz y de ventura, ¿qué harán los que, como yo, nada han probado ni visto de tales cosas, sino que hablan siempre como de oídas? Aquí la mano tiembla al trazar sobre el papel tan asombrosos conceptos, y la lengua tartamudea no acertando á articular sonidos de tan celestial armonía. El Espíritu Santo, á quien la humilde Carmelita se encomendó para revelar tan grandes misterios, unja mi pluma, á fin de que no tropiece y caiga miserablemente con daño propio y de los que me oyen.

27. Como preámbulo de todo lo que más adelante explana, define aquí la Seráfica Doctora, cuál es la diferencia que media entre contentos naturales, y gustos ó sobrenaturales consuelos. Los primeros, dice, nacen de nuestro natural y acaban en Dios; los segundos nacen de Dios y redundan en el natural: aquellos son adquiridos, y como conquistados por el ejercicio de nuestras potencias, *ayudadas del auxilio divino*; y, como nacen de la misma obra virtuosa, parece que los ganamos con nuestro trabajo; mas estos son producidos inmediata y exclusivamente por Dios en el alma, con grandísima paz y quietud, sin que las potencias intervengan en ello con su actividad propia ⁽¹⁾. Desentrañemos más esta idea. Así como en las cosas humanas y negocios ordinarios de la vida, siente el alma consuelo por los sucesos prósperos, como sucede en el adquirir una grande hacienda que de presto é inesperadamen-

(1) Mor. 4.^a, cap. 1.

te se provee, ó en el éxito de un negocio enmarañado; y así como la esposa, ó la madre, ó la hermana, derraman lágrimas de alegría al contemplar vivo y en su presencia al esposo, hijo ó hermano que creían muerto; así también acontece en las cosas espirituales, que el alma, sobre todo cuando es de su natural tierna y compasiva, se derrite á veces en llanto al recordar los dolores y angustias de Cristo en la Pasión, ó bien al entender la fealdad y malicia de los pecados, con que ofendió á su Dios y Señor. El sólo discurrir con el entendimiento sobre estas cosas, es motivo del consuelo que experimenta en medio del mismo quebrantamiento del corazón, de manera, que el tal consuelo y deleite espiritual, puede llamarse obra suya por adquirírselos con cansancio de sus facultades intelectuales y ayudándose de las criaturas en la meditación; pero los consuelos ó gustos sobrenaturales vienen únicamente de Dios, sin cansancio del alma, antes con gran quietud de las potencias, que nada hacen, sino recibir el dón, con que Dios las regala. Ambos linajes de consuelos, causan deleite; mas los primeros "no ensanchan el corazón, sino que "por ir envueltos con nuestras pasiones (es decir, con la "ternura natural), aprietan un poco y traen consigo unas "lágrimas penosas y unos alborotos de sollozos que acon- "gojan el alma. Y aún á personas he oído, añade la San- "ta, que se les aprieta el pecho, y vienen á movimientos "exteriores, que no se pueden ir á la mano; y es la fuerza "de manera, que les hace salir sangre de las narices y co- "sas así penosas ⁽¹⁾. No tal los segundos, que ensanchan el "alma, la cual parece que se va dilatando, produciéndose "en ella bienes que no se pueden decir, ni aún el alma "sabe entender qué es lo que se da allí ⁽²⁾." Cual si esta

(1) Mor. 4.^a, cap. 2.

(2) Mor. 4.^a, cap. 2.

clarísima y profunda declaración no bastase, ved ahora la sencilla y por todo extremo galana comparación con que termina. "Hagamos cuenta que vemos dos fuentes con dos pilas que se hinchen de agua..... de diferentes maneras. Al un pilón, viene el agua de más lejos, por muchos arcaduces y artificio: el otro está hecho en el mismo nacimiento del agua, y váse henchiendo sin ningún ruido; y si el manantial (es) caudaloso, como éste de que hablamos, después de henchido este pilon, procede un gran arroyo...., y siempre está manando agua de allí. Es la diferencia, que la que viene por arcaduces, es, á mi parecer, los contentos que tengo dicho que se sacan con la meditación....; y como viene, en fin, con nuestras diligencias, hace ruido cuando ha de haber algún henchimiento de provechos que hace en el alma. Estotra fuente, viene el agua de su mismo nacimiento, que es Dios, y así como su Majestad quiere, cuando es servido, producir alguna merced sobrenatural, produce con grandísima paz y quietud y suavidad de lo más interior de nosotros mismos, yo no se hacia dónde ni cómo ⁽¹⁾."

Supuesta esta explicación y allanado ya el camino para la inteligencia de los secretos misterios del orden sobrenatural, comienza á iniciarnos en estos mismos misterios con la descripción de la oración de recogimiento, que no es sino disposición para la de quietud.

28. *Moradas cuartas.—Oración de Recogimiento y de Quietud.*—Estas dos maneras de oración están confundidas en la Vida, y pertenecen al segundo modo de sacar agua que allí expone ⁽²⁾; pero en el Camino de Perfección y en las Moradas las distingue perfectamente, y de ambos

(1) Mor. 4.^a cap. 2.

(2) Vida, cap. 14.

tratados está tomada la doctrina que aquí damos en compendio. Consiste la primera, no precisamente "en estar en oscuro, ni en cerrar los ojos, ni en cosa exterior alguna, puesto que sin quererlo se hace esto de buscar soledad....." Parece que los sentidos van perdiendo su derecho, á fin de que el alma vaya cobrando el suyo que tenía perdido....." Hagamos cuenta para formarnos alguna idea de lo que esto es "que estos sentidos y potencias, es decir, la gente habitadora de este Castillo, se han ido fuera y andan con gente extraña y enemiga del bien del alma días y años; y que ya se han ido, viendo su perdición, acercando á él, aunque no acaban de estar dentro, porque esta costumbre es recia cosa, sino no son ya traidores y andan alrededor. Vista ya (por) el gran Rey que está en la Morada de este Castillo su buena voluntad, por su misericordia quiérellos tornar á él, y, como buen pastor, con un silbo tan suave, que aún casi ellos mismos no lo entienden, hace que conozcan su voz y que no anden tan perdidos, sino que se tornen á su Majestad; y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que desamparan las cosas exteriores en que andan enajenados y métense en el Castillo ⁽¹⁾." No vaya á creer el que esta merced recibe que la obtiene por esfuerzo del entendimiento, "procurando pensar dentro de sí á Dios, ni por la imaginación, imaginándose en sí, pues á veces ántes de que se comience á pensar en Dios, ya esta gente está en el Castillo: que no sé por dónde ni cómo oyó el silbo de su pastor, que no fué por los oídos, pues no se oye nada, cuando siéntese notablemente un encogimiento suave á lo interior, como lo verá quien pase por ello." Sucede al alma lo que á un erizo ó tortuga cuando se retiran hacia sí, con la diferencia de que estos animales se retiran y encogen cuando

(1) Mor. 4.^a, cap. 3.

"quieren; pero esta oración no está en nuestro querer, sino
 "cuando á Dios le place hacernos esta merced, y siéntese
 "un fortalecerse y esforzarse el alma á costa del cuerpo, y
 "que le deja solo y desflaquecido, y ella toma allí basti-
 "mento para contra él ⁽¹⁾." La meditación y ejercicio de las
 potencias no debe cesar aquí, sino que, por el contrario,
 deben actuarse; "que, pues Dios nos las dió para que con
 "ellas trabajásemos, no hay para qué las encantar, sino
 "dejarlas hacer su oficio hasta que Dios las ponga en otro
 "mayor ⁽²⁾" (introduciéndolas en otras Moradas más inte-
 riores). Tanto más que, si Su Majestad no ha empezado á
 embeber al alma, toda fuerza que queramos hacer á nues-
 tro cuerpo, como sería tener el huelgo, ó á las potencias
 del alma para que nada obren, sería inútil; pues los gus-
 tos de Dios no están ligados á esas cosas, sino que vienen
 con paz y suavidad; y, por otra parte, el mismo contener
 á las potencias para que en nada piensen, puede ser de
 más daño que provecho, porque se distraerá la imagina-
 ción con ese mismo querer no pensar en nada.

29. Esta oración de recogimiento, aunque es mucho
 menos perfecta que la de quietud, dispone muy apacible-
 mente para ella, y el que la tiene "no dejará de llegar á
 "beber el agua de la fuente, porque camina mucho en po-
 "co tiempo. Es como el que va en una nao, que con un
 "poco de buen tiempo se pone al fin de la jornada en po-
 "cos días, y los que van por tierra tárdanse más. Estos

(1) Mor. 4.^a, cap. 3.

(2) Mor. 4.^a, cap. 3. Obsérvese en estas palabras de la Santa la
 oposición de su doctrina con la de Molinos; pues, según este último,
 el alma de tal modo debe darse á la contemplación, que las potencias
 nada obren, sino que deben esperar en un *quietismo absoluto* el influjo
 de la acción divina; al paso que la Santa Madre, no sólo aconseja, sino
 que manda trabajar con ellas, pues no deben estar ociosas, como dice
 más adelante, sino cuando el Señor las imposibilita para obrar.

"están, como dicen, puestos en la mar, aunque del todo
 "no han dejado la tierra: aquel rato hacen lo que pueden
 "recogiendo sus sentidos ⁽¹⁾."

Mas ¿en qué consiste la oración de quietud y qué efectos produce en el alma? Consiste, responde la Santa, en aquel mismo ensanchamiento del espíritu que causan los gustos sobrenaturales ántes descritos, los cuales, mandando del interior de la misma, la dilatan, por decirlo así, "á manera de como si el agua que mana de una fuente no tuviese corriente, sino que la misma fuente estuviese labrada de una cosa, que, mientras más agua manase, más grande se hiciese ⁽²⁾. Siéntese una fragancia....., como si en aquel hondor interior estuviese un brasero, adonde se echasen olorosos perfumes. Ni se ve la lumbre, ni adonde está; mas el calor y humo oloroso penetra toda el alma, y aún á veces participa el cuerpo. Con esta suavidad y ensanchamiento ya no la aprieta ni encoge el temor del infierno; porque, aunque le queda mayor de ofender á Dios, el servil piérdese aquí, y queda con gran confianza que le ha de gozar. El que solía tener, para hacer penitencia, de perder la salud, ya le parece que todo lo puede en Dios; tiene más deseos de hacerla que hasta allí. El que solía tener á los trabajos, ya va más templado, porque está más viva la fé, y entiende que, si los pasa por Dios, Su Majestad le dará gracia para que los sufra con paciencia, y aún algunas veces lo desea, porque queda una gran voluntad de hacer algo por Dios. En fin, en todas las virtudes queda mejorada ⁽³⁾." Este contento y deleite no se siente como los de acá, ni nace del corazón, sino del centro mismo del alma; aunque luego "váse revertiendo por todas

(1) Camino de perf., cap. 28.

(2) Mor. 4.^a, cap. 3.

(3) Mor. 4.^a, cap. 3.

"las potencias hasta llegar al cuerpo" y henchir el mismo corazón ⁽¹⁾. El efecto de todo esto es que las potencias, aunque no se hallen unidas con Dios, están empero embebidas, mirando como espantadas qué es aquello, lo cual no obsta para que la imaginación ande á veces desbaratada, mientras las demás se hallan empleadas en Dios, y recogidas con él. Así acontecía á la Santa cuando esto escribía, pues sentía "un grande ruido en la cabeza, como "si en ella tuviese muchos ríos caudalosos, y, por otra "parte, que de estas aguas se despeñaban muchos pajari- "llos y silbos, sin que toda esta baraunda le estorbase la "oración ni escribir, sino que el alma se estaba muy ente- "ra en su quietud, y amor, y deseos, y claro conocimien- "to ⁽²⁾." En tal coyuntura, termina, preciso es no hacer caso de la imaginación, ni que por los pensamientos nos turbemos, ni se nos dé nada; "que, si los pone el demonio, "cesará con esto, y si es, como lo es, de la miseria que nos "quedó del pecado de Adán, tengamos paciencia y sufrá- "moslo por amor de Dios." Así que "dejemos andar esta "taravilla de molino y molamos nuestra harina, no dejando "de obrar (con) la voluntad y el entendimiento ⁽³⁾." Y esto no con agudezas, buscando razones y ordenando pláticas, "sino dejando las letras á un cabo y poniendo unas pajitas "con humildad para ayudará encender el fuego; pues mu- "cha leña junta de razones muy doctas..... le apaga- "rían ⁽⁴⁾."

30. *Moradas quintas.—Oración de unión.*—Hénos ya en un grado de perfección mucho más levantado, á que Dios por su infinita misericordia eleva, cuando le place,

(1) Mor. 4.^a, cap. 2.

(2) Mor. 4.^a, cap. 1.

(3) Mor. 4.^a, cap. 1.

(4) Vida, cap. 15.

las almas escogidas, en quienes se determina á derramar la abundancia de sus dones. Tres grados de unión distingue la Santa Madre. El primero, menos perfecto que los otros dos, es unión de sola la voluntad, la cual está gozando en mucha quietud de su Dios, mientras que el entendimiento y la memoria andan libres, de modo que pueden tratar negocios y entender en obras de caridad. Esta manera de unión, de la cual se habla en el Camino de perfección, cap. 31, párrs. 8 y 9, está admirablemente descrita, tanto aquí, como en el cap. 17, párr. 3 de la *Vida*. "Parece, dice en esta última, que esta oración "es todo uno con la de quietud ántes expuesta; pero es "diferente, porque allí está el alma, que no se querría bu- "llir ni menear, gozando en aquel ocio santo de María; "en esta oración también puede ser Marta. Así que está "casi obrando juntamente en vida activa y contemplati- "va....., aunque no del todo están señores de sí; y entien- "den bien que está la mejor parte del alma en otro cabo. "Es como si estuviésemos hablando con uno, y por otra "parte, nos hablase otra persona, que ni bien estaremos "en lo uno ni bien en lo otro. Es cosa que se siente muy "claro, y da mucha satisfacción y contento cuando se tie- "ne, y es muy gran aparejo para que, en teniendo tiem- "po de soledad ó desocupación de negocios, venga el al- "ma á muy sosegada quietud." Y en el *Camino de per- fección* la explica por este símil que la inspiró el Señor, estando en la misma oración, y cuadra mucho á la Santa, y le parece que lo da á entender. "Está el alma como un "niño que aún mama, cuando está á los pechos de su ma- "dre, y ella, sin que él paladee, échale la leche en la boca "para regalarle. Así es acá, que sin trabajo del entendi- "miento está amando la voluntad, y quiere el Señor que, "sin pensar, lo entienda que está con él, y que sólo tra- "gue la leche que Su Majestad le pone en la boca, y go-

"ce de aquella suavidad, que conozca le está el Señor
 "haciendo esta merced y se goce de gozarla. Mas no quie-
 "ra entender cómo la goza y qué es lo que goza, sino
 "descuídese entonces de sí, que sé, quien está cabe de
 "ella, no se descuidará de ver lo que le conviene. Porque,
 "si va á pelear con el entendimiento para darle parte tra-
 "yéndole consigo, no puede á todo: forzado dejará caer
 "la leche de la boca, y pierde aquel mantenimiento divi-
 "no. En esto, prosigue la Santa, se diferencia esta oración
 "de cuando está toda el alma unida con Dios, porque en-
 "tonces aún sólo este tragar el mantenimiento no hace,
 "dentro de sí lo halla, sin entender cómo le pone el Se-
 "ñor ⁽¹⁾."

31. Algo semejante á este último estado acaece en la segunda manera de unión, en la cual Dios se enseñorea "de la voluntad y aún del entendimiento, porque el alma "no discurre, sino que está ocupada gozando de Dios, "como quien está mirando y ve tanto, que no sabe hacia "dónde mirar; uno por otro se le pierde de vista, que no "dará señas de cosa ⁽²⁾." Pero la memoria y la imagina- ción quedan desembarazadas, "y, como ellas se ven solas, "es para alabar á Dios la guerra que dan, y como procu- "ran desasosegarlo todo ⁽³⁾." El alma se deshace "por verse "junta adonde está la mayor parte y ser imposible, sino "que le dan tal guerra, que no la dejan valer; mas, como "faltan las otras potencias, no valen, aún para hacer mal, "nada. Harto hacen en desasosegar. Digo para hacer mal, "porque no tienen fuerza ni paran en un ser....., que no "parecen sino destas maripositas de las noches, importunas "y desasosegadas..... En extremo me parece le viene al

(1) Camino de perf., cap. 31.

(2) Vida, cap. 17.

(3) Vida, cap. 17.

"propio esta comparación, porque, aunque no tienen fuerza para hacer ningún mal, importunan á los que las ven." El remedio de todo esto, es el mismo que antes se dió en la oración de quietud, "no hacer caso de la imaginación más que de un loco, sino dejarla con su tema, que sólo Dios se la puede quitar ⁽¹⁾;" ó, como dice en el *Camino de perfección*, "reirse de ella, y dejarla para necia, y estarse en su quietud, que ella irá y verná; mas, en fin, aquí es señora y poderosa la voluntad ⁽²⁾," mientras que la imaginación queda por esclava. "Hémosla de sufrir con paciencia como hizo Jacob á Lia, porque harta merced nos hace el Señor, que gocemos de Raquel."

32. Finalmente, hay otra unión perfecta, que es como un dormirse todas las potencias, de manera que, ni del todo se pierden ni entienden como obran. El gusto, y suavidad, y deleite, es en este linaje de oración mayor que en la pasada: "es un glorioso desatino, es una celestial locura, adonde se aprende la verdadera sabiduría ⁽³⁾." Las facultades del alma "sólo tienen habilidad para ocuparse todas en Dios: no parece se osa bullir ninguna, ni la podemos hacer menear si con mucho estudio no quisiésemos divertirnos, y aún no me parece que del todo se podría entonces hacer ⁽⁴⁾." Sucede aquí al alma, lo que al gusano de seda, cuando, después de haber formado el capullo, muere, y se convierte en mariposa. He aquí cómo expone la Santa esta bellísima comparación: "Ya habréis oído las maravillas de Dios en cómo se cria la seda; pues de una simiente, que es á manera de granos de pimienta pequeños, comienza con el calor, (en comenzando á ha-

(1) Vida, cap. 17

(2) Camino de perfección, cap. 31.

(3) Vida, cap. 17.

(4) Vida, cap. 16.

"ber hoja en los morales), á vivir; que hasta que haya es-
 "te mantenimiento de que se sustenta, está muerta. Y con
 "hojas de moral se crían, hasta que, después de grandes,
 "les ponen unas ramillas, y allí con las boquillas van de
 "sí mismos hilando la seda, y hacen unos cupuchillos muy
 "apretados adonde se encierran, y acaba este gusano, que
 "es grande y feo, y sale del capucho una mariposita blan-
 "ca muy graciosa. Así acá; entonces comienza á tener vi-
 "da este gusano del alma, cuando con la calor del Espí-
 "ritu Santo se comienza á aprovechar del auxilio general
 "que á todos nos da Dios, y es el remedio que un alma,
 "muerta en su descuido y pecados, y metida en ocasiones
 "puede tener. Entonces comienza á vivir, y váse susten-
 "tando con esto y buenas meditaciones, hasta que está
 "crecida. Crecido este gusano, (que es lo que hasta aho-
 "ra en los principios queda dicho), comienza á labrar la
 "seda y edificar la casa donde ha de morir, que es Cristo.
 "Muere (al mundo) en la oración de unión, y sale de ella
 "hecha una mariposita blanca. ¡Oh grandeza de Dios, y
 "cuál sale un alma de aquí de haber estado un poquito
 "metida en la grandeza de Dios y tan junta con él, que á
 "mi parecer nunca llega á media hora! Yo os digo de
 "verdad, que ella misma no se conoce á sí. Porque mirad
 "la diferencia que hay de un gusano feo á una mariposa
 "blanca, que la misma hay acá. No sabe de dónde pudo
 "merecer tanto bien, vése con un deseo de alabar al Señor,
 "que se querría deshacer y morir por él mil muertes. Lue-
 "go le comienza á tener de padecer grandes trabajos sin
 "poder hacer otra cosa. Los deseos de penitencia grandí-
 "simos, el de soledad, el de que todos conociesen á Dios;
 "y de aquí le viene una pena grande de ver que es ofen-
 "dido..... ¡Oh, pues ver el desasosiego de esta mariposita
 "con no haber estado más quieta y sosegada en su vida!
 "Es cosa para alabar á Dios: y es que no sabe adónde

"posar y hacer su asiento, que, como le ha tenido tal, todo lo que ve en la tierra le descontenta: en especial, cuando son muchas las veces que le da Dios de este vino, casi de cada una queda con nuevas ganancias. Ya no tiene en nada las obras que hacía siendo gusano, que era poco á poco tejer el capucho. Hánle nacido alas, ¿cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso á paso? Todo se le hace poco cuanto puede hacer por Dios, según son sus deseos. No tiene en mucho lo que pasaron los santos, entendiendo ya por experiencia cómo ayuda el Señor y trasforma un alma, que no parece ella ni su figura. Porque la flaqueza que antes le parecía tener para hacer penitencia, ya la halla fuerte, el atamamiento con deudos y amigos ó hacienda, que ni le bastaban actos ni determinaciones....., ya se ve de manera que le pesa estar obligada á lo que para no ir contra Dios es menester hacer. Todo le cansa, porque ha probado que el verdadero descanso no le pueden dar las criaturas ⁽¹⁾." Las señales que pone para conocer, cuándo esta union con Dios es verdadera y cuándo no, son dos: 1.^a Una certidumbre inquebrantable, que queda en el alma, de que Dios le ha unido consigo, "con tal firmeza....., que, aunque pasen años sin tornarle Dios á hacer esta merced, no lo olvida ni puede dudar que fué así ⁽²⁾." 2.^a Los efectos que en el alma produce y ya están descritos, á lo cual debe añadirse una pena y quebranto grande que comienza á sentir el alma, por no hallar asiento en cosa alguna de la tierra, y no poder tornar allí donde gustó tan regalados deleites.

(1) Mor. 5.^a, cap. 2.

(2) Mor. 5.^a, cap. 1. Esta certidumbre inquebrantable y subjetiva de que habla la Santa, no es, nótese bien, de estar en gracia de Dios; sino únicamente de haber estado unida con él, lo cual, absolutamente hablando, puede acontecer también á las almas pecadoras.

33. *Moradas sextas.—Desposorio espiritual.*—En esta Morada, la más bella y grandiosamente descrita de todas, distingue cuidadosamente la Santa los actos previos, con que el alma se dispone para que el Señor la tome por esposa, el desposorio mismo, y los efectos ó dones sobrenaturales con que Dios largamente la enriquece. No se vaya á creer que este altísimo y regaladísimo dón, se parece á los que el Señor prodiga en las Moradas anteriores, no; el desposorio místico sobrepuja inmensamente los favores propios de la oración de unión, y se asemeja en gran manera al matrimonio espiritual que se consuma en la postrera Morada. Por eso dice al llegar aquí la Santa: “Esta Morada y la postrera se pudieran juntar” bien, porque de la una á la otra no hay puerta cerrada; “(y sólo) porque hay cosas en la postrera, que no se han” manifestado á los que no han llegado á ella, me pareció “dividir las.” La diferencia entre estos tres últimos estados del alma, que son, unión perfecta, desposorio, y matrimonio espiritual, la explica al fin de la Morada quinta ⁽¹⁾, valiéndose al efecto de la comparación del sacramento del Matrimonio y todo lo que á él precede. Pero hace notar ántes, que los contenidos sobrenaturales del espíritu no se parecen en nada á los toscos y terrenales de los que carnalmente se desposan; porque “las operaciones del primero, dice, son limpísimas, y tan delicadísimas y suaves, que no hay como sé decir ⁽²⁾.” “Parece-me á mí, prosigue, que como acá, cuando se han de desposar dos, se tratan (para ver) si son conformes..... y para que más se satisfagan el uno del otro; así, presu- puesto que el concepto está ya hecho, y el alma bien in- formada (de) cuán bien le está hacer en todo la voluntad

(1) Cap. 4, párr. 2.

(2) Mor. 5.^a, cap. 4, párr. 1.

"de su esposo de todas cuantas maneras ella viere que le
 "ha de dar contento, su Majestad le hace misericordia de
 "que le entienda (ó conozca) más, y que vengan á vistas
 "para luego juntarla consigo. Podemos decir que es así
 "esto, porque pasa en brevísimo tiempo. Allí (en la ora-
 "ción de unión), no hay más que dar y tomar; (no hay)
 "sino ver el alma por una manera, quién es este esposo
 "que ha de tomar..... Mas como es tal el esposo, de sola
 "aquella vista la deja más digna de que se vengan á dar
 "las manos, como dicen, y el alma queda tan enamora-
 "da, que hace de su parte lo que puede para que no se
 "desconcierte este divino desposorio ⁽¹⁾, sino que reciba
 su consumación con el matrimonio espiritual, que es pro-
 pío de la sétima y última Morada.

34. La preparación inmediata para recibir tan seña-
 lado favor son las tribulaciones, así en el cuerpo con en-
 fermedades y recios dolores ⁽²⁾, como en el alma; por dar
 el Señor licencia á los demonios ⁽³⁾, y á las personas con
 quienes se trata ⁽⁴⁾, y á los mismos confesores ⁽⁵⁾, para que
 la mortifiquen y combatan con apretamientos interiores,
 que sólo pueden compararse á los que en el infierno se
 padecen ⁽⁶⁾. No se halla entonces consuelo ninguno, ni de
 parte de la imaginación; ni de parte del entendimiento, en
 tan deshecha tempestad ⁽⁷⁾. Juntase con esto la pena, des-
 garradora y dulce al mismo tiempo, con que el mismo Dios
 sabrosísimamente la hiere. "Pues sucede aquí muchas

(1) Mor. 5.^a, cap. 4, párr. 2.

(2) Mor. 6.^a, cap. 1, párrs. 14 y 15.

(3) Mor. 6.^a, cap. 1, párr. 26.

(4) Mor. 6.^a, cap. 1, párr. 5.

(5) Mor. 6.^a, cap. 1, párr. 16.

(6) Mor. 6.^a, cap. 1, párr. 19.

(7) Mor. 6.^a, cap. 1, párr. 20.

"veces, dice, que, estando el alma descuidada y sin pen-
 "sar en Dios, Su Majestad la despierta á manera de una
 "cometa que pasa de presto, ó un trueno, aunque no se
 "oye ruido; mas entiende muy bien el alma que fué lla-
 "mada de Dios, y tan entendido, que algunas veces (en
 "especial á los principios) la hace estremecer y áun que-
 "jar, sin ser cosa que la duela. Deshaciéndome estoy,
 "hermanas, por daros á entender esta operación de amor,
 "y no sé cómo; porque parece cosa contraria dar á enten-
 "der el amado claramente que está con el alma, y pare-
 "cer que la llama con una seña tan cierta que no se pue-
 "de dudar, y un silbo tan penetrativo para entenderlo el
 "alma que no lo puede dejar de oír; (parece, digo, impo-
 "sible esto) y sentir al mismo tiempo una pena que le
 "llega tan á las entrañas, que, cuando de ellas saca la sae-
 "ta el que la hiere, verdaderamente parece que se las lle-
 "va tras sí, según el sentimiento de amor que siente. Esto
 "dura á veces algún rato, quítase y torna; pero nunca
 "puede ser cosa movida, ni del natural, ni de melancolía,
 "ni de antojo, ni ser engaño del demonio⁽¹⁾. Otras veces
 "se la comunica el Señor por medio de hablas interiores.
 "Unas parece que vienen de fuera, otras de lo muy inte-
 "rior del alma, otras de lo superior de ella, y otras tan
 "en lo interior, que parece se oyen con los oídos, porque
 "parece voz formada⁽²⁾. Y aunque en esto cabe engaño
 del demonio ó de la propia imaginación, especialmente
 en personas de flaca imaginación ó melancólicas, distín-
 guense, cuando son de Dios, en el poder y señorío que
 traen consigo, que es hablando y obrando; en la quie-
 tud y recogimiento devoto con que dejan al alma dispues-
 ta para alabar á Dios, y en lo esculpidas que quedan en

(1) Mor. 6.^a, cap. 2.

(2) Mor. 6.^a, cap. 3.

la memoria estas palabras, con tal seguridad de que se han de cumplir, que, aunque parezca que toda va al contrario, el alma no se puede rendir.

35. Dispuesta y habilitada ya así con trabajos, como también con mercedes tales, tiene lugar el favor propio de esta Morada. *El desposorio místico* no se celebra, si no es en estado de éxtasis ó arrobamiento de todos los sentidos; pues, si, estando en el uso de ellos, se viera tan cerca de Su Majestad, no fuera posible por ventura quedar con vida. Dos clases hay de arrobamientos, unos simplemente tales, y otros llamados vuelos de espíritu. Acontece en los primeros, que, siendo el alma, áun fuera de la oración, tocada interiormente con alguna palabra de que se acordó ú oye de Dios, "de presto manda el es-
"poso cerrar las puertas de las Moradas y áun las del
"Castillo y cerca. Quítanle el huelgo de manera, que, aun-
"que pueda hacer por un poquito uso de los otros senti-
"dos, el de la lengua desaparece y se anuda por completo,
"sin poder hablar, (y áun á veces todo se quita de presto):
"las manos se enfrían y el cuerpo, de manera, que parece
"no tiene alma, ni se entiende si echa el huelgo ⁽¹⁾." Allí
Dios la renueva y abrasa en su amor, y así, limpia y abra-
sada, "la junta consigo sin entender allí nadie (lo que pasa)
"sino ellos dos: ni áun la misma (lo) entiende de manera
"que lo pueda después decir, aunque no está sin sentido
"interior ⁽²⁾." "Esto dura poco espacio en un sér, porque,
"quitándose esta gran suspensión un poco, parece que el
"cuerpo torna algo en sí y alienta para tornarse á mo-
"rir..... Mas acaece, que, aunque se quita, la voluntad
"queda tan embebida y el entendimiento tan enajena-

(1) Mor. 4.^a, cap. 4, párr. 16.

(2) Mor. 4.^a, cap. 4, párr. 3.

"do por días y días, que parece no es capaz de entender
 "en cosa que no sea para más despertar la voluntad á
 "amar⁽¹⁾." Las potencias están absortas y como muertas,
 los sentidos lo mismo; pero, á pesar de esto, ven, sea por
 visión imaginaria, sea por visión intelectual, secretos y
 cosas del cielo, según le place á Dios demostrárselas.

El primer modo de visión hace, que, de tal manera
 queden las cosas impresas en la memoria, que nunca ja-
 más se olvidan, y, por otra parte, las puede de alguna ma-
 nera declarar; pero "la visión intelectual, cuando se tiene
 "en el arrobamiento y fuera del uso de los sentidos, no
 "deja imágen alguna en las potencias, y así no hay modo
 "de declararla." Y como sucede, cuando se entra en un
 gran palacio donde se ofrece á la vista mucho que ver, que
 luego se olvida todo, de manera que de ninguna de las
 cosas vistas en particular queda más memoria que si no se
 hubieran visto, ni sabríamos decir de qué hechura son,
 mas por junto nos acordamos que lo vimos; así en la vi-
 sión intelectual de arrobamiento está el alma tan hecha
 una cosa con Dios, que, aunque á veces la permite el Se-
 ñor ver admirables secretos, queda, después que torna en
 sí, con aquél representársele las cosas que vió, mas no
 puede decir ninguna⁽²⁾.

(1) Mor. 4.^a, cap. 4, párr. 17.

(2) Hé aquí las palabras con que la Seráfica Madre expone esta
 idea: «Deseando estoy acertar á poner una comparación, para si pu-
 diese dar á entender algo de esto que voy diciendo, y creo no hay que
 la cuadre; mas digamos ésta. Entráis en un aposento de un Rey ó
 gran señor, (creo camarín los llaman), á donde tienen infinitos géneros
 de vidrios, y barros, y muchas cosas puestas por tal orden, que casi
 todas se ven en entrando. Una vez me llevaron á una pieza de estas
 en casa de la Duquesa de Alba....., que me quedé espantada en en-
 trando, y consideraba de qué podía aprovechar aquella baraunda de
 cosas, y veía que se podía alabar al Señor de tantas diferencias de co-
 sas, y ahora me cae en gracia cómo me han aprovechado para aquí. Y
 aunque estuve allí un rato, era tanto lo que había que ver, que luego

36. El vuelo del espíritu, aunque no se distingue esencialmente del éxtasis ordinario, le lleva ventaja en la fuerza y poder con que obra en el alma, como un fuego grande de otro pequeño. Al primero llama Santa Teresa en la *Vida*, cap. 18, párr. 3, *unión* simplemente, por el desposorio espiritual y esencialmente *unitivo* que en él se efectúa; y al segundo, *levantamiento en la unión*. "Acaece de presto, dice, que estando el alma buscando á Dios, se siente un movimiento tan acelerado de la misma, que parece es arrebatado el espíritu con velocidad ⁽¹⁾." Siéntese turbación y temor, mas no hay modo de resistir, antes es peor; "que con la facilidad que un gran jayán puede arrebatar una paja, éste nuestro gran gigante y poderoso arrebata el espíritu ⁽²⁾." "No parece sino que (sobre) aquel pilar de agua que dijimos en la cuarta Morada, que con suavidad, (digo sin ningún movimiento), se henchía, aquí desató este gran Dios los mantes por donde venía á este pilar el agua, y con un ímpetu grande se levanta una ola tan poderosa, que sube á lo alto esta navecica de nuestra alma. Y así como no puede una nave, ni es poderoso el piloto, ni todos los que la gobiernan, para que las olas, si vienen con furia, la dejen estar adonde quieren; muy menos puede lo interior del alma detenerse en donde quiere, ni hacer que

se me olvidó todo, de manera, que de ninguna de aquellas piezas me quedó más memoria que si nunca las hubiera visto, ni sabía decir de qué hechura eran, mas por junto acuérdate que lo vió. Así acá, estando el alma tan hecha una cosa con Dios, metida en este aposento del cielo empíreo....., algunas veces gusta (el Señor) que..... de presto vea lo que está en aquel aposento, y así queda, después que torna en sí, con aquel representársele las grandezas que vió; mas no puede decir ninguna, ni llega su natural á más de lo que sobrenatural ha querido Dios que vea. »—Mor. 6.^a, cap. 4, párrs. 9 y 10.

(1) Mor. 6.^a, cap. 5, párr. 1.

(2) Mor. 6.^a, cap. 5, párr. 2.

"sus sentidos ni potencias hagan más de lo que les tienen
 "mandado, que lo exterior no se hace aquí caso de
 "ello ⁽¹⁾." Para esto es menester gran ánimo, que es cosa
 que acobarda en gran manera; y si nuestro Señor no se le
 diese, andaría siempre con gran aflicción, viendo su mala
 correspondencia á Dios de tantas mercedes, en las faltas,
 quiebras y flojedad de sus obras. "Y tengo para mí, que,
 "si á los que andan muy perdidos por el mundo se les
 "descubriese Su Majestad, como hace á estas almas; que,
 "aunque no fuese por amor, por miedo no le osarían
 "ofender ⁽²⁾." Los efectos exteriores que causa en el cuer-
 po este favor, son semejantes á los del simple arro-
 bamiento, aunque más vehementes; y se hallan admi-
 rablemente descritos en el cap. 18, párrs. 6 y 7 de la
Vida, cuando dice: "Siéntese (el alma) con un deleite
 "grandísimo y suave casi desfallecer toda, con una ma-
 "nera de desmayo que le va faltando el huelgo y todas
 "las fuerzas corporales, de manera que, si no es con
 "mucha pena, no puede aún menear las manos. Los ojos
 "se le cierran sin quererlos cerrar, y si los tiene abiertos,
 "no ve casi nada; ni si lee, acierta á decir letra, ni casi
 "atina á conocerla bien. Ve que hay letra; mas, como
 "el entendimiento no ayuda, no sabe leer aunque quie-
 "ra. Oye, mas no entiende lo que oye. Ansí que de los
 "sentidos no se aprovecha nada, sino es para no la aca-
 "bar de dejar á su placer, y ansí antes la dañan. Ha-
 "blar es por demás, que no atina á formar palabra,
 "ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronunciar;
 "porque toda la fuerza exterior se pierde, y se aumenta
 "en las del alma para mejor poder gozar de su gloria. El
 "deleite exterior que se siente es grande y muy conoci-

(1) Mor. 6.^a, cap. 5, párr. 3.

(2) Mor. 5.^a, cap. 5, párr. 5.

"do;..... ni hace daño la oración por larga que sea.....
 "Verdad es que á los principios pasa en tan breve tiem-
 "po..... que en la falta de sentidos no se da tanto á en-
 "tender; más bien se entiende en la sobra de mercedes,
 "que ha sido grande la claridad del sol que ha estado allí,
 "pues así la ha derretido..... Por largo que sea el espacio
 "de estar el alma en esta suspensión de *todas* las poten-
 "cias, es bien breve: cuando estuviese media hora, es muy
 "mucho..... La voluntad es la que mantiene la tela, mas
 "las otras dos potencias presto tornan á importunar. Co-
 "mo la voluntad está queda, tórnalas á suspender, y es-
 "tán otro poco, y tornan á vivir. En esto se pueden pa-
 "sar algunas horas de oración, porque, comenzadas las
 "dos potencias á emborrachar y gustar de aquel vino di-
 "vino, con facilidad se tornan á perder de sí para estar
 "muy ganadas, y acompañan á la voluntad y se gozan to-
 "das tres." Esto por lo que hace á los sentidos y poten-
 "cias del alma, y á los afectos que en ellas nacen y que-
 "dan como entrañados. "El alma deshácese toda, prosigue;
 "yá no es ella la que vive, sino Dios en ella. Faltan allí
 "todas las potencias y se suspenden de manera, que en nin-
 "guna manera se entiende cómo obran. Si estaba pensando
 "en un paso, así se pierde la *memoria* como si nunca la hu-
 "biera habido de él: si lee, en lo que leía no hay acuerdo
 "ni parar; si rezar, tampoco. Ansí que á esta mariposilla
 "importuna de la memoria se la queman las alas; ya no
 "se puede más bullir. La *voluntad* debe estar bien ocu-
 "pada en amar, más no entiende cómo ama. El *entendi-*
 "*miento*, si entiende, no se entiende cómo entiende. A mí
 "no me parece que entiende, al menos no puede com-
 "prender nada de lo que entiende, porque, como digo, no
 "se entiende: yo no acabo de entender esto ⁽¹⁾..... El áni-

(1) Vida, cap. 18.

"ma queda animosa; que, si en aquel punto la hiciesen
 "pedazos por Dios, le sería gran consuelo. Allí son las
 "promesas y determinaciones heróicas, la viveza de los
 "deseos, el comenzar á aborrecer el mundo, el ver muy
 "claro su vanidad..... Está muy más aprovechada y la
 "humildad más crecida. Vése indignísima, porque en
 "pieza donde entra mucho sol, no hay telaraña escondi-
 "da; ve su miseria. Va tan fuera la vanagloria, que no le
 "parece la podría tener; porque ya es por vista de ojos lo
 "poco ó ninguna cosa que puede, que allí no hubo casi
 "consentimiento; sino que parece que aunque no quiso la
 "cerraron las puertas de los sentidos para que más pudie-
 "se gozar del Señor. Quédase sola con él; ¿qué ha de ha-
 "cer sino amarle? De sí ve que merece el infierno y que la
 "castigan con gloria..... ¡Bendito seáis, Señor, que así ha-
 "céis de piscina tan sucia agua tan clara que sea para
 "vuestra mesa ^(x)!"

37. Tales son los prodigiosos efectos que obra en el alma esta oración, según los expone en la *Vida*, á los cuales deberán añadirse los que pone en la presente Morada, para mejor conocer cuándo tan señalados favores no son ilusión del demonio ni antojo de la imaginación. En varias de las operaciones antedichas no cabe engaño, porque el demonio, ni puede obrarlas en nosotros, ni áun fingirlas, como ya ántes se indicó; y la certidumbre incontrastable que queda en el alma de que Dios le ha hablado, es prueba segura de ello. Mas si á todo esto se juntan ansias grandísimas de salir de este destierro y hastío de vivir en él, deseos de publicar las divinas alabanzas y grandezas de Dios, júbilos grandes, (por más que pasen pronto), junto con grande libertad para gozar de Dios, é

(x) *Vida*, cap. 19.

ímpetus vehementísimos, á manera de golpes, aunque no son golpes, ó á manera de saetas ó rayos, que de presto pasan y dejan hecho polvo todo cuanto hallan de tierra en nuestro natural; si todo esto se junta á lo ántes expuesto, y deja en el alma una noticia viva del mismo Señor, la cual hace crecer tanto la pena de no poder gozarle, que arranca grandes gritos, por más que la persona que lo experimenta esté habituada á padecer dolores y sea muy sufrida; entonces no cabe la menor duda que el dispensador de tales mercedes es Dios.

38. *Moradas séptimas. — Matrimonio espiritual.* — Ved aquí al alma ya al fin de su jornada. Dispuesta así con tan inmenso cúmulo de penas y sabrosísimas mercedes, introdúcela el Señor en la mansión, donde él de continuo mora, y únela consigo, no de la manera que antes la unía, esto es, perdiéndose y anegándose en el sumo Bien todas sus potencias; sino más bien "quitándole las escamas de los ojos," para que entienda por visión intelectual la merced, con que el Señor quiere poner el colmo á sus regalos. Muéstrasele entonces "la Santísima Trinidad con una inflamación que se apodera de su espíritu, á manera de una nube de grandísima claridad; y, por una noticia admirable que la esclarece, comienza á entender con grandísima verdad ser todas tres personas una sustancia, y un poder, y un saber, y un sólo Dios. Aquí se la comunican todas tres personas,..... y la hablan, y la dan á entender (el sentido de) aquellas palabras que dijo el Señor en el Evangelio: *que venía Él y el Padre y el Espíritu Santo á morar con el alma que guarda sus mandamientos.*" Y estas tres divinas Personas no se van, sino que el alma "notoriamente sigue viendo, (aunque no con tanta claridad como ántes cuando el Señor se la mostró), que perseveran en su compañía, en lo interior del alma, en lo

"muy más interior, en una cosa muy honda..... Digamos
 "ahora como (si á) una persona, que estuviese en una muy
 "clara pieza con otras, cerrasen las ventanas y se quedase
 "á oscuras. No porque se la quitó la luz para verlas, y
 "que hasta tornar la luz no las ve, deja de entender que
 "están allí ⁽¹⁾."

39. Con esta noticia queda habilitada para recibir el último y más preciado don del *espiritual matrimonio*, el cual no se consuma del todo, y con perfección plena y absoluta, en la presente vida, porque mientras vivimos podemos apartarnos de Dios y romper este divino vínculo. "La primera vez, dice, que Dios hace esta merced, quiere "Su Majestad mostrarse al alma por visión imaginaria de "su sacratísima Humanidad, para que lo entienda bien y "no esté ignorante de que recibe tan soberano don. A otras "personas, dice la Santa, será por otra forma; mas á la "persona de quien yo hablo, (que es ella misma), se le "representó el Señor, acabando de comulgar, con forma "de gran resplandor, y hermosura, y majestad, como después de resucitado, y le dijo que era ya tiempo de que "sus cosas tomase ella por suyas, y Él tenía cuidado de "las suyas, y otras palabras que son más para sentir que "para decir. Parecerá que no era esto novedad, pues otras "veces se había el Señor representado á esta alma en esta manera. Fué tan diferente, que la dejó bien desatada y espantada: lo uno porque fué con gran fuerza esta "visión; lo otro por las palabras que le dijo, y también porque en lo interior de su alma, adonde se le representó, "si no es la visión pasada, no había visto otras ⁽²⁾." "Pasa "esta secreta unión del matrimonio espiritual en el centro

(1) Mor. 7.^a, cap. 1.

(2) Mor. 7.^a, cap. 2.

"muy interior del alma, que debe ser adonde está el mis-
 "mo Dios, y á mi parecer no há menester puerta por don-
 "de éntre. Digo que no ha menester puerta, porque en
 "todo lo que se ha dicho hasta aquí, (es decir, hasta esta
 "Morada), parece que va por medio de los sentidos y po-
 "tencias, y este aparecimiento de la Humanidad del Se-
 "ñor así debía ser; mas lo que pasa en la unión del ma-
 "trimonio espiritual es muy diferente. Aparécese el Señor
 "en este centro del alma sin visión imaginaria, sino inte-
 "lectual, aunque más delicada que las dichas (en la Mo-
 "rada anterior), como se apareció á los Apóstoles cuando
 "les dijo sin entrar por la puerta: *Pax vobis*. Es un secre-
 "to tan grande y una merced tan subida lo que comunica
 "Dios allí al alma en un instante, y el grandísimo deleite
 "que siente, que no sé á qué lo compare, sino á que quie-
 "re el Señor manifestarle por aquel momento la gloria que
 "hay en el cielo, por más subida manera que por ninguna
 "visión ni gusto espiritual. No se puede decir más de que
 "queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho una
 "cosa con Dios; que, como es espíritu, ha querido Su Ma-
 "jestad mostrar el amor que nos tiene en dar á entender
 "á algunas personas á dónde llega, para que alabemos su
 "grandeza. Porque de tal manera ha querido juntarse con
 "la criatura, que, así como los que ya no se pueden apar-
 "tar, no se quiere apartar él de ella ⁽¹⁾." Y esta es la dife-
 "rencia que existe entre el Matrimonio y Desposorio espi-
 "ritual, *la cual es* tan grande "como la hay entre dos des-
 "posados, y aquellos que ya no se pueden apartar ⁽²⁾." Pues,
 aunque en el Desposorio hay unión, y unión es hacer de
 dos cosas una; "en fin se pueden apartar y quedar cada
 "una por sí, como vemos ordinariamente que pasa presto

(1) Mor. 7.^a, cap. 2, párrs. 3, 4 y 5.

(2) Mor. 7.^a, cap. 2, párr. 2.

"aquella merced del Señor, y después se queda el alma
 "sin esta compañía, digo de manera que la entiendan. En
 "estotra merced no, porque siempre queda el alma con su
 "Dios en aquel centro. Digamos que es la (oración de)
 "unión como si dos velas de cera se juntasen tan en extre-
 "mo que toda la luz fuese una, ó que el pábilo y la luz y
 "la cera es todo uno; mas después bien se puede apartar
 "la una vela de la otra y quedan en dos velas, ó el pábilo
 "(separarse) de la cera (y quedarían dos cosas distintas).
 "Acá es como si cayendo agua del cielo en un río ó fuen-
 "te, adonde queda hecho todo una (masa de) agua, que
 "no podrán ya dividir ni apartar cuál es del río ó lo que
 "cayó del cielo; ó cómo si un arroyico pequeño entra en
 "la mar, no habrá remedio de apartarse; ó cómo si en una
 "pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran
 "luz, aunque entrase dividida, se hace todo una luz ⁽¹⁾."

40. "Y esto se entiende mejor, cuando anda el tiem-
 "po, por los efectos. Porque se entiende claro por unas
 "secretas aspiraciones, ser Dios el que da vida á nuestra
 "alma; muy muchas veces tan vivas, que en ninguna ma-
 "nera se puede dudar....., y no se puede excusar de de-
 "cir: *¡Oh vida de mi vida y sustento que me sustentas!* y cosas
 "de esta manera. Porque de aquellos pechos divinos, á
 "donde parece está Dios siempre sustentando al alma,
 "salen unos rayos de leche, que toda la gente del Casti-
 "llo conforta, que me parece quiere el Señor,..... que de
 "aquel río caudaloso, adonde se consumió esta fuenteica
 "pequeña, salga algunas veces algún golpe de aquel agua
 "para sustentar los que en lo corporal han de servir á es-
 "tos dos desposados (ó casados). Y, así como sentiría esta
 "agua una persona que está descuidada, si de presto la

(1) Mor. 7.^a, cap. 2, párrs. 6 y 7.

"bañasen en ella y no la podría dejar de sentir; de la misma manera, y aún con más certidumbre, se sienten las operaciones que digo. Porque, así como no nos podría venir un gran golpe de agua, si no tuviera principio; así se entiende claro que hay en lo interior quien arroje estas saetas, y dé vida á esta vida, y que hay sol de donde procede una gran luz, que se envía á las potencias de lo interior del alma ⁽¹⁾." Son también efectos de esta merced: 1.º Una grandísima paz interior, que, aunque las potencias y sentidos anden á veces desasosegados, nunca se pierde; y "estáse el alma tranquila, como el rey con grande quietud en su palacio, por más que haya muchas guerras en su reino y muchas cosas penosas ⁽²⁾. 2.º Un grande olvido de sí, que verdaderamente parece ya no es, pues la mariposica murió con grandísima alegría de haber hallado reposo y vive en Cristo ⁽³⁾." 3.º Un grandísimo deseo de padecer, "mas no de manera que la inquiete, como (antes) solía; porque es en tanto extremo el deseo que queda en estas almas de que se cumpla la voluntad de Dios, que todo lo que Su Majestad hace, tiene por bueno: si quisiere que padezca, enhorabuena; si no, no se mata, como solía ⁽⁴⁾. 4.º Un grande gozo interior, cuando es perseguida, con mucha más paz que lo que queda dicho y sin ninguna enemistad con los que les hacen mal ó desean hacer, antes les cobran amor particular; de manera, que, si los ven en algún trabajo, lo sienten tiernameamente, y cualquiera tomarían por librarlos de él, y encomiéndanlos á Dios de muy buena gana ⁽⁵⁾. 5.º Un grande deseo de servir al Señor y de que sea alabado,

(1) Mor. 7.^a, cap. 2, párrs. 9 y 10.

(2) Mor. 7.^a, cap. 2, párr. 18.

(3) Mor. 7.^a, cap. 3, párr. 4.

(4) Mor. 7.^a, cap. 3, párr. 5.

(5) Mor. 7.^a, cap. 3, párr. 5.

"tal, que, si supiesen cierto que en saliendo el alma del
 "cuerpo ha de gozar de Dios, no les hace al caso: ni pen-
 "sar en la gloria que tienen los Santos, no desean por en-
 "tonces verse en ella, pues la tienen puesta en ayudar en
 "algo al Crucificado, en especial cuando ven que es tan
 "ofendido ⁽¹⁾. 6.º Un desasimiento grande de todo, y deseo
 "de estar siempre á solas ú ocupadas en cosa que sea de
 "provecho de alguna alma; y no (con) sequedades y tra-
 "bajos interiores, sino con una memoria y ternura con
 "nuestro Señor, que nunca querría estar, sino dándole
 "alabanzas; y cuando se descuida, el mismo Señor la des-
 "pierta, como queda dicho ⁽²⁾."

41. Ved aquí reducido á compendio todo el sistema doctrinal de la Seráfica Doctora sobre Teología mística. Antes de analizarle y juzgarle, recapitulemos con el lacónismo posible todo lo expuesto. En la oración de *recogimiento* las potencias siéntense como *atraídas* á lo interior del alma por el dulce reclamo del Pastor divino; pero todavía pueden y deben poner algo de su eficacia natural para responder á este divino llamamiento; en la de *quietud* Dios las *suspende*, y el deleite, que experimentan con la presencia de su amado, es tan grande, que las eleva á un estado de enajenamiento, el cual entorpece su habitual energía. La *unión* con Dios obra con más fuerza todavía; hácelas *dormir* el sueño de la paz y del amor, y, constituidas en este estado, véanse incapaces de arbitrar medio alguno con que sacudir de sí esa especie de letargo místico. *Mueren* por fin al mundo y á sí mismas en el desposorio espiritual que se celebra en la 6.ª Morada; y *resucitan* á nueva vida en la Morada 7.ª, para consagrarse al servi-

(1) Mor. 7.ª, cap. 3, párr. 6.

(2) Mor. 7.ª, cap. 3, párr. 9.

cio del esposo celestial, con quien se han unido en vínculo indisoluble de amor. Pasemos ahora á estudiar, en la medida que nuestro corto ingenio lo permite, el valor filosófico y literario de tan maravilloso sistema doctrinal.

42. Para rastrear de alguna manera lo grandioso de esta concepción, ya la consideremos en sí misma, ya en el admirable desarrollo de cada una de sus partes, conviene ante todo anticipar ciertas ideas, y hacer luego mención especial de algunos de los escritores que han precedido en este camino á la Seráfica Doctora. Muy en su lugar estaría aquí echar una rápida ojeada sobre la historia del misticismo en general, y del español muy en particular; los límites empero de esta disertación, ya demasiado extensa, no me permiten dar cabida en ella á tantos nombres y escritos, como fuera necesario mencionar. La palabra místico, helénica de origen, *μυστικός*, se usaba entre los griegos para designar á los iniciados en los misterios del culto, con que se honraba á algunas de sus deidades. Tal es la significación que tiene en varios pasajes de Aristófanes, según la interpretación común de sus escoliastas y comentadores. De los gentiles pasó á los cristianos, quienes aplicaron esta denominación á aquellas almas predilectas, que, por penetrar más hondamente en la inteligencia de las cosas divinas y unirse con más apretado lazo de amor al supremo Bien, participaron más de la vida sobrenatural y extraordinaria con que el Espíritu Divino hace vivir á su regalada esposa, la Iglesia de Cristo. Místicos fueron, por consiguiente, todos aquellos Santos cuya inteligencia y cuya voluntad, henchidas por la infusión sobreabundante de esos misteriosos dones, fueron constituidas en un estado psicológico particular, desconocido para el vulgo de las almas justas. Según esto, y tomada la palabra *místico* en toda su latitud, será es-

critor místico sólo aquel, en cuyas Obras se vea la manifestación de este estado psicológico, bien sea por tratar y exponer esta materia, ó bien por dar á sus producciones una forma tal, que revele en ideas y afectos ese endiosamiento del alma, misteriosamente unida con Dios.

43. En efecto; dos son las condiciones precisas, que para juzgar atinadamente sobre escritos de este género, debemos siempre tener en cuenta: la materia sobre que versan, y la forma de que se revisten. Constituyen la materia de la Teología Mística, según acabamos de indicar y dijimos ya al dar principio á este trabajo, las operaciones que el alma ejercita, cuando, sometida al influjo de una acción, extraordinaria aún en el mismo orden sobrenatural, se encumbra en alas de fuego divino, hasta el santuario de la divinidad, y allí, muerta á sí misma, despojada de su miseria, sobrenaturalmente trasformada, vive de la vida de Dios. Con sólo tener presente esta observación, hubieran evitado muchos escritores, eruditos más que sabios concienzudos, la confusión lastimosa en que han incurrido, clasificando entre los *escritores místicos* á los que sólo merecen el nombre de ascetas ⁽¹⁾. Ni basta para ser acreedor al glorioso dictado de *Doctor místico*, tratar incidentalmente, y como de paso, de alguna de estas operaciones; sino que se requiere, como condición indispensable, hacer ver uno por uno los pasos con que el alma avanza por esta escabrosa senda, á la manera que, para ser acreedor al renombre de Doctor en Teología ó Jurisprudencia, se requiere abarcar las diversas partes que estas Facultades encierran. Esta consideración me mueve á separarme también de algunos escritores, que, tomando

(1) Tal es, entre otros, Mr. Rousselot, en su obra *Les Mistiques Espagnols*.

en sus juicios críticos otro punto de partida, prodigan con demasiada facilidad la borla *mística* á Doctores ascéticos, en cuyas obras sólo se leen lijeros toques y conceptos aislados, que pertenezcan al dominio de la Mística.

44. Pero avancemos, concretando más y más las ideas. *Literariamente* considerados, no se apellidan *místicos* todos los escritos en que se desenvuelve la materia propia de esta ciencia sagrada. La fría y árida pluma del escolástico que desentrañase estos misterios, y, explayándose en investigaciones psicológicas, nos describiese los diversos estados porque atraviesa el espíritu antes de llegar á la posesión de Dios por unión de amor, conquistaría de seguro para el autor el nombre *científico* de escritor místico, mas no los honores reservados en la *crítica literaria* para esta honrosa denominación. ¿Y por qué? Porque lo que constituye el nervio del misticismo, la sangre, por decirlo así, que le da vida, no es la materia sobre que versan, sino la forma. Es ese vapor santo que hinche los senos del alma, y humea como oloroso incienso de todos los pensamientos que el entendimiento engendra, y de todas las palabras que la lengua articula, es el férvido afecto que debe palpar en las páginas de escritos tales. Sin esto no hay misticismo, y el autor de tales producciones será sabio, será filósofo, teólogo, moralista, asceta, cuanto queráis; pero místico no lo será, no puede serlo; *literariamente* hablando, nadie así le apellidará.

45. *Algo* de este vago anhelar á la posesión del Sér, que contemplaban como inteligencia suprema y sumo Bien, tuvo la escuela socrática de Atenas, sobre todo en el más grande y sublime de sus pensadores, el divino Platón. Este filósofo portentoso, después de haber puesto en boca de Sócrates aquella sublime teoría sobre el amor, se-

gún la cual es preciso elevarse del amor de la belleza corporal, al de la belleza moral, y de éste al amor de la belleza intelectual; termina la exposición de su teoría, con estas palabras: "Atiende ahora ¡oh Sócrates! á lo que voy á decir, con todas las fuerzas de tu alma ⁽¹⁾. Todo el que, pasando por esos diversos grados de amor, haya llegado hasta aquí, conseguirá como fin y término de su amoroso afecto el contemplar una admirable belleza..... Una belleza que siempre existe, que no nace ni muere, que no aumenta ni disminuye, que no es hermosa por una parte y fea por otra,.... hermosa aquí y fea allí, hermosa para estos y fea para aquellos. Que no es hermosa con hermosura participada, sino en sí misma, por sí misma, constante y uniformemente hermosa. Todas las otras cosas bellas, lo son por participación de esta belleza suma, y de tal manera, que, cuando ellas nacen ó mueren, en nada la alteran, nada por eso pierde, nada con ellas gana..... ¡Qué felicidad la de contemplar en sí misma esa divina hermosura, clara, íntegra, pura, limpia, sin mezcla de carne, ni color, ni de otras bagatelas humanas y terrenales! ¿Tendrás en poco la vida del hombre que tiene puestos allí los ojos, y disfruta de su vista, y se une con ella íntimamente? ¿No es verdad que quien la mira, con los ojos con que esta belleza puede sólo mirarse, engendrará en su alma y para bien suyo, no imágenes de virtudes, sino las virtudes mismas? Porque, no se unirá á la sombra, sino á la realidad de la *virtud*; y, produciéndola y sustentándola en su alma, se hará amigo de Dios, y gozará, como hombre ninguno, de la inmortalidad." Aquí hay ráfagas de vivísima luz, que calientan y disponen el

(1) Συμποσιον. vel *De amore*. Estas palabras las supone Platon oídas por Sócrates de Diótima, «mujer muy sabia y adivina,» y, como tales, las refiere este último á sus convidados.

corazón para los amorosos trasportes del misticismo cristiano; pero sólo ráfagas. Otro tanto, y aún quizás todavía menos, puede decirse de la escuela de Plotino⁽¹⁾ y de los Gnósticos de Alejandría, de los judíos secuaces de Filon⁽²⁾ y de sus hermanos los Teósofos árabes de la Edad media en España⁽³⁾. Gabirol y Tofail, así como todos sus afines los Neoplatónicos de Oriente y Teósofos de Occidente, más que verdaderos místicos, han sido profundos contemplativos de las cosas divinas; y el misticismo, aunque *supone* esta profunda contemplación como fundamento, no consiste en esa elaboración puramente intelectual, sino en la efervescencia de la voluntad que ella produce; no arranca *inmediatamente* de la cabeza, sino del corazón. El luminoso raudal, de donde los puros destellos místicos se derivan, el venero inagotable de aguas vivas, donde han bebido los Místicos verdaderos, no hay que buscarle, ni en las cenagosas hondas del Panteísmo indostánico, ni en los intermitentes y secos manantiales de la Moral helénica, ni en las horadadas cisternas de la infecunda herejía. No, no: Budha y Brahma, Júpiter y Mahoma jamás han tenido ni tendrán la virtud procreadora de verdaderos corazones místicos. Persépolis y Atenas, Alejandría y Córdoba fueron siempre páramos estériles, donde la semilla del misticismo, ó no cayó, ó no germinó, ó, por lo menos, degeneró hasta convertirse en planta bastarda é infructuosa. ¿Diré más? El falso Dios de Eutiches y Nestorio está condenado á la misma infecundidad que los monstruosos ídolos gentílicos, porque todos los herejes, los cismáticos

(1) Éste es, por lo menos, mi juicio sobre la *unificación* ó *simplificación* expuesta en sus *Enneades*, y transmitida por Porfirio.

(2) Philo: *De Vita contemplativa*.

(3) No nos detenemos en mencionar á los *yogúies* índicos y *sofíes* persicos, porque la idea panteísta, en que radica su sistema, mata forzosamente todo gérmen de misticismo.

todos, como ramas arrancadas del árbol de la unidad, no participan de la savia con que el Espíritu Santo le vivifica, única engendradora de estos dulcísimos y regaladísimos frutos.

46. Preciso es salvar la inmensa distancia que media entre el mundo antiguo y el mundo regenerado, entre los Diálogos de Platón y los versos de Sinesio ó las Confesiones de San Agustín, para tropezar con lo que inútilmente buscaríamos hasta llegar aquí. Aquella increada sabiduría, cantada en Oriente por el Obispo de Tolemaida, y aquella hermosura sobresustancial, *tan tarde conocida y tan tarde amada* por el Obispo de Hipona, fué la que hizo estampar sobre el papel los primeros ardores místicos á estas dos ilustres plumas del Catolicismo. Esa misma inspiró después las ardorosas meditaciones á San Anselmo, los amorosos deliquios de San Bernardo, las efusiones místicas á San Buenaventura. Mas estos Santos, aunque inflamados á veces del fuego divino, que el gentilismo y la herejía por completo desconocieron; no pensaron jamás ⁽¹⁾ en escribir una Teología mística, donde dejaran marcados los escalones que el espíritu debe recorrer para ascender desde la nada de su miseria, hasta el abismamiento en la infinita realidad del Sér supremo. Otros escritores, por el contrario, hubo en la Iglesia Católica, que pretendieron y llevaron á cabo tan árdua empresa; mas sin el arrebató místico que embelleció las fogosas páginas de los Padres y Doctores anteriormente citados. San Dionisio Areopagita (ó quien quiera que sea el autor de las obras que á este Santo se atribuyen) ⁽²⁾, San Juan Clímaco ⁽³⁾, Ri-

⁽¹⁾ Debe exceptuarse á San Buenaventura, en su obra *Theologia Mystica*.

⁽²⁾ Vid. *Theologia Mystica*.

⁽³⁾ Vid. *Scala Paradisi*.

cardo de San Víctor ⁽¹⁾, Gersón ⁽²⁾, Rusbroquio ⁽³⁾ y Tanelero, son otros tantos escritores de Teología mística, en quienes resplandece la claridad, el orden, el enlace de las ideas y la composición armónica de los elementos esparcidos acá y acullá, por las Obras de los Santos Padres; pero fáltales con frecuencia el transporte del arrebató místico, lo cual hace que sus escritos enseñen más que inflaman el corazón de los lectores.

47. A España cabe la gloria de haber producido y amamantado á sus pechos en un mismo siglo, á un tiempo mismo dos genios místicos, en cuyo espíritu la inteligencia y el corazón, la contemplación honda de las cosas celestiales y el ardoroso afecto hácia Dios se dieron beso de paz: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Ambos brillaron como dos grandes lumbreras, acaso las mayores, en el sereno cielo de la Teología Mística, y, si la índole de este trabajo lo permitiese, no estaría aquí fuera de propósito un paralelo entre ambos escritores. Mas ya que, por pertenecer este asunto á un *tema* determinado, sea terreno vedado para mí; permítaseme, por lo menos, consignar como rasgo característico de las obras de San Juan de la Cruz, el dualismo personal que, á mi parecer, en ellas se trasluce. Pálpanse allí como dos almas, dos corazones, dos plumas. Uno es el apasionado poeta del *Cántico espiritual*, de la *Subida al Monte Carmelo* y de la *Noche oscura*, y otro el comentador de aquellas cadenciosas estancias tan preñadas de misterioso sentido. Aquí muéstrase teólogo profundo y profundo pensador, que explota la ciencia escolástica y la pone al servicio de su

(1) *De gradibus charitatis* y *De quatuor gradibus violentae charitatis*.

(2) Vid. *De monte contemplationis*.

(3) Vid. *Commentaria in tabernaculum Moysis* y *Regnum amantium Deum*.

pluma para esclarecer los recónditos arcanos de la materia que trata; pero se echa de menos á veces en su estilo el fuego sagrado de la inspiración mística. En las poesías, por el contrario, irradia pujante y apasionado el misticismo de San Juan de la Cruz, hermano gemelo del misticismo de Santa Teresa, y sangre de la sangre de sus venas. Oid, si no, estas estrofas tomadas á la ventura de su *Cántico espiritual*:

Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas del Otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
Decilde que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas;
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.

¡Oh bosques y espesura,
Plantado por la mano del amado!
¡Oh prado de verdura
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado!

—Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
Y, yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de hermosura.

.....
—Y todos cuantos vagan
De tí me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo.

.....
Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos:
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbré de ellos,
Y sólo para tí quiero tenellos.

.....
 ¡Oh cristalina fuente!
 Si en esos tus semblantes plateados
 Formases de repente
 Los ojos deseados,
 Que tengo en mis entrañas dibujados!

¿No parecen estas estancias por sus afectos y lenguaje trozos arrancados de la Vida de la Santa ó de sus Exclamaciones, rimados en cadenciosos versos? ¿No parecen inspirados por aquella *celestial locura* y *glorioso desatino* de que nos habla en la oración de *unión*? Aquí, como allí, todo es fuego, todo amor, todo derretimiento del alma ante la bondad y hermosura de su amado: fondo y forma, todo respira el más acendrado y sublime misticismo. Veamos en particular cada una de estas dos cosas en lo que atañe á nuestro propósito, es decir, en los escritos de la Seráfica Doctora.

48. Su mérito, ante todo, por el fondo de doctrina que en él se encierra, es inapreciable; y quien no haya leído á Santa Teresa con la pluma en la mano, jamás podrá debidamente admirarla. Para formarse cabal idea de las dificultades, con que debió tropezar el escritor que osara acometer tan ímproba tarea, sería preciso que el lector se interrumpiera á sí mismo en medio de su faena, y, descendiendo de aquellas esferas de luz, adonde el genio de la Santa le había insensiblemente elevado, esgrimiera él la pluma y procurara estampar sobre el papel algo, no más que algo, de lo que en aquellos momentos contemplaba y cautivaba su corazón. Sólo así se convencería de lo difícil que es para la humana inteligencia tocar al terreno psicológico sin envolverse en un mar de confusiones; y, cuando este obstáculo queda superado, lo árduo que es también luchar á brazo partido, con la imaginación para

sensibilizar las ideas, con el corazón para sentirlas, y con la lengua para expresarlas. Pues ¿qué será remontarse de un sólo vuelo al asombroso mundo del espíritu, asentar en él su morada, y llevarnos, como de la mano, por aquellas misteriosas regiones de lo ideal, haciéndonos conocer los habitantes que las pueblan, las escabrosas sendas que recorren, los peligros á que se exponen, las batallas que riñen y los triunfos con que se coronan?

Porque, bien considerado, este es el bello ideal que la Seráfica Madre incesantemente persigue, y los resplandores, que su pluma arroja, son tan copiosos, tan vivos y penetrantes, que en aquel camino de espesas tinieblas nada pasa inadvertido para el caminante que con tal guía le recorre. No hay ondulación de terreno en que no repare, ni inmensa llanura, cuya extensión no abarque, ni paisaje de que no goce, ni plantas, flores y frutos, cuyo embeleso no sienta, cuyo embalsamado aroma no perciba. ¡Mujer maravillosa y sin par en la historia de la humana inteligencia! Para ella el alma es un castillo de diamante, en cuyo centro se eleva el trono donde se asienta la Majestad de Dios: las moradas que le circundan son las diversas mansiones porque atraviesa el espíritu, cuando se reconcentra dentro de sí mismo en busca de ese Dios que anhela; las potencias son los alcaides, y mayordomos, y maestresalas de este real palacio; los sentidos la servidumbre del soberano rey; y las alimañas que rodean la cerca del Castillo, son las pasiones que penetran en pos de nosotros á las primeras moradas, y, en general, todas las ocasiones de pecado.

49. He aquí al mundo ideal magníficamente simbolizado. Mas ¿qué sucede en ese Castillo? Allí ¿cómo se vive? ¿Qué pasa? Allí comienza el alma por replegarse sobre sí misma en la oración de recogimiento, para acabar luego

por remontarse hasta el tálamo de la divinidad en el vuelo del espíritu; allí vese á las potencias seguir diversos, y á veces encontrados rumbos, para terminar por unirse todas en Dios á quien buscaban. Allí el entendimiento, unas veces vislumbra *soñoliento* el sumo Bien, á manera de enfermo febricitante que *delira*; otras, íntimamente unido á la suma Verdad que estático contempla, duerme el *sueño* de la paz y del amor sin tener casi fuerzas para gozar del Bien que posee; otras, en fin, *muerto* á la actividad propia, arrobado, deificado, comienza á participar en esta vida de la glorificación sin término que en la otra le espera, y su pupila se ensancha por la voluptuosa fruición que en aquel estado experimenta, para recibir los torrentes de luz, con que el sumo Glorificador embriaga á sus escogidos. Allí la voluntad, fría y versátil por naturaleza, truécase paulatinamente en brasa de encendido amor, incontrastable á las lluvias del desconsuelo y la tribulación. Calientase primero en la *oración de quietud* bajo la influencia del sol divino que la embiste, inflámase luego con los ardores de la *oración de unión*, y se derrite, por fin, en amorosos deliquios, cuando el Señor, abatiéndose hasta ella, la une consigo, como dulce esposo, en vínculo indisoluble de caridad. Allí la imaginación, independiente y altanera, entabla desde el principio cruda guerra contra las otras potencias, complácese en desobedecer sus mandatos y perturbarlas en el pleno goce de sus deleites; mas acaba por quedar subyugada al magnético influjo del silbo divino que la llama. Allí los sentidos, acostumbrados á vivir derramados y á ser siempre portadores de ilusiones nuevas, sirven al principio de mal grado á la razón, y soportan con dificultad el yugo de su imperio; pero inmólanse después con heroísmo en pró del bienestar del alma, y terminan por entrar á la parte de los sabrosísimos deleites en que ella misma se anega. Ved aquí, reducida á tér-

minos concisos, la Psicología mística de Santa Teresa de Jesús. La cual se representa al alma con una intuición tan bañada de esplendorosa claridad, que no hay ojos que no vean lo que ella quiere hacerlos ver, ni corazón que no sienta lo que ella quiere hacerle sentir.

50. Y notad, que, quien esto escribe, no es ningún teólogo consumado, ni filósofo profundo, ni eminente literato, no es ni siquiera un hombre; es una mujer, ignorante, sin letras, sin mundo, reclusa en un monasterio y apartada por completo del trato social. Niña, vivió en casa de sus hidalgos padres, retirada y enfermiza; adolescente, pasó del hogar al claustro, no para escribir, sino para orar y hacer penitencia: ocupada en esto, pasó la juventud; en esto llegó á la edad madura; y cuando yá, al trasponerse el sol de su vida, una voz, que para ella representaba la voz de Dios, mándale escribir algo sobre la oración, empuña la pluma, y en el espacio de tres meses traza ese portentoso cuadro intelectual con tan gallardo estilo, lenguaje tan nítido, expresión tan centellante, que lo que ántes de ella, ni los sabios podían entender, con su libro en la mano es de obvia comprensión hasta para las inteligencias más vulgares. Eso es ser literato, sin saber de letras; eso es ser artista sin conocer el arte; eso, digámoslo claro, es sentir arder en la mente la llama chispeante que crea, y hervir en el corazón el fuego sagrado que calienta y vivifica. Venid, venid, los que os entusiasmáis ante el profundo talento de esos sabios, que, allende el Rhin, procrean nuevos sistemas filosóficos á cada luna y aún á cada sol. Abrid sus libros, hojead y leed. Leed, si es que podéis terminar la primera página, sin que el hastío, que provoca su ininteligible algarabía, os haga caer el libro de las manos. Cada palabra es un arcano, un enigma cada frase, cada período un misterio. ¿Por qué así? Entiendo la

imprescindible necesidad, en que se encuentran esos nuevos zurcidores de herejías, de explotar la oscuridad del estilo para encubrir con ella la gusanera de sandios despropósitos, que bulle en cerebros tan contrahechos; mas á todos esos entusiastas admiradores de cabezas huera, que se abroquelan con la oscuridad de las materias psicológicas para defender á sus patronos, contesto yo mostrándoles con el dedo el libro de las Moradas. Ahí tenéis esas páginas donde se desentrañan las más recónditas funciones anímicas, y son claras como las aguas de arroyo cristalino. Ahí tenéis ese libro, profundo y sublime como el que más, y que, sin embargo, lo mismo puede ser leído en el gabinete del sabio, que en el hogar del idiota; lo mismo bajo el artesonado de fastuoso prócer, que bajo el techo pajizo de harapiento mendigo.

51. Y al llegar aquí permitid, que, tomando pié de la doctrina racionalista cuya excentricidad combato, me haga cargo de una opinión, por desgracia bastante acreditada entre el vulgo de los incrédulos. Digo entre el vulgo de los incrédulos, porque los que se precian de algún talento, y realmente le tienen, si no la rechazan con indignación, la compadecen, por lo menos, y la acogen con sonrisa de burla desdeñosa. Según ellos, Santa Teresa de Jesús fué una sublime soñadora, mas soñadora al fin. La melancolía, el histerismo, la exaltación de la imaginación, las circunstancias de raza, sexo, temperamento, educación; todo se ha amontonado y traído á cuento para explicar lo que es humanamente inexplicable, el sobrenaturalismo de su vida y de sus escritos. ¿Qué contestar á tan ridículas y extravagantes explicaciones? El sarcasmo ó el ridículo desdén del racionalista Mr. Rousselot ⁽¹⁾ es la

(1) Véase la obra citada *Les Mystiques espagnols*. No quiere decir

única respuesta que debiera otorgarse á estos fisiólogos falsos y verdaderos soñadores; mas, dejando para otros la sátira y la burla, ¿cómo es, pregunto yo, que, teniendo á la mano tantas y tan satisfactorias explicaciones de este misterio, la divergencia de opiniones entre los mismos racionalistas y el afán por inventar otras nuevas es cada vez mayor? Y, entrando más en el fondo de la cuestión, si el histerismo es tan fecundo procreador de grandiosas concepciones, ¿no es verdad que la Salpêtrière de París debiera ser un fecundo seminario de Teresas de Jesús? ¿Cómo, pues, hasta ahora no ha habido más que una? ¿Cómo en este siglo de magnetismo y sonambulismo, de ataques de nervios y exaltación frenética de la fantasía, nadie concibe lo que ella concibió, nadie escribe lo que ella escribió, nadie hace lo que ella hizo, nadie sueña lo que ella soñó? ¡Donosa invención, por cierto, la de estos imbéciles filosofantes, dar por causa de un prodigioso sistema doctrinal, la que, obrando hoy entre nosotros con todo el vigor de su energía, sólo produce aberraciones y desbarros intelectuales! Por el aprecio en que debéis tener vuestra estimación propia, por vuestro honor, por el respeto que debe mereceros el público, leed los escritos de la Santa ántes de pronunciar juicios tan insensatos. Leed su Vida, y veréis, que, en vez de entregarse con imprevisto entusiasmo en los brazos del Señor que la llamaba hacia sí; el estado de aquella alma en el primer tercio de su vida religiosa fué de recelo, de sobresalto, y ¿lo diré? de tenaz resistencia á los dones sobrenaturales que por todas partes la asediaban; leed sus obras doctrinales, y oiréis resonar en casi todas sus páginas la voz de alarma contra la fantasmagoría de la imaginación, y los an-

esto, que yo apruebe la solución dada por este escritor al problema en cuestión; ántes bien me parece tan ridícula como las que él impugna, no obstante el juicio crítico que de él hace el Sr. Canalejas.

tojos de la vanidad presuntuosa; leed, por último, sus Cartas, y estudiad en ellas aquel corazón sencillo, candoroso é incapaz, no digo de mentir, pero ni aún de exagerar y dar importancia á cosas que en sí no la tienen. Y, si después de haber leído y meditado todo esto, perseveráis en llamarla soñadora; "soñad vosotros, os diré yo, como ella soñaba, y el pueblo, cuyo voto en tanto estimáis, la humanidad, como vosotros decís, os levantará, no lo dudéis, del polvo miserable en que os arrastráis, hasta el altar donde os adoren postradas las generaciones todas por venir."

52. No insisto más sobre este punto, por no permitírmelo la extensión ya demasiada de este trabajo, y así paso á decir cuatro palabras sobre la forma del arrebató místico que centellea en los escritos de la Santa Madre. Para entender cuán excelente y prodigioso fué, conviene estudiar el corazón de Santa Teresa, no sólo en lo que tuvo de divino y sobrenatural, sino también en lo que tuvo de natural y humano, porque la gracia no destruye, sino que perfecciona y enaltece la naturaleza. Ahora bien; fué aquella edad para España la de los genios grandes y grandes corazones. Para mí la espada de Gonzalo de Córdoba en las márgenes del Garellano, la políglota de Cisneros salida de las vírgenes prensas de Alcalá, la tea con que Hernán Cortés pegó fuego á las naves al pisar las playas del nuevo continente; las Constituciones con que Ignacio de Loyola dotó á la Compañía de Jesús; el Crucifijo de Javier esclavizando bajo el yugo de Cristo la cerviz de un nuevo mundo; la pluma de Fray Luis de León desarrollando el grandioso pensamiento de los Nombres de Cristo; el lápiz de Herrera trazando sobre el papel la octava maravilla del mundo; las obras de Suárez abarcando todo el saber de la escuela; el pincel, en fin, de Velaz-

que robando á la naturaleza todo su encantador realismo, son símbolos de otros tantos genios, arrojados por la mano omnipotente del Altísimo al suelo de España, para gallardonarla los torrentes de sangre vertida por la fé en la cruzada de siete siglos que sostuvo contra el Islam. Pues bien, una de esas almas, uno de esos genios, uno de esos corazones, fué el alma, el genio, el corazon de Teresa de Cepeda. Lo que fué el de Teresa de Jesús yo no sé cómo decirlo. Fingíos, no un corazón de esos que ahora llaman grandes y sólo son pozos sin suelo de lacería y égoismo; ni tampoco un corazón de esos que ahora por todas partes pululan, gigantes para obrar el mal y enanos para obrar el bien, á veces irresolutos, á veces temerarios, fríos hoy y volcánicos mañana; sino un corazón generoso sin par, ardiente como ninguno, emprendedor como el que más; derramad luego sobre él todo el tesoro de riquezas encerradas en el abismo insondable de las divinas misericordias, y habréis entendido algo de lo que fué el corazón de Teresa de Jesús. Poned ahora este corazón bajo la influencia de una inteligencia vigorosa y en frente de su Dios. Entended bien lo que digo, en frente de su Dios. Porque el Dios de Teresa de Jesús no es el teórico Armonizador del universo, soñado por los modernos deistas, y que vive olvidado de los hombres; ni el Dios impersonal, fingido por el panteísmo conceptualista é incapaz de amar y ser amado; sino el Dios de la Iglesia Católica, personal en su sér, personal en su acción, y personal, sobre todo, en las relaciones amorosas que sostiene con el alma. Ponedle en frente de ese Dios, padre suyo, amigo suyo, su pastor, su hermano, su esposo, que vive del amor, y que de amor moriría, si de algo pudiera morir. ¿Qué creéis vosotros que sentiría? ¿qué desearía? ¿qué haría? ¿Sabeis qué? Estallar de amor. Y estalló, en efecto, aquel volcán; y la lava de ardorosos afectos desbordóse por sus escritos, impregnándolos de unción,

amor y arrebató místico, y salieron de su pluma trozos, como hasta entonces no se habían escrito, como no se han escrito hasta ahora, como jamás acaso se escribirán. ¿Queréis ver una prueba de lo que estoy diciendo? Oid cómo describe la admirable transformación del alma, que se obra en la oración de unión, cuando Dios la sube hasta el ósculo de su boca.

53. "¡Bendito seáis por siempre, Señor, alábenos todas las cosas por siempre! Queréd ahora, Rey mío, suplicóoslo yo, que, pues, cuando esto escribo, no estoy fuera de esta santa locura celestial por vuestra bondad y misericordia, (que tan sin merecimientos míos me hacéis esta merced); que (lo) estén todos los que yo tratare locos de vuestro amor, ó permitáis que no trate yo con nadie, ú ordenad, Señor, como no tenga ya cuenta en cosa del mundo, ó me sacad de él. No pueda ya, Dios mío, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos como de verse sin Vos la vienen; que, si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni le déis Vos. Querría ya esta alma verse libre: el comer la mata, el dormir la congoja, ve que se pasa el tiempo de la vida en regalo, y que nada ya la puede regalar fuera de Vos; que parece vive contra natura, pues ya no querría vivir en sí, sino en Vos. ¡Oh verdadero Señor y gloria mía, qué delgada y pesadísima Cruz tenéis aparejada á los que llegan á este estado! Delgada porque es suave, pesada porque vienen veces que no hay sufrimiento que la sufra, y no se querría jamás ver libre de ella, si no fuese para verse ya con Vos. Cuando se acuerda que no os ha servido en nada, y que viviendo os puede servir; querría carga muy más pesada, y nunca hasta la fin del mundo morir: no tiene en nada su descanso á trueque de haceros un pequeño servicio, no sabe qué desee, mas bien entiende que no de-

"sea otra cosa sino á Vos ⁽¹⁾." Y más adelante. "¡Oh, Señor mío, qué bueno soís! ¡Bendito seáis para siempre! ¡Alábenos, Dios mío, todas las cosas, que así nos amásteis, de manera que con verdad podamos hablar de esta comunicación, que aún en este destierro tenéis con las almas! Y aún con las que son buenas es gran largueza y magnanimidad; en fin, vuestra, Señor mío, que dáis como quien soís. ¡Oh largueza infinita, cuán magníficas son vuestras obras!.... ¡Pues que hagáis á almas que tanto os han ofendido mercedes tan soberanas! Cierto á mí me acaba el entendimiento, y cuando llego á pensar en esto no puedo ir adelante. ¿Dónde ha de ir que no sea tornar atrás? Pues daros gracias por tan grandes mercedes no sabe cómo. Con decir disbarates me remedio algunas veces. Acaéceme muchas, cuando acabo de recibir estas mercedes ó me las comienza Dios á hacer,..... decir: Señor, mirad lo que hacéis, no olvidéis tan presto tan grandes males míos; ya que para perdonarme los hayáis olvidado, para poner tasa en las mercedes os suplico se os acuerde. No pongáis, Criador mío, tan precioso licor en vaso tan quebrado, pues habéis ya visto de otras veces que lo torno á derramar. No pongáis tesoro semejante donde aún no está, como ha de estar, pérdida del todo la codicia de consolaciones de la vida, que lo gastará mal gastado. ¿Cómo dáis la fuerza de esta ciudad y llaves de la fortaleza de ella á tan cobarde alcaide, que al primer combate de los enemigos los deja entrar dentro? No sea tanto el amor, Rey eterno, que pongáis en aventura joyas tan preciosas. Parece, Señor mío, se da ocasión para que se tengan en poco, pues las ponéis en poder de cosa tan ruín, tan baja, tan flaca y miserable, y de tan poco tomo, que, ya que trabaje para

(1) Vida, cap. 17.

"no las perder con vuestro favor, (y no es menester peque-
 "ño, según yo soy), no puede dar con ellas á ganar á na-
 "die. En fin, mujer y no buena, sino ruín. Parece que no
 "sólo se esconden los talentos, sino que se entierran en
 "ponerlos en tierra tan astrosa. No soléis vos, Señor, ha-
 "cer semejantes grandezas y mercedes á una alma, sino
 "que aproveche á muchas. Ya sabéis, Dios mío, que de
 "toda voluntad y corazón os suplico y he suplicado algu-
 "nas veces, y tengo por bien de perder el mayor bien que
 "se posee en la tierra, porque las hagáis Vos á quien con
 "este bien más aproveche, y crezca vuestra gloria⁽¹⁾."

54. ¡Qué sentimientos tan levantados! ¡Renunciar á lo único que la puede hacer feliz, sin lo que no puede vivir, ni alentar, ni ser! ¡Pedir al Señor que se aparte de ella, mujer y ruín, que retire sus dones, que los prodigue á otros, que quiere ser infeliz y desventurada para acrecer algo la gloria de quien tanto la ama! Esto sólo puede escribirse por un corazón endiosado, y con la pluma ungida en la sangre que mana del costado abierto de Dios. ¡Qué extraño, que, para ayudar algo al corazón en la expresión de sentimientos tan sublimes, llamase en su auxilio á la fantasía, y ésta prodigase á manos llenas los símiles, acudiendo á las plantas y á las flores, á las fuentes y mares, á los gusanos de seda, á los pájaros y las mariposas, á todo cuanto es de uso familiar y conocido, para sensibilizar idéas y afectos, que casi no pueden sensibilizarse por lo sublimes que son?

55. Mas quiero notar aquí una propiedad, en la cual muchos no han parado mientes, y que, sin embargo, es, á mi juicio, la más característica del arrebató místico de la

(1) Vida, cap. 18.

Santa: la ternura y delicadeza de los afectos, junto con un delicioso y encantador abandono en el estilo. Páginas hay en sus escritos de tan fina y conmovedora suavidad, que, para escribirlas, no basta ser literato, ni genio, ni Doctor místico; es preciso ser mujer. Y es la razón, que ciertas dotes literarias, sobre todo aquellas que atañen al corazón, no se aprenden ni se adquieren; nacen con el escritor mismo, y están misteriosamente enlazadas con la organización fisiológica, que le cupo en suerte al abrir los ojos á la luz. Ni ¿cómo puede esto causarnos extrañeza, cuando tanto influyen en la educación literaria el suelo en que nacemos, las auras que respiramos, el sol que nos alumbra, las personas con quienes tratamos, el medio, en fin, en que vivimos y nos movemos? El sexo y las condiciones inherentes al organismo de la mujer, casi nunca pueden por eso ocultarse de manera, que, á través del ropaje con que se encubran, no se transparenten. Hay notas en los afectos humanos que nunca dan las fibras del corazón del hombre, ó, por lo menos, no las dan con esa limpieza y ternura propias del corazón femenino. El hombre siente, mas su sentimiento va siempre revestido de cierta virilidad que le roba en finura tanto como le comunica de fuerza y vigor. Así se explica que los escritos de la Seráfica Doctora tengan siempre un dejo de vaporoso é indefinible encanto, á cuyo influjo es imposible resistir. Y no está en las palabras, ni en las frases, ni en el período, ni siquiera en el pensamiento que expresa; es algo que bulle allí desleído, y que el alma aspira, y la recrea, y conmueve, é hinche todos sus senos de suavidad, como aroma impalpable y oloroso, que se dilata por los átomos de aire que respiramos. Ved aquí una prueba de lo que estoy diciendo:

56. "Representad al mismo Señor junto con vos,

"dice en el Camino de Perfección, y mirad con qué hu-
 "mildad os está enseñando, y, creedme, mientras pudié-
 "redes, no estéis sin tan buen amigo. Si os acostumbráis
 "á traerle cabe vos, y Él ve que lo hacéis con amor, y
 "que andáis procurando contentarle; no le podréis, como
 "dicen, echar de vos. No os faltará para siempre, ayu-
 "daros há en todos vuestros trabajos; tenerle héis en to-
 "das partes..... No os pido ahora que penséis en Él, ni
 "que hagáis grandes y delicadas consideraciones con el
 "entendimiento; no os pido más de que le miréis. Pues
 "¿quién os quita volver los ojos del alma, aunque sea de
 "presto si no podéis más, á este Señor? ¿Pues podéis mi-
 "rar cosas muy feas, y no podéis mirar la cosa más her-
 "mosa que se puede imaginar? Si no os parece bien, yo os
 "doy licencia que no le miréis, pues nunca, hijas, quita
 "vuestro Esposo los ojos de vosotras. ¿Háos sufrido mil
 "cosas feas y abominaciones contra Él, y no ha bastado
 "para que os deje de mirar; y es mucho que, quitados los
 "ojos de estas cosas exteriores, le miréis algunas veces á
 "Él? Mirad que no está aguardando otra cosa, como dice
 "la Esposa, sino que le miréis. Como le quisiéredes, le
 "hallaréis. Tiene en tanto que le volvamos á mirar, que
 "no quedará por diligencia suya. Así, como dicen, ha de
 "hacer la mujer para ser bien casada con su marido, que,
 "si está triste, se ha de mostrar ella triste, y si está ale-
 "gre, aunque nunca lo esté, alegre. Mirad de qué suje-
 "ción os habéis librado, hermanas. Esto, con verdad, sin
 "fingimiento, hace el Señor con nosotras; que Él se hace
 "sujeto, y quiere que seáis vos la señora, y andar Él á vues-
 "tra voluntad. Si estáis alegre, miradle resucitado; que
 "sólo imaginar cómo salió del sepulcro, os alegrará. Mas
 "¿con qué claridad, y con qué hermosura, con qué majes-
 "tad, qué victorioso, qué alegre, como quien tan bien salió
 "de la batalla, á donde ganó un tan gran reino que todo

"lo quiere para vos! ¿Pues es mucho que, á quien tanto os
 "da, volváis una vez los ojos para mirarle? Si estáis con
 "trabajos ó triste, miradle camino del huerto, qué aflic-
 "ción tan grande llevaba en su alma; pues, con ser el mes-
 "mo sufrimiento, la dice y se queja de ella. Y miradle
 "atado á la columna, lleno de dolores, hechas sus carnes
 "todas pedazos por lo mucho que os ama: perseguido de
 "unos, escupido de otros, negado de sus amigos, desam-
 "parado de ellos, sin nadie que vuelva por Él, puesto en
 "tanta soledad que el uno con el otro os podéis conso-
 "lar..... Miraros há El con unos ojos tan hermosos y pia-
 "dosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores por
 "consolar los vuestros, sólo porque os váis vos con Él á
 "consolar y volváis la cabeza á mirarle. ¡Oh Señor del
 "mundo, verdadero esposo mío! le podéis Vos decir, si os
 "ha enternecido el corazón de verle tal, que, no sólo que-
 "ráis mirarle, sino que os holguéis de hablar con él, no
 "oraciones compuestas, sino la pena de vuestro corazón
 "que las tiene él en mucho. ¿Tan necesitado estáis, Señor
 "mío y bien mío, que queréis admitir una pobre compa-
 "ñía como la mía, y veo en vuestro semblante que os ha-
 "béis consolado conmigo? Pues, ¿cómo Señor, es posible
 "que os dejan solo los ángeles y que aún no os consuela
 "vuestro Padre? Si es así, Señor, que todo lo queréis pa-
 "sar por mí, ¿qué es esto que yo paso por Vos? ¿De qué
 "me quejo, que ya hé vergüenza de que os he visto tal?
 "Que quiero pasar, Señor, todos los trabajos que me vi-
 "nieren, y tenerlos por gran bien, é imitaros en algo. Jun-
 "tos hemos de andar, Señor: por donde fuéredes tengo de
 "ir, por donde pasáredes tengo de pasar. Tomad, hijas,
 "de aquella Cruz; no se os dé nada de que os atropellen
 "los judíos, porque Él no vaya con tanto trabajo. No ha-
 "gáis caso de lo que os dijeren; hacéos sordas á las mur-
 "muraciones; tropezando y cayendo con vuestro esposo,

"no os apartéis de la Cruz ni la dejéis." Este bellísimo trozo literario, lleno de sentimiento é inimitable delicadeza, y que no es, en último término, más que una flor arrancada del ramillete de sus Obras, basta para evidenciar mis afirmaciones anteriores. Aquí huelga toda alabanza; todo elogio de mi pluma no serviría sino para deslustrar el finísimo esmalte de esa joya literaria. Renuncio, pues, á ampliaciones inútiles, y termino.

57. Mi insuficiencia y los estrechos límites, á que se ve circunscrito el ingenio del escritor en trabajos de esta índole, no me han permitido explicar ciertos puntos, que sólo he tocado ligeramente. Consuélame la consideración de que los que vengan en pos de mí ahondarán más que yo en el conocimiento de las Obras de la Santa, y sacarán á luz el tesoro inagotable de riquezas que en ellas se encierra. Creo, no obstante, que lo expuesto hasta aquí me da derecho á finalizar esta disertación con las mismas palabras que la comencé. "En medio del conflicto de opiniones que la lectura de Santa Teresa puede suscitar, sobrenada siempre la verdad de un hecho, incontrovertible para todos y hasta el día de hoy incontrovertido: el mérito verdaderamente excepcional que los sabios de todas las escuelas les reconocen." ¡Oh! sí, todos reconocen que esta mujer se levanta en extremo sobre los términos comunes. Ilustre, aún entre aquellas cuyo nombre registra el mundo en sus anales, podráse disputar en cuanto al género de su celebridad, pero no, si la toca, allí donde la fijan, un lugar preeminente. Contada por los incrédulos entre las ilusas, la aclamarán la ilusa más insigne: será excepcionalmente fanática ó supersticiosa para los que la juzguen ignorante y crédula; amable ó uraña, dócil á misteriosos halagos ó aquejada de mortal misantropía, donde quiera que se la clasifique, figurará como el

más alto y acabado modelo. Su carácter se imagina siempre como un prototipo, su nombre se pronuncia como el nombre de un genio, descubierta la cabeza.

Este, con ser tan honroso, es el juicio más desfavorable que de la Santa pueden formarse el error y la preocupación; mas para vosotros, á quienes el sol de la verdad católica ilumina, para vosotros, que no debéis mirar á Santa Teresa á través del prisma del error y las opiniones preconcebidas que entebrecen ó desfiguran los objetos; la seráfica Doctora debe ser algo más, mucho más, infinitamente más que un genio en el mundo intelectual. Prodigios de talento ha habido muchos; Teresas de Jesús no ha habido más que una. Y es, que el genio en ella sólo sirvió de engaste á las perlas de preciosísimos dones, con que el Divino Espíritu la embelleció; sólo sirvió de pedestal soberbio, sobre el cual elevóse la estatua colosal de su espíritu, compendioso conjunto de las riquezas sobrenaturales, que en los senos de la divina Misericordia se atesoran. Es, para usar de una metáfora suya, el engaste donde están prendidas las preciosísimas perlas de los dones con que el Divino Espíritu la embelleció. Sin ellas la gloria de esta mujer portentosa, ni puede explicarse, ni aún siquiera concebirse; y los que tal se la imaginan, irrogan á su nombre una injuria, que á sabiendas nadie puede irrogarle. ¿Qué hubiera sido Teresa de Cepeda, lanzada á la profesión de escritora, sin la llama de vivísima fé que inundó de luz su entendimiento y abrasó en fuego su corazón? Como literata, acaso menos que madama Sevigné; como pensadora, menos acaso que madama Stael. Pero el espíritu del Señor cernió las alas sobre ella, agigantó su espíritu; y la gloria de su nombre hace aparecer pigmeos los genios de las mujeres que la precedieron; la esplendente aureola de su frente anubla el esplendor de toda otra aureola. Tal es la raíz de donde germinó planta tan

generosa. Así lo creyeron nuestros padres, así lo confesamos sus hijos, y así se lo enseñaremos á las generaciones por venir con nuestras palabras y nuestros hechos. Para nosotros Santa Teresa de Jesús es un astro de primera magnitud, lanzado por la mano del Omnipotente en las tinieblas del espacio, á fin de adornar el sereno cielo del astecismo católico; es un faro luminoso erigido sobre la peña viva de la verdad, para esclarecer el peligroso derrotero que guía al puerto de la mística perfección; es el florón máspreciado de la corona con que plugo á la divina Bondad ceñir las sienes de nuestra madre patria. Sí, de nuestra madre patria, de España, que, al fin y al cabo, sangre española fué la que latió en sus venas, sol español el que la alumbró al nacer, mano española la que mecíó su cuna, suelo español, y sólo español, el que siempre pisó; españoles los que formaron su espíritu, los que la sostuvieron en sus combates y la ayudaron en sus empresas; tierra española, en fin, y tierra Salmantina, la que recibió al morir sus venerables restos, la que los conserva con orgullo, los honra con filial piedad, los enaltece con pomposas solemnidades; la que por conservarlos, honrarlos y enaltecerlos, prodigará, si necesario fuese, sus tesoros, verterá su sangre, é inmolará la vida de sus hijos y su propia vida.

HE DICHO.

A. M. D. G.

ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
4	5	los deslumbraban	la deslumbraban
8	33	memorabilitus	memorabilibus
11	3	causaron	cansaron
12	7	Martín	Martir
13	20	visitarlos	visitarla



